



13

ALFONSO TELLO

LA VENGANZA
DE UN HOMBRE

PACIENTE

Los habitantes de Carceña hablarán durante años de aquel amanecer de 1943 en que encontraron el cadáver de Miguel sentado en un banco de la plaza. Su postura rígida era lo único ordenado y decente en la escena, porque el resto era escalofriante: le habían sacado los ojos y cortado la lengua, y todavía llevaba la navaja clavada en el corazón. La única pista estaba dentro de su boca, un trozo de papel con unas palabras. La Guardia Civil comenzó la investigación por donde corresponde: la taberna. Allí es donde Miguel se fue de la lengua unos días atrás al acusar al boticario de manejar el estraperlo, pero es un movimiento arriesgado porque todos saben que el boticario y el alcalde tienen buenos contactos dentro del régimen y que, en efecto, son los que mueven los hilos en Carceña. Los hilos que se ven y los que no se ven. Pero los secretos son vulnerables en los pueblos pequeños, y pronto las pesquisas sacan a la luz la relación clandestina que Miguel tenía con la esposa del boticario. ¿Qué otras cosas ocurrían bajo la superficie? ¿Por qué de pronto Román, el mejor amigo del muerto, se comporta de manera tan esquiva? ¿Es posible que Jacinta, la viuda, sepa algo que no ha comentado con nadie? Lo que los investigadores no esperaban es que, a los pocos días del asesinato de Miguel, el banco de la plaza volviera a estar ocupado al amanecer. Hay otro cuerpo allí. Y también lo han mutilado. En pocas horas, la sombra de la sospecha y el miedo se extienden por todo el pueblo...

Alfonso Tello

La venganza de un hombre paciente



Título original: *La venganza de un hombre paciente*
Alfonso Tello, 2018

Revisión: 1.0
05/08/2019

A nuestros hijos, Alfonso, Carlos, Paulina y Ana
Y a mis padres, Alfonso y Lucía

—¡Qué poco sabes, Sancho —respondió don Quijote—, de achaque de caballería! Calla y ten paciencia, que día vendrá donde veas por vista de ojos cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio. Si no, dime: ¿qué mayor contento puede haber en el mundo o qué gusto puede igualarse al de vencer una batalla y al de triunfar de su enemigo?

MIGUEL DE CERVANTES,
Don Quijote de la Mancha,
parte I, capítulo XVIII

PRIMERA PARTE

1

Hasta bien entrada la mañana, todos los bancos de la plaza solían permanecer vacíos. Los del lado derecho comenzarían a llenarse de viejos pasadas las once, cuando el sol calentase sus huesos con suficiente fuerza como para calmar los reumas. Los otros, arropados por las sombras de la iglesia, no conseguirían sacudirse la helada hasta la siguiente primavera. Por extraño que pareciese, era en uno de ellos donde había decidido sentarse Miguel. A su alrededor, los gorriones pendencieros más madrugadores se dejaban caer desde las copas de los chopos con las alas cerradas, para desplegarlas temerarios a punto de estrellarse contra el borde de la fuente. Luego, sin ningún interés por el hombre, se distraían remojando su plumaje y rellenando los buches de agua con sus picos al cielo.

El teniente, perdida su pareja en la urgencia del aviso, lo divisó a lo lejos y se encaminó hacia él mientras la bandada levantaba el vuelo hacia los rastrojos de las afueras. De inmediato comprobó que se trataba de un joven apuesto, alto y delgado, al que sus escasos treinta años aún no habían conseguido robarle la juventud. A pesar de que no existía ninguna posibilidad de que le contestase, se atrevió a susurrarle una pregunta cargada de cinismo: «¿Quién te ha jodido así, muchacho?». Tal como el teniente esperaba, el hombre permaneció callado, la espalda recta, y se resignó a ser escudriñado en las deplorables condiciones en las que se encontraba.

Era evidente que el pobre diablo llevaba toda la noche en la misma posición, porque sus brazos y sus piernas estaban entumecidos, y un colgajo de mocos se le había congelado en la punta de la nariz formando un carámbano de varios centímetros de longitud. Apenas un palmo más abajo, las cachas de una

navaja nacarada demostraban sin sombra de duda que su hoja le había partido el corazón por la mitad. Como si eso no hubiese sido suficiente para saciar el sadismo del asesino, este le había arrancado los ojos y le había cortado la lengua, dejando los tres órganos envueltos en sangre sobre el banco de madera, junto al cuerpo inerte. A la postre, y para terminar el trabajo, el refinado carnicero había cruzado las manos de la víctima sobre su regazo y había recostado su cuerpo en el respaldo.

Cuando terminó su primer reconocimiento, el agente se alejó unos metros buscando perspectiva y al fin escuchó el resuello de su compañero a la espalda. Las carnes perdidas en los años de guerra habían conseguido florecer de nuevo en el cuerpo rechoncho del sargento, y necesitó varios minutos más que su superior para llegar al lugar de los hechos. Se detuvo frente al cadáver, se secó la frente perlada de sudores y repasó la escena con espanto. Tras posar sus ojos sobre las hebras carnosas que sobresalían de las cuencas vacías y percibir el olor metálico de la sangre, corrió hasta una de las esquinas de la plaza con la mano en la boca y regó los rosales con la generosa cena de la noche anterior. Un buen rato después, cuando el color sonrosado le volvió a la cara, miró el reloj de la torre y comprobó que pronto daría las siete de la mañana. Una hora más y la plaza se llenaría de beatas.

—¿Sabe quién es? —preguntó al acercarse de nuevo al muerto.

—Sí —respondió su superior—. Miguel Corbacho, el marido de Jacinta.

—Ahora que lo dice... —reflexionó el sargento—, sí que lo parece. ¿Quiere que le arranque la navaja? Da pena verlo así.

—No, ya sabes que no debemos tocarlo hasta que el juez levante el cadáver. Vete a llamarlo cagando leches, y avisa también al alcalde. En una hora la plaza estará a rebosar. —Aunque el sargento siempre trataba de usted a su jefe, este lo tuteaba a él cada vez que le venía en gana.

Cuando el suboficial se perdió por una de las esquinas ocultas tras la iglesia, el teniente dejó su tricornio en el banco e inició una inspección mucho más minuciosa del cuerpo de Miguel. Al fondo de su boca, cerca de la campanilla, localizó algo extraño. Le abrió la mandíbula con una mano, introdujo dos dedos de la otra y lo extrajo con sumo cuidado. Después de limpiar la baba con asco y desenrollar el papel, leyó un breve mensaje que lo sorprendió por su simpleza. Lo guardó en el bolsillo y continuó su recorrido.

Con cuidado de no tocarla, se acercó al mango del arma homicida y dedujo que los no menos de quince centímetros de hoja habrían servido para desangrar a un cochino sin ninguna dificultad. «Es imposible —pensó— que una puñalada de este calibre haya derramado apenas unas gotas de sangre». Aquel hombre no había muerto sentado en el frío banco del lado izquierdo de la plaza. No cabía duda de que había sido transportado hasta allí después de ser asesinado. «¿Desde dónde lo habrán traído?». Se agachó y examinó sus zapatos. No eran gran cosa: unos botines baratos deformados por el uso y atados con cordones dispares. Le deshizo el lazo a uno de ellos y lo extrajo del pie. Al girarlo descubrió un pegote de barro pastoso y blanco atrapado entre la suela y el tacón. No recordaba haber visto jamás un barro como aquel en las tierras herrumbrosas y rojizas que poblaban los contornos.

A su alrededor un nutrido grupo de vecinos intrigados por la escena se estaba acercado más de lo prudente. Aunque era evidente que el espectáculo les revolvió las tripas, el morbo de un suceso tan inusual en el pueblo los atraía sin remedio. En cuanto el teniente terminó de tomar una pequeña muestra y se volvió a colocar el tricornio, la gente comenzó a alejarse para colocarse fuera de su alcance. A lo lejos, entre ellos, vio venir al sargento acompañado por el alcalde. El primer toque a misa de ocho resonó en todo el pueblo.

La autoridad municipal, sorprendida quizá en lo mejor de su sueño, lanzó una mirada de odio a las campanas y gritó su malhumor incluso antes de llegar junto al oficial.

—¿Se puede saber qué ha ocurrido aquí para que me saquen de la cama con tanta urgencia?

El teniente no necesitó responder. El alcalde se acercó más a la víctima y lo comprobó con sus propios ojos. A pesar de que la cara desfigurada del hombre le impidió en un principio reconocerlo, lo hizo apenas unos segundos después.

—¡Rediós! —exclamó con los ojos inyectados—. ¿Quién puede haber cometido semejante salvajada? Nunca se vio nada parecido en este municipio, ni en sus peores tiempos.

—Eso no lo sé, pero sí le puedo decir que a este hombre no solo quisieron matarlo —aseguró el teniente—, querían que todo el pueblo lo viese en estas condiciones.

—¿Hay testigos?

—No. Ninguno de los presentes reconoce haber visto u oído nada en toda la noche. Aunque usted sabe que, aunque los hubiese, callarían como siempre. La gente sigue con el miedo metido en el cuerpo.

—¡Búsquelos! —ordenó—. No es posible que lo hayan mutilado sin piedad en mitad del pueblo sin que nadie se percatase de lo que ocurría. Este hombre habrá intentado defenderse, sus gritos debieron alertar a más de uno.

—No lo han matado aquí —informó el teniente—. El cuerpo ha sido trasladado después del asesinato. Apenas hay sangre bajo el banco, y con una cuchillada como esa no debe quedarle mucha en el cuerpo.

—Eso son sandeces. ¿Para qué iba alguien a arriesgarse a traerlo hasta aquí una vez muerto? —preguntó el alcalde de forma despectiva.

—Eso, señor alcalde, tampoco se lo puedo responder —afirmó el oficial, molesto con su arrogancia.

El alcalde no reparó en el tonillo displicente y quedó un rato pensativo. Hacía cuatro años que la Guerra Civil había concluido, y los excesos de la posguerra se habían terminado mucho tiempo atrás. No creyó posible que fuera ningún ajuste de cuentas aplazado. Además, él conocía a la víctima, pertenecía a uno de los grupos que colaboraba con ellos en el negocio.

Inmerso en sus cavilaciones, no vio al teniente rodear el banco de Miguel y dejar la iglesia a su espalda, ni lo vio agacharse y colocar su cabeza en idéntica postura a la del muerto, buscando el mismo infinito que buscaban las cuencas vacías de sus ojos.

Muy al contrario, Pascual, el boticario, lo localizó al instante. Lo vio agacharse y mirar hacia su ventana, hacia él, y estuvo seguro de que lo había descubierto espiando tras las cortinas del dormitorio. Dio varios pasos atrás y las dejó caer. En aquel momento su mujer despertó, un frío premonitorio le recorrió el cuerpo y sus pezones se erizaron al contacto con la gasa transparente del camisón. Entreabrió los ojos y se incorporó protegiéndose de la luz con el antebrazo.

—¿Qué es lo que ocurre...? ¿Por qué te has levantado tan temprano? Hoy es domingo y no tenemos que abrir la botica.

—Algo ha pasado ahí fuera. Y no debe ser nada bueno. Ha venido la Guardia Civil y el alcalde, y la plaza se está abarrotando de gente.

—¿Qué estás diciendo? —respondió Maite, con voz soñolienta, escondiendo la cabeza bajo la almohada.

Pascual no quiso entrar en disquisiciones inútiles sin conocer más detalles de lo que realmente ocurría. Se deshizo del pijama, se vistió con un grueso pantalón de pana y unas botas camperas, y salió a toda prisa del dormitorio.

Maite, sin querer dar crédito a lo que acababa de escuchar, intentó hacerse la remolona y dio varias vueltas más en la cama. Sin embargo, su perezosa conciencia fue tomando contacto con las palabras del marido y se acabó por espabilar. Después de encajarse las zapatillas, se levantó sin ganas y se acercó a la ventana. A lo lejos, al otro lado de la plaza, vio cómo un numeroso grupo gesticulaba alrededor de uno de los bancos. Maite permaneció expectante hasta que logró ver a través de uno de los claros del gentío a un hombre, de rostro vagamente familiar, que permanecía sentado frente a los agentes de la autoridad. Sin llegar a reconocer al individuo, se colocó la bata sobre el camisón y bajó a desayunar. La vieja empleada, que por entonces tan solo venía un rato por las mañanas para encargarse de la cocina, le preparó el café y se lo sirvió mientras charlaba con ella.

—¿Sabes lo que ha ocurrido? —preguntó la mujer del boticario, distraída.

La cocinera la observó en silencio, deteniéndose en sus ojos unos segundos más de lo habitual. Maite rondaría los cuarenta, algunos menos que su marido Pascual, y, a pesar de que los potingues de su propia botica la ayudaban a diario, las primeras arrugas de la vejez habían comenzado a transformar su cara. No se podría decir que fuese una mujer excesivamente guapa; sin embargo, sus facciones marcadas y perfectas y sus ojos rasgados le daban cierto aire exótico que la hacía muy atractiva. Dejó de mirarla y se concentró en la respuesta.

—Dicen que ha aparecido alguien muerto sentado en la plaza, en el banco que da a la umbría de la iglesia. No solo le han asesinado, sino que al parecer le han mutilado la cara y el cuerpo.

—¡Qué horror! ¿Y se sabe quién es? —preguntó Maite mientras miraba a la mujer a través del aroma vaporoso del café y le daba un trago corto.

La cocinera sabía perfectamente de quién se trataba; sin embargo, esa pregunta no la iba a contestar. Maite se enteraría muy pronto de la desgracia ocurrida, pero no sería de su boca.

—Ni lo sé ni lo quiero saber —mintió la vieja mujer, simulando buscar algo en una de las alacenas—, bastantes desdichas hemos vivido en los años pasados como para interesarse por los muertos.

En el exterior, Pascual, tras varias inspecciones lejanas, se decidió a atravesar la plaza y a acercarse a la autoridad para curiosarse. Saludó al alcalde con un movimiento de cabeza y se dirigió al guardia mostrando su consternación.

—Buenos días, teniente. ¿Qué le han hecho a este hombre?

—¿A usted qué le parece? —preguntó a su vez el teniente, encarando al recién llegado con ojos inquisidores—. Ya ve que alguien ha decidido saldar sus cuentas y se ha cobrado hasta la calderilla... ¿Usted lo conocía?

Pascual miró entonces con mayor interés al individuo sentado y, con alguna dificultad, creyó saber de quién se trataba. Aunque en un principio pensó contestar negativamente, comprendió que lo mejor sería decir solo la parte de la verdad que el agente debía escuchar.

—Sí, algo. Venía a la botica de vez en cuando, era cliente nuestro.

—¿Y ha notado que el cadáver mira directamente hacia su casa? ¿Por qué habrán querido colocarlo en esta postura?

—¡Vamos, teniente! —protestó el boticario, airado—, ¿qué insinúa? A ese lado de la plaza discurre más de la mitad del pueblo, no solo mi casa. Además, ¿no le parece que este ya tiene pocas cosas con que mirar?

El agente palpó el papel enrollado a través de la telilla de su bolsillo y estuvo a punto de sacarlo y leerlo ante él. Sin embargo, se lo pensó mejor y lo despidió para seguir con sus pesquisas, el juez acababa de llegar y él pretendía acelerar los trámites del levantamiento y ahorrar el espectáculo a todo el que pudiera. Pascual se fue por donde había venido. Cuando entró en su casa y se sirvió el desayuno, la cocinera se marchó.

Maite observó los movimientos mecánicos de su marido e intuyó que algo iba mal, que lo que había ocurrido en el pueblo era más grave de lo que en un principio supuso.

—¿Qué has descubierto?

—He estado hablando con los agentes —respondió Pascual—, es un asunto bastante feo. El juez acaba de llegar, pronto se lo llevarán.

—¿Quién es el muerto?

—Está irreconocible —dijo el boticario, intentando eludir la respuesta.

—Con lo que le han hecho, eso ya lo supongo. Si tú no lo has reconocido, alguien te habrá informado sobre su identidad. ¿Lo conoces?

—Sí, lo conozco. Es Miguel —respondió finalmente, sin inflexiones en la voz.

—¿Qué Miguel? —preguntó ella, agarrando la taza de café.

Pascual tomó un nuevo sorbo y rodeó la taza con las manos para librarse del frío que le entumecía los dedos.

—Miguel Corbacho, el marido de Jacinta. Ese que andaba por ahí sin oficio decente y con ropas caras. Alguna vez tenía que pasar.

Maite se levantó de la mesa con la vista perdida y se acercó a la encimera donde la cocinera les había dejado la todavía humeante cafetera, la agarró y la inclinó con la mano temblorosa. Tras inundar la taza, el líquido se desbordó hasta el platillo y rebosó sin control. Sin reparar en el desastre, tomó el azucarero y se sirvió varias cucharadas con copete.

Pascual, sentado a su espalda, los ojos fijos en ella, la vio desplomarse hasta el suelo y derramar la taza hirviendo sobre su blanca bata de seda.

2

Cualquiera que los hubiese observado habría concluido sin dificultad que los dos mellizos no se parecían en nada. El rubio, el que había salido a la madre, era un buen niño, al menos, tan bueno como a los siete años se podía ser. El otro, el que se parecía al padre, era un bala perdida, siempre que a esas edades fuese adecuado calificarlo así. En aquellos momentos, ambos jugaban juntos con un saltamontes que se había cruzado en su camino en el momento inadecuado, y el desgraciado animalillo tan solo conservaba dos de los tres pares de patas que originalmente debió tener, por lo que le era absolutamente imposible escapar a las torturas de las dos criaturas a la velocidad que sería necesaria para ello. El rubio, sentado en el empedrado del suelo, lo mantiene prisionero entre sus dedos, con los rayados y saltones ojos fijos en los de él, y empezaba a pensar que lo que estaban haciendo no estaba bien. El moreno buscaba entre el gentío congregado a la puerta de su casa aquellas colillas que aún permanecían humeantes y, cada vez que encontraba una, volvía corriendo junto a su hermano y se agachaba para ofrecerle varias caladas al saltamontes. Si no obtenía respuesta, y el cigarrón no colaboraba, giraba la colilla y le acercaba lentamente la punta incandescente hasta el morro para comprobar si seguía vivo. Aunque —todo hay que decirlo—, todavía no había aproximado ninguna lo suficiente para dañar al animal.

—¡Niño, suelta esa colilla, que te vas a quemar! —regañó alguno de los presentes, interrumpiendo por unos instantes la conversación del corrillo.

Los chiquillos, tras tirar el restillo del último cigarro y liberar descuidadamente al reo, desaparecieron entre el bosque de perneras de pana que poblaban el largo pasillo de entrada a su hogar. Al fondo, en el portal

grande, entre la silla de la madre y el ataúd del padre, se terminaron por sentar, serios, callados, como mandaba un tácito protocolo que sus ágiles mentes captaron de inmediato. El rubio, sin atreverse a mirar hacia el padre muerto, metió sus manos bajo las rodillas, las atrapó contra el asiento de enea de la silla y comenzó a contar las veces que sus pies subían y bajaban en un frenético balanceo. Cuando la madre, los ojos rojos, hinchados, se las tocó, el niño las dejó de mover y quedó petrificado, tardó más de un minuto en volver a respirar. El tufillo espeso y rancio que desprendía el cuerpo, los aromas a madera nueva del ataúd y el aire enrarecido por los presentes le produjo un ligero mareo que estuvo a punto de hacerlo caer de la silla. Sin saber qué otra cosa hacer, comenzó entonces a contar el empedrado del portal.

El moreno, con el terreno inspeccionado y las pupilas acostumbradas a la penumbra, se levantó de la silla y se acercó a la caja. Como la habían colocado sobre dos borriquetas demasiado altas para él, necesitó agarrarse del borde con las manos y ponerse de puntillas para mirar. Por uno de esos caprichos del destino, los párpados de Miguel permanecían cerrados, y el niño no pudo ver el desastre obrado en los preciosos ojos marrones de su padre. Tampoco, la suerte aún de su parte, consiguió descubrir que ni tan siquiera vivo habría sido capaz de volver a hablar. «¿Por qué esta mi papá muerto?», se preguntó. No era posible morir a aquella edad. Las personas morían de viejas, arrugadas. Recorrió con meticulosidad el rostro de Miguel y no las encontró, su padre no tenía ni una sola arruga. Sí que tenía en cambio un rostro moreno, curtido, sereno, un rostro cercano como el que tenían los papás. ¿Por qué entonces? No lo comprendió. Asentó de nuevo los pies en el suelo y volvió a la silla intercalada entre la de su madre y la de su hermano.

—Mamá, ¿por qué ha muerto papá? —preguntó apenas sin voz.

—Hijo, no debes hablar en el funeral de tu padre. No está bien —le advirtió Jacinta.

Pero al niño no lo convenció el pobre razonamiento, esperó al primer despiste y escapó de nuevo de la silla. Aquella vez se sentó junto a Celestino, junto al padre de Miguel: la mirada perdida, la cara desencajada, los dientes apretados, el hombre lo miró sin ver.

—Abuelo, ¿por qué ha muerto papá?

—Tu padre no ha muerto, niño —dijo con rabia contenida—. A tu padre lo

han matado como a un perro.

El pequeño abrió la boca y dejó escapar algo parecido a un suspiro, quedó mirando al abuelo con los ojos congestionados y a continuación la cerró. Se acomodó en la silla sin atreverse a preguntar nada más, y buscó al culpable. A la izquierda de su abuelo se encontraba su abuela Micaela, y más allá la pared de tierra encalada. Por aquel lado, imposible. A su derecha..., tampoco, varias vecinas de negro rezando con un collar de perlas enredado entre los dedos y nada más. Ni enfrente, al otro lado del muerto; allí estaba la familia de la madre. ¿Y entre los que permanecían en pie, en el pasillo o en el portal? Sí, allí había mucha gente, entre ellos podría estar. Caras extrañas, caras ceremoniales que miraban a su padre y se volvían a cuchichear. Caras que entraban y daban la mano a su madre para volver de nuevo afuera, a fumar, a contar chistes obscenos, incluso a reír. El pequeño miró de nuevo a la madre buscando respuestas, pero ella no reaccionó. Jacinta recibía los pésames sin atender, cruzaba las palabras precisas y volvía los ojos hacia el marido. Aunque, cuando se acercaron los amigos del finado, la madre no pudo contener el llanto por más tiempo y se lanzó a sus brazos entre lamentos. «¿Por qué llora mamá, serán ellos los asesinos? —se siguió preguntando—. No, creo que no. Esos son los amigos de papá, siempre iban los tres juntos. Ellos tampoco pueden ser». Para confirmar su deducción, en aquella ocasión volvió los ojos al abuelo, al padre de papá. Al no detectar tensión en su cara, quedó convencido de que estaba en lo cierto.

Terminados los abrazos, tras acabar con las pocas lágrimas que le quedaban a la madre en el cuerpo, ambos se acercaron a Celestino y le dieron la mano. Después se agacharon frente a él.

—No te preocupes, muchacho, ahora tu padre está en el cielo —dijo uno de ellos—, junto a Dios. Allí descansará.

El pequeño asintió con la cabeza sin tener la menor idea de lo que le estaba intentando decir aquel hombre. A pesar de todo, le sonrió con franqueza y ellos lo besaron en la frente antes de marcharse.

—¿Quiénes son esos? —preguntó el niño a su abuelo cuando los vio mirar por última vez a su padre y mezclarse entre la gente.

—Trabajaban con tu papá —le respondió—, son buenas personas, buenos amigos, ellos nos ayudarán a salir adelante.

El muchacho los había visto varias veces juntos, sobre todo al más pequeño, a Román, como creyó recordar que se llamaba. El otro hablaba poco, y no creía haber escuchado nunca su nombre.

Cuando se perdieron por el pasillo de salida, Celestino los siguió hasta la puerta dejando al nieto sentado. Los detuvo en la calle agarrando a uno de ellos por el brazo y descargó toda la furia que lo embargaba.

—Quiero que nos veamos después del funeral. Lo han matado y le han sacado las entrañas sin piedad. Quiero matar al que ha hecho esto, le retorceré el pescuezo con mis propias manos, le haré lo que él le ha hecho a mi hijo.

Al escuchar al viejo, varios de los grupos congregados en la calle durante el duelo volvieron la cabeza buscando el origen de la trifulca. Cuando comprobaron de quiénes se trataba, volvieron con prudencia a sus conversaciones, simulando no escuchar.

—Debes bajar la voz —dijo Román—, no es el momento adecuado para hablar de venganzas, ya tendremos tiempo sobrado para pensar en lo que debemos hacer. Nosotros estamos tan indignados como tú, pero debemos esperar. Iremos por ese desgraciado en cuanto la cosa se calme. Su muerte no quedará impune.

—¿Qué estáis diciendo?! —protestó Simón—. No sabemos quién es el culpable, solo tenemos sospechas. No podemos tomarnos la justicia por nuestra mano. Y mucho menos, sin estar seguros de quién ha sido el responsable de su muerte. Debemos dejar que la autoridad tome cartas en el asunto, para eso les pagan.

—No me seas calzonazos —respondió Román, indignado—. Si crees que este crimen lo resolverá la autoridad, ya puedes esperar sentado. No se atreverán a acusar al verdadero culpable. En cuanto se acerquen a la verdad y sepan lo que ha pasado, darán marchar atrás, acusarán a cualquier desgraciado que no haya tenido nada que ver y asunto concluido. Todos sabemos quién ha sido sin necesidad de ninguna investigación, y también sabemos por qué lo ha hecho, a pesar de que nadie lo quiera decir.

—Yo no lo creo —insistió Simón—, ese que tú dices nunca ha matado a nadie. Todos conocemos sus negocios, pero de ahí a matar... Y menos con ese ensañamiento. Miguel tenía muchos enemigos, cualquiera pudo ser.

—Ha sido él. Tenía motivos para hacerlo y se la tenía jurada. A ningún

otro del pueblo le interesaba su muerte —confirmó con total seguridad el viejo.

Román asintió sin hablar.

El breve momento de silencio magnificó el ajetreo lejano de una carreta, y todos volvieron la cabeza hacia la esquina. Un burro viejo, desgano y falto de alimento, tiraba de ella sin convicción. Los dos grandes aros de hierro que protegían las ruedas de madera traqueteaban contra el empedrado como una olla de granos de maíz puesta en la lumbre. Sin embargo, de inmediato comprobaron que no lo era. Conforme se fue acercando confirmaron que aquello era algo mucho más grande, algo prestado a la carrera, con los varaes y las estacas laterales aún colocadas para la carga y con restos de paja en el suelo. Al llegar a la puerta, los presentes se apartaron y dejaron un pasillo despejado entre la carreta y el portal de la casa. Un silencio sepulcral se impuso entre el gentío, y las filas se apretaron para contemplar el espectáculo.

Después de un alboroto generalizado en el interior de la casa, que hizo que los dos mellizos y la abuela se refugiasen en la cocina, la tapa del féretro fue colocada y remachada con clavos largos y mucha meticulosidad. Cuando los golpes y los gritos de Jacinta cesaron, se lo echaron al hombro y lo intentaron sacar a la calle. Pero la puerta era de poco postín, y hubieron de bajarlo de nuevo al nivel de las rodillas para no derribar el dintel a su paso. Simón y Román, colocados al frente, apoyaron el ataúd en el carro, y Celestino y algún otro miembro de la familia de ella lo empujaron desde atrás hasta que hizo tope con las tablas del fondo. El burro, goma pura, impulsado por la inercia de la caja, avanzó su cuerpo y lo retornó sin levantar los cascotes del suelo. Cuando Miguel estuvo acomodado en el humilde carruaje para su último viaje, las mujeres salieron a la calle entre gritos y llantos contenidos, y los congregados en la puerta se colocaron tras ellas.

Con la comitiva formada, Jacinta al frente soportada por varias plañideras, recorrieron las calles pobres del pueblo, las que llevaban desde la parte oeste hasta el cementerio, y los niños quedaron al cuidado de la abuela, que no quiso ir. Fueron muy pocas las casas a las que no se asomó nadie para contemplar la procesión. En la mayoría de ellas los esperaban caras inexpresivas que se limitaban a verlos aparecer por una esquina, a santiguarse al paso del borrico y a contemplarlos mientras se perdían entre las callejuelas

encorvadas y los tonos grises del atardecer. En una de las más pobres, Raquel, la mujer de Román, mantenía la puerta abierta y permanecía firme a cierta distancia de la entrada. Cuando el cortejo pasó a su altura, Jacinta dejó de sollozar y la miró desolada. Raquel, el rostro ebúrneo y desencajado, no pudo soportarlo, sus piernas flaquearon y dio con las rodillas en el suelo. Y las lágrimas, saladas y calientes, se deslizaron hasta su boca antes de saltar al vacío desde su mentón.

3

A las nueve de la mañana, varios días después del entierro de Miguel, Raquel subió a su dormitorio y buscó bajo los trapos doblados del cajón inferior de la cómoda. Allí, a salvo de deterioros y pérdidas accidentales, guardaba las cuatro cartillas de racionamiento, las dos trimestrales del pan y las dos semestrales para el resto de los alimentos. Las extrajo de su escondite y relejó la sentencia: «Tercera Categoría». No de primera, ni de segunda, la suya era de tercera, la peor, la de los pobres, la de los vencidos, la más escasa en cupones. Abrió la de Román con cuidado y contó los de las tres primeras hojas, ocho para el aceite, ocho para el azúcar, ocho para las legumbres. De ellas, ya llevaban gastados dos tercios de la asignación. En cambio, las dos hojas de cupones para varios, como el chocolate, el café y el tabaco, y las otras dos, para la carne y los ultramarinos, seguían intactas. El único día que repartieron carne en el pueblo, ella no tenía dinero para comprarla.

Las cerró con resignación, se puso el abrigo y se encaminó hacia la calle. En cuanto puso un pie en ella, las rachas de viento cortante le recordaron el mes en que estaban. Se abrochó hasta el cuello y recorrió varias callejuelas secundarias en dirección a la plaza. No deseaba ni tan siquiera pasar cerca de allí. Sin embargo, la tienda de comestibles que la Comisaría de Abastos les había estipulado a ellos se encontraba en la esquina de la iglesia. Era el único establecimiento en el que podría retirar su asignación alimentaria.

Salvo por algunos niños que jugaban con una pelota formada por tiras apretadas de tela, y alguna que otra mujer con rumbo parecido al suyo, las calles permanecían desiertas. De los tejados volaban brozas viejas, resecas por el frío y resquebrajadas por la ventolera. Los pocos que no habían salido a

trabajar al campo, debían estar aguantando la mañana encerrados en casa.

Ya cerca del sitio, una vecina la saludó, y avanzaron juntas un buen trecho sin que ninguna de ellas se atreviera a iniciar la conversación. A pesar de ello, Raquel sabía que la otra no tardaría mucho en preguntar por lo que al final preguntó.

—¿Cómo está tu marido? —susurró afectada—. Si no estoy equivocada, Miguel era su mejor amigo. Debe estar desolado.

—Muy mal, aún no lo puede creer.

—Es cierto... —respondió la otra—. Ha sido un crimen horrible. No imagino quién podía tener motivos para hacerle lo que le hicieron. No es solo que lo mataran, lo peor fue cómo se ensañaron con él.

Raquel se detuvo en mitad de la calle, sorprendida por sus palabras. La vecina comprendió al instante que no estaba al tanto de los detalles del asesinato. Dudó.

—¿No te ha contado nada Román? —preguntó tras una breve vacilación.

—No sé a qué te refieres. ¿Qué es lo que me debió contar?

—Habla con él, que debe estar mejor informado. Yo no soy la más indicada para hablar de esas cosas. Solo digo que ha sido una desgracia.

—Debiste callar antes y no ahora. Di lo que tengas que decir —exigió Raquel, alterada, los ojos desorbitados.

La otra se mostró reacia, pero era evidente que no se podía negar, y, simulando estar muy afectada, se lo terminó por contar.

—A Miguel le cortaron la lengua y le sacaron los ojos. —La mujer guardó un silencio dramático y esperó su reacción. Al ver que no llegaba, continuó—: Todo el mundo dice que ha sido una advertencia. Hija, te lo digo como amiga: sabiendo a lo que se dedica tu marido y su relación con Miguel..., debería andarse con cuidado.

—¿Qué estás insinuando?! ¿A qué se dedica mi marido? ¿Qué es lo que tienes que decir tú de él?

—Perdona. Yo solo quería advertirte. Es verdad que debí callar y no meterme donde nadie me llama. Ya no te cuento nada más. Habla con Román, que él te lo cuente si quiere, y si no que se lo calle.

—¿Qué más? ¿Es que hay algo más que deba saber?

La mujer la miró con tristeza, indecisa, sin saber si era prudente continuar

por aquel camino con alguien tan afectado por el suceso. El último detalle probablemente no lo conocía demasiada gente. Ella tan solo se había enterado por casualidad, y ni tan siquiera estaba segura de si era cierto. La expresión de Raquel la convenció de que era tarde para dar marcha atrás. No escaparía sin soltar la información.

—No se han limitado a cortarle la lengua. Le han cortado algo más.

—¿Qué quieres decir con algo más?

—No te lo diré. No es decoroso que eso lo diga una mujer. Habla con tu marido. Además, no le digas que yo te he dicho nada. —La vecina se giró y continuó su camino a toda prisa. Raquel la dejó alejarse y luego la siguió con paso inseguro.

Cuando llegaron a la tienda, encontraron a una docena de mujeres en la cola de aprovisionamiento, todas con las cartillas en la mano y los cuellos de los abrigos vueltos hacia arriba y apretados sobre la boca.

En el grupo no hubo comentarios acerca del crimen. Sin embargo, Raquel no podía dejar de pensar. La guerra no acabó cuando el ejército enemigo estuvo vencido, como se proclamó a los cuatro vientos, ni acabó cuando el nuevo régimen terminó de instaurarse. No. Luego vinieron las represalias, los golpes en las puertas a las dos de la mañana, los paseos nocturnos sin retorno, las cartillas de racionamiento, el hambre generalizada, el mercado negro. Su marido, junto con Miguel y Simón, se habían visto obligados a entrar en el juego. Aunque ellos solo eran marionetas sin voluntad. Los hilos eran movidos por los otros, por los vencedores, por los dirigentes acomodados. El país, aislado del mundo, no tenía otra alternativa que ser autosuficiente, el gobierno estaba empeñado en instaurar la autarquía más absoluta, en no depender de nadie. Pero ¿cómo se conseguía eso en una nación destruida y con la mano de obra trabajadora diezmada por los muertos? La realidad estaba a la vista. La gente moría de hambre, o asesinada, como Miguel. Pobre Miguel. Ella estaba segura de saber quién lo había matado, y, conocidos los detalles, también intuyó por qué le habían sacado los ojos y le habían cortado la lengua. Sin embargo, lo otro era diferente. Era un asunto mucho más visceral, algo que no era compatible con la otra explicación. Perdida en sus cavilaciones no fue consciente ni del frío que calaba sus huesos ni del paso del tiempo.

—Raquel, creo que te toca —advirtió alguna, tras ella.

Raquel, reprimiendo los temblores que el viento y el rencor le habían transmitido, comprobó que era su turno y entró en la tienda. Los aromas no la recibieron como reclamaba la memoria de otros tiempos. A pesar de que la tienda era la misma a la que siempre había ido desde que era una niña, la sintió extraña, ajena al pueblo. Incluso después de aspirar varias veces, su olfato no reconoció el café recién molido, ni las especias variadas, ni el olor de las cebollas. Tampoco la esperaban las largas ristras de embutido casero, ni los sacos de las legumbres, ni el olor picante de la canela en rama. Los escasos olores del comercio procedían de las pocas y resecas mercancías distribuidas por la Comisaría de Abastos.

—Usted dirá —le espetó secamente el tendero, el nuevo. Con una cartilla de tercera no podía esperarse ningún tratamiento más afectuoso que aquel con el que el sabueso de nariz sanguinolenta la solía recibir cada vez que aparecía por la tienda. Y, dadas las circunstancias, aquel día no sería diferente.

—Traigo las dos cartillas, la mía y la de mi marido. —Raquel ofreció una sonrisa forzada que pareció más una advertencia canina que un intento de agradar—. Me llevaré el medio de aceite, los doscientos gramos de garbanzos y los dos kilos de patatas. Ah, y los doscientos gramos de carne.

Raquel colocó el recipiente de vidrio en el mostrador y retiró las manos. Escarmentada por la costumbre de la sisa, nunca llevaba botellas de litro cuando lo que pretendía comprar era medio. Percatándose de sus precauciones, el tendero la agarró de mala gana y la llenó con un embudo. Aunque habría sido más cierto decir que solo lo simuló, porque a la botella de medio le habría cabido otro tanto como aquel. No habiendo forma de demostrar la capacidad real del envase, Raquel hizo la vista gorda y suspiró impotente. El trapicheo con los garbanzos fue ejecutado con mucha más elegancia. La balanza, convenientemente calibrada, fue capaz de transformar los poco más de ciento cincuenta gramos de legumbres es doscientos bien despachados y, lo que era más importante, a la vista de todos los que quisieron mirar. Luego vinieron los dos kilos de patatas, ciertos, contundentes, pesados con esmero ante toda clientela. Tan ciertos y tan contundentes, que Raquel divisó algún que otro canto rodado jugando al escondite entre tubérculo y tubérculo.

—Bien, ahí lo tiene todo, son... —el tendero hizo la cuenta con tiza y a

continuación la borró con un paño húmedo, sin dar tiempo a que la mujer la repasara— seis pesetas y dos gordas.

—De acuerdo, pero se le ha olvidado despacharme los doscientos gramos de carne que le he pedido.

—No se me olvida nada, señorita. Carne no hay —entonces el tendero reclamó con urgencia a otra de la fila—. ¡Siguiente, por favor!

—¡Un momento! —gritó Raquel, indignada—. ¿Cómo dice usted que no hay carne? Lo ha anunciado la Comisaría de Abastos para esta semana. Comunicaron que podríamos comprarla hoy. Debe haber un error.

—No hay ningún error. Hace rato que se ha acabado. Debió haber madrugado más —contestó altivo el tendero.

Luego le arrebató las cartillas de la mano y las repasó.

—Además, hace dos semanas también se repartió. Entonces sobró, y veo que los cupones siguen sin arrancar. ¿Por qué no vino entonces? Hay que estar más atenta y aprovechar las oportunidades cuando se presentan.

—¿Eso qué le importa? Ese día no teníamos dinero. Pero hoy sí lo tengo. Quiero que me despache la carne. Es nuestra.

—No se la puedo dar, ya le he dicho que no hay. Sin embargo, sí que me quedaré con los cupones, los de hoy y los del otro día. Ya no los necesita, están caducados. —El tendero los arrancó con rabia y los guardó en el cajón.

Aquello ya no era un hurto sin importancia, aquello se había transformado en un robo superlativo, descarado, indecente. Un robo que no se podía tolerar.

—Esto no va a quedar así. Lo denunciaré —gritó Raquel.

—Señorita, baje la voz, está molestando a la clientela. Si aparece la Guardia Civil por mi tienda tendremos que llamar a su marido. Era amigo de Miguel, ¿verdad? Quizá pueda ayudarles en la investigación.

La velada amenaza causó el efecto deseado. Ya no se trataba de que no la timaran, se trataba de la consabida razón de los vencedores frente a los vencidos, de los de primera categoría frente a los de tercera. Raquel buscó ayuda entre los presentes, vecinos conocidos que pensó que apoyarían su postura. No encontró el auxilio deseado. Todos se encontraban distraídos, con la mirada perdida por una u otra razón. Se dio la vuelta y salió de la tienda.

Las ráfagas heladas se habían aliado con una fina y persistente lluvia que le empapó la cara. Ni tan siquiera lo notó. Avergonzada por la forma en que

había sido tratada y por el robo del que había sido víctima, se detuvo un momento en la puerta sin saber qué hacer. Apretó los dientes y se armó de valor. Antes o después estaba obligada a enfrentarse al lugar de los hechos. Se encaminó hacia la plaza, subió las amplias escaleras con el corazón alterado. Al fondo divisó el banco. Dejó la fuente atrás y caminó despacio hacia él. Unos pasos antes de alcanzarlo, se detuvo bajo la lluvia y se dejó empapar por los chorros que corrían por su cuello. Tiritando, imaginó a Miguel tirado en el banco con los ojos arrancados, y las lágrimas brotaron sin control. Al momento las reprimió, no era ella quién debía llorarlo, para eso estaba Jacinta, su mujer. Aunque buscó el rastro de la sangre en el suelo, no lo encontró por ningún lado. Si alguna vez estuvo allí, el agua lo habría desdibujado con la misma rapidez con que la muerte lo dibujara. Entonces tuvo la fuerza de voluntad suficiente como para sentarse en la misma posición en la que encontraron a Miguel y buscar el hálito de su alma con los ojos cerrados. No notó su presencia. Allí no había nada.

Al abrir los ojos de nuevo, descubrió la botica frente a ella. La casa a la que debería volver apenas diesen las seis. El asesino había sido él, Pascual. La lengua cortada, los ojos..., ¿qué más? No quería ni pensarlo. «Hijo de puta. Cabrón». No le cabía la menor duda. Todo encajaba. Y lo peor era que tendría que volver a entrar en aquel lugar al final de la tarde, al final de todas las tardes. No estaba segura de poder seguir haciéndolo. Aunque, ¿qué remedio le quedaba?

El abrigo terminó de empaparse, y las patatas fueron zafándose de la tierra que cubría su superficie y dejando al descubierto el descarado engaño del tendero. El chorro embarrado fue abriéndose camino por el fino empedrado de la plaza, hasta conseguir precipitarse por una alcantarilla cercana y mezclarse con la poca sangre que había dejado escapar el cuerpo de Miguel. Diez minutos después, Raquel se limpió los ojos con el dorso de la mano, y se marchó.

Durante el resto del día, la llovizna fue arreciando hasta transformar al pueblo en una mancha emborronada, y sus calles desiertas se disfrazaron de riachuelos y lo recorrieron atiborrados de piedras y de barro.

4

Al día siguiente dejó de llover. Aunque el cielo seguía nublado, con las primeras luces del alba la rata olisqueó los aromas a tierra mojada y decidió salir de su guarida para recorrer los cien metros que la separaban del granero. Se arrastró bajo la puerta y subió al montón de los sacos de maíz. Desde su posición de privilegio, dejó caer los treinta centímetros de cola y se irguió atusándose los vientos. No sabía por dónde empezar. Arroz, no. Había comido de él hasta hartarse el día anterior. Las patatas solían estar tiernas y eran buenas para saciar la sed en verano, demasiado frías en invierno. El aceite, ni pensarlo, la grasa vegetal no era para ella. El trigo se le escurría entre los dedos y era difícil de atrapar, bueno si no había otra cosa que comer, pero habiendo maíz... Sí, el maíz era la mejor elección. Pero no pretendía que los humanos descubrieran su atrevimiento permaneciendo encima de la montonera. Saltó de saco en saco hasta la base y se refugió entre el laberinto de sombras, donde ni por asomo llegaría nunca la luz. Allí perforó el tejido de arpillera y dejó que el néctar dorado chorreara entre sus patas y formase un pequeño montón. A salvo de miradas indiscretas, entrecerró sus ojos con deleite y comenzó a roer.

Los hombres llegaron media hora después. Abrieron la puerta principal entre chirridos estridentes y se introdujeron en el cortijo. El roedor apenas estiró el cuello para confirmar que eran los de siempre y continuó comiendo.

—¿Nos esperan arriba los encargados? —preguntó el boticario mientras cruzaban el umbral e intentaban escrutar entre las sombras de la vivienda.

El alcalde no respondió de inmediato. Se quitó los guantes y se dirigió al despacho de trabajo, ubicado en el piso superior. Al entrar comprobó que la

habitación estaba caldeada, y que la lumbre que crepitaba en uno de los laterales llevaba un buen rato encendida. Había heredado aquella propiedad de su familia mucho tiempo atrás, y su ubicación apartada pronto la reveló como ideal para el lucrativo negocio que había montado junto con su amigo Pascual. Se desprendió del abrigo y abrió las contraventanas para dejar entrar la vaga claridad de la mañana.

—No hay nadie más en el cortijo —respondió cuando ambos estuvieron acomodados en los sillones del escritorio—. Les dije que nos dejaran solos un rato. Este incidente nos traerá muchos problemas. Miguel no debió haber muerto.

—Si te digo la verdad, a mí no me preocupa lo más mínimo la muerte de Miguel. Pronto repondremos la baja y el grupo volverá a actuar con total normalidad. Es un incidente que no nos debería afectar.

—Pascual, me da la impresión de que no te das cuenta de las consecuencias que puede acarrear este suceso. El grupo de Miguel era el más eficiente, los otros dos apenas acaban de empezar y no conocen el negocio. Además, tanto Román como Simón eran amigos inseparables de Miguel. Estoy convencido de que buscarán al culpable y se vengarán. Habrá más muertos en el pueblo y tendremos problemas con los demás. ¿Qué haremos si alguno de ellos se va de la lengua y cuenta a la persona equivocada lo que no debe contar?

—Te equivocas. Esos pobres diablos no tienen ni para comer, el racionamiento es cada vez más estricto. El país entero se está yendo al garete. Si el gobierno no busca alimentos en el extranjero, gran parte de los niños morirán, y los viejos también. Ya están muriendo. Nadie dirá nada. Y tendremos todos los repartidores que queramos, la gente está dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de conseguir dinero.

—Ya veremos quién lleva razón. Por lo pronto tenemos los almacenes abarrotados. La Guardia Civil no deja de merodear por el pueblo de día y de noche. Así no hay forma de que los estraperlistas saquen los productos a la calle.

—¿Dónde tienes el registro? —preguntó el boticario.

El alcalde abrió uno de los cajones del escritorio y sacó un grueso libro de cuentas. Lo dejó sobre la mesa y se retrepó en el sillón. Pascual lo abrió por

las últimas páginas y lo repasó con varias idas y venidas.

—A ver... —dijo entre dientes haciendo un rápido repaso—, tenemos casi dos mil litros de aceite, sesenta fanegas de trigo y maíz, algunas legumbres y varios cientos de kilos de patatas... ¿Y el café y el tabaco?

—No nos queda —afirmó el otro—. Es lo único que hemos conseguido vender.

—Creo que no estamos enfocando bien las ventas —afirmó Pascual—. Hay que repartir primero los productos perecederos y reservar el resto.

Ten en cuenta que cada día hay más escasez y los precios no dejan de subir. Si los aguantamos unos meses, las ganancias se multiplicarán.

—Puedes llevar razón, pero eso supondría sacar a la gente a la calle. Debemos esperar hasta que la situación se calme. Ya veremos después.

—¡Tonterías! —dijo Pascual—. Yo hablaré con ellos. Ya verás como esta misma noche volverán a repartir.

El alcalde se levantó y se acercó al fuego. Atizó varios troncos que se habían consumido por su centro y se concentró en los crujidos secos de la leña luchando contra las llamas. Pascual era su socio desde hacía bastante tiempo, y habían pasado juntos momentos difíciles. Incluso, si no fuese por lo que él sabía, lo habría considerado su mejor amigo. Eso lo hizo dudar sobre si debía advertirlo de lo que andaba en boca de todo el mundo. Por el bien de ambos, decidió que no había otro remedio que hacerlo.

—Pascual. Tú en especial debes cuidarte mucho de acercarte por ahora a ellos. Déjalo en mis manos. Yo me encargaré.

Pascual cerró el libro de un golpe y se giró en su sillón. El alcalde seguía enfrente al fuego y le daba la espalda.

—¿Qué estás insinuando? —dijo Pascual, indignado.

—¿Por qué crees que se han ensañado con el muerto? —preguntó, simulando una concentración que no mantenía. Hizo un breve silencio, dio una patada con su bota a un rescoldo fuera de control y continuó interrogando—. ¿Por qué crees que le han arrancado los ojos y la lengua al muchacho?

—El mensaje está muy claro —afirmó el boticario—. Todos sabemos de sobra cómo era. No hay duda de que se trata de una venganza por haberse ido de la lengua con algún asunto delicado.

—Vamos, Pascual... ¿Con qué asunto podría haberse ido de la lengua si

tan solo trapicheaba con nosotros? La gente no razonará de otra manera. Nos acusará a nosotros y a nadie más del escarmiento propinado a ese pobre infeliz. No olvides que muchos conocen lo que hacemos y el beneficio que sacamos. Saben a dónde van a parar los productos que no reciben ellos en la asignación y lo que falta en las tiendas. A pesar de que no hablen en público de ello, saben de sobra que los engañamos. Lo único que nos libra del linchamiento es el miedo y la represión. Supongo que eso tú ya lo sabes más que de sobra.

—Pues que razonen como les dé la gana. Yo no lo he matado —sentenció el boticario, levantando la voz—. ¿Lo has hecho tú?

El alcalde no contestó. Extrajo la petaca del tabaco del bolsillo y se lio un delgado cigarro mientras se dirigía al ventanal. Sacó el mechero sin dejar de observar el exterior y lo encendió. En el cielo, a lo lejos, distinguió a un cernícalo aleteando con destreza a unos treinta metros de altura. Era evidente que el pájaro se esforzaba en mantener su posición fija en el aire mientras acechaba a una presa incierta a ras de suelo. Soltado el humo de su primera calada, se dio la vuelta y contestó.

—Podría ser. Podría haberlo asesinado yo. Aunque todo el mundo en el pueblo está convencido de que lo has hecho tú.

—Pero ¿qué estupidez es esa? —exclamó Pascual levantando la voz—. Además, me da igual lo que piensen. Yo no he matado a nadie.

—Tú verás. Yo me limito a advertirte de lo que puede ocurrir.

—Aunque hubiese sido yo, ¿quién se podría atrever a hacer algo al respecto?, ¿Román?, ¿Simón? No. Nadie hará nada.

—Ellos quizá no, pero ¿qué me dices del viejo?

—¿Te refieres al padre de Miguel?

—Sí, al mismo, a Celestino. Él sí que sería capaz de hacerlo. Ya lo ha hecho antes, y lo volverá a hacer si no le paramos los pies. Dicen que está convencido de que has sido tú, de que tú has matado a su hijo. Anda por las tabernas amenazándote cada vez que toma una copa de más. Te digo que cuando menos te lo esperes ese viejo irá a por ti. Una cosa es mantener la boca cerrada y otra muy distinta tragarse una ofensa como esa en las carnes de tu propio hijo.

—¡Bueno, ya está bien!, deja de decir majaderías —gritó Pascual—. Tú

podrías ser el culpable tanto como yo. También podría ir a por ti.

—Sí, eso es cierto. También podría venir a por mí. Pero no lo hará.

—¿Y por qué motivo debo ser yo la víctima? —preguntó furioso el boticario—. Me lo tendrás que explicar. Los dos estamos en esto, los dos podríamos haberlo hecho. En el caso de que Miguel se hubiese ido de la lengua en relación al estraperlo, tanto tú como yo habríamos resultado perjudicados.

—Me da la impresión de que se te escapa un detalle. Un detalle fundamental que no sé si conoces. ¿Ha hablado contigo el teniente?

—Por supuesto que no. A qué te refieres.

El alcalde lo observó detenidamente, como se observa a un desconocido la primera vez que se le ve. ¿Conocía Pascual aquella información? Si era el asesino, o el que ordenó el asesinato, la debía conocer a la perfección. No detectó nada en su cara que se lo pudiera confirmar. Aunque, tampoco pudo convencerse de lo contrario.

—La cuestión fundamental, si aún no lo sabes, es que además de sacarle los ojos y la lengua, a ese chico lo han capado.

—¿Que lo han capado? ¿Y por qué lo iban a capar?

—Eso a mí no me lo preguntes. No lo sé. Pero no son muchos los motivos por los que se puede capar a un hombre —respondió mientras soltaba una bocanada de humo y se giraba de nuevo hacia el ventanal.

La rata, con la barriga a reventar de maíz, inicio el camino de vuelta hacia su madriguera a mucha menos velocidad de la que imprimió a su viaje de ida. Incluso, sus sentidos embotados por la incipiente digestión, decidió hacer un alto a mitad del recorrido y rascarse tras la oreja. El cernícalo, incansable observador, dejó de batir sus alas y se dejó caer con suavidad. Agarró a la rata por el pescuezo y la mató. Con las garras hincadas en su cuello y el pico enzarzado en su barriga, comenzó a comer.

5

La pierna izquierda de Isidoro, de rodilla para abajo, se había transformado en mitad de la guerra en pata de palo. Por eso cuidaba con tanto mimo la otra, la buena, y siempre procuraba bajar la traicionera escalera de la bodega agarrado con fuerza al pasamanos. En el primer viaje encendió la torcida del candil y comenzó a descender alumbrando la oscuridad con la mano derecha en alto. Uno a uno, los barriles de vino y los trastos amontonados en los rincones más apartados fueron tomando forma y transformando su ausencia en sombras alargadas. Buscó el gancho de alambre que servía de soporte para la lamparilla de aceite y estiró aún más su brazo para colgarla de él. Una suave brisa apagó la llama. Resignado a su suerte, cerró los ojos en la oscuridad y suspiró mientras notaba como la humedad hacía presa en su muñón.

Isidoro procedía de una larga estirpe de taberneros y, aunque vendían todo tipo de licores, su nutrida clientela se había congregado en torno al vino de Montilla, sin ningún género de duda el mejor de la región. Isidoro no sabía de armas cuando fue llamado a filas ni tampoco sabía de ellas cuando volvió. Solo recordaba haber estado un día en el frente, frente a otros que le fueron presentados como los malos, y que, de las dos piernas que llevó con él a la trinchera, solo le volvió una, la derecha. Desde entonces, desde que volvió, su vino no era bueno. Aún con los ojos cerrados, aspiró el aroma agrio que desprendían los efluvios del vino y afinó el oído para comprobar lo que ya sabía desde hacía varias semanas; que, de los tres grandes barriles de vino, tan solo uno de ellos goteaba. Encendió la mecha de nuevo y avanzó hasta el primero. Quitó el corcho inferior, solo por entretenerse en hacerlo, y lo comprobó. Vacío. El siguiente pedido de vino llegaría, si es que llegaba,

varias semanas más tarde. No tenía ni idea de si sería capaz de aguantar hasta entonces. Con la pata chungu y el movimiento descompasado, se acercó al segundo. Quitó el corcho con algo más de precaución y esperó. Vacío. No había otro remedio. Dejó el candil encendido y subió a la taberna, llenó la damajuana de agua y volvió a bajar. Extrajo el corcho superior del tercero y vertió el agua con un embudo. Luego, abrió el de vaciado y volvió a llenarla con el vino rebajado. No quería ni pensar cuántas veces había repetido la operación en las últimas semanas. Sin embargo, había que reconocer que el resultado era espectacular. Ya hubieran querido muchos católicos dominar el milagro de la multiplicación de los panes y los peces como él lo dominaba.

Cuando apagó el candil y subió la escalera con la garrafa, ya esperaban en la puerta varios de los parroquianos. Encendió las luces y abrió.

—Buenas noches, Isidoro —dijo uno de ellos mientras el tabernero les abría la puerta—. Ya creíamos que hoy no abrirías, que el vino se te acabó.

—Antes de que a mí se me acabe el vino tú habrás muerto de hambre, desgraciado —refunfuñó el tabernero con cara de pocos amigos.

Media hora después, el local estaba lleno, y el humo y el ensordecedor ruido enmascaraban cualquier detalle de las conversaciones que allí se mantenían.

—Estoy pensando en dejarlo —explicaba Simón a su compañero a voz en cuello, con los brazos apoyados en el mostrador.

—¿Cómo vas a dejarlo ahora? —replicó Román a su derecha—. Necesitas llevar dinero a tu casa. ¿De qué vas a comer?

—Ya me apañaré, todo el mundo sobrevive. Yo no tengo hijos como tú, ni mujer. Volveré al campo, a lo que hice siempre. Aún no he olvidado cómo es eso de la hoz y la azada, algún que otro jornal caerá.

—No me vengas con mariconadas. Lo que a ti te ocurre es que te has acojonado con la muerte de Miguel —aseguró Román.

—No te quito la razón. Hace días que no duermo. Me despierto a media noche y escucho ruidos por todos lados. A nosotros también nos matarán antes o después. Nos cortarán en trocitos y cebarán a los cerdos con nuestros cuerpos.

—Si lo haces, te arrepentirás. Pasarás hambre como todo el mundo y entonces será tarde para volver. Tu sitio estará cubierto por otro, hay montones

esperando una oportunidad para entrar en el negocio. Piénsatelo bien antes de hacer una tontería como esa. En este trabajo se cobra mucho más dinero que con jornales en el campo.

—¿Has pensado alguna vez por qué? Yo te lo diré. Cobramos porque somos el chivo expiatorio. Si detienen a alguien será a nosotros. El día que nos descuidemos nos enchironan, o nos ponen una multa que no podremos pagar. Pasaremos años purgando la culpa en cualquier cárcel perdida, o trabajando como prisioneros en uno de esos campos de concentración del nuevo gobierno, horadando canales de riego de sol a sol. No. Me quitaré de en medio. Al menos hasta que descubran quién ha asesinado a Miguel. Ya veré después.

—¡Eso ya lo sabemos! —gritó Román, terminando su vaso de un trago. Isidoro dejó de limpiar los vasos con el paño grasiento y le sirvió otro—. Ha sido el boticario.

—¿Por qué estás tan seguro? La muerte de Miguel no le interesaba ni a él ni al alcalde. Es un asunto malo para su negocio.

—Eres un necio si piensas así. Desde el primer día nos advirtieron de que debíamos ser discretos y andar callados. Y tú sabes muy bien que Miguel se iba de la lengua en cuanto se calentaba con el alcohol. Alguien lo delató y Pascual lo mató. Así de sencillo.

—Pues si ha sido él, peor para todos. Vete buscando a otros dos para sustituir a Miguel y a mí. Seguiré contigo hasta que los encuentres. Después lo dejaré.

—Ni lo sueñes —dijo Román—. Seguiremos los dos solos. No nos hará falta nadie más. Tú y yo nos sobramos para hacer los repartos.

Simón terminó su vaso de vino y quedó enfrentado a su propio rostro, reflejado en el espejo de enfrente. Sabía que era una cobardía abandonar a su amigo Román en aquellas circunstancias. Si decidía seguir, tan solo sería por no dejar a su amigo en la estacada.

Isidoro advirtió la llegada del teniente incluso antes de que este abriese la puerta. Vislumbró el uniforme entre el humo y los claroscuros de la calle, y se preparó para dar la voz de alarma. Cuando el guardia entró, una ráfaga invernal cargada de agua se coló por la rendija. Se quitó el tricornio y lo sacudió hacia el suelo.

—¡Mi teniente...! —gritó Isidoro con toda la fuerza de sus pulmones. El ruido ensordecedor cesó de inmediato, y la clientela guardó silencio unos segundos y lo observó—. Menuda noche de perros. ¿Qué vamos a tomar?

Al teniente, bregado en combates estratégicos, no le gustaba el poco sigilo del tabernero. Algún día habría que darle un escarmiento.

—Buenas noches, Isidoro —contestó de mala gana mientras colocaba el tricornio en la barra y agitaba la capa para librarla del agua—. Pues ¿qué va a ser?, lo de siempre.

Mientras todos retornaban a sus conversaciones, intrascendentes ahora, el tabernero agarró la damajuana y llenó el jarro de cristal hasta poco más de la mitad. Con él, sirvió el vaso de Montilla para el guardia. El afectado, tras agarrarlo y beberlo con un golpe seco, se giró y repasó al personal. Los de las mesas del fondo simulaban no verlo y siguieron a lo suyo. Los de las más cercanas a la puerta lo saludaron con movimientos de cabeza. El teniente les dedicó un gesto forzado y volvió a su vaso. En el espejo del fondo, escondida entre montones de botellas medio llenas, localizó a la pareja que bebía junto a él.

—Buenas noches, caballeros —les dijo, girándose hacia ellos—. Sigán, por mí no interrumpen su conversación. ¿De qué hablaban, si se puede saber?

Simón dirigió los ojos al tabernero sin saber qué decir, y luego miró a su compañero en busca de auxilio. Este decidió aprovechar la oportunidad.

—Nos preguntábamos, mi teniente, si ya habrían avanzado ustedes algo con el asunto de Miguel.

—¿Lo conocíais? —preguntó el agente, como de pasada.

—Claro, éramos muy amigos. Como imagino que ya sabrá, trabajábamos juntos de vez en cuando —dijo Román.

—Entonces, si hubiera tenido enemigos, vosotros los habríais conocido, ¿verdad?

Isidoro se acercó en auxilio de la pareja y relleno de mejunje los tres vasos.

—Señores, creo que están secos, a esta invita la casa.

El teniente no cayó en la trampa, los siguió mirando fijamente hasta que Simón se decidió a contestar.

—No podemos negar que a Miguel le gustaba una juerga —afirmó—,

como nos gustan a todos, pero enemigos, que nosotros sepa, no tenía ninguno. Era amigo de todo el mundo, y no hizo mal a nadie. ¿Verdad, Román?

Román no contestó a la pregunta de Simón. Se quedó mirando al guardia y formuló otra más arriesgada.

—¿Han hablado ya con el boticario, o con el alcalde?

—¿Cree usted que deberíamos hacerlo?

—No lo sé. Pero pienso que un alcalde debe saber cosas de su pueblo.

—¿Y con el boticario? —interrogó el guardia—. ¿Por qué deberíamos hablar con él? ¿Sabe algo de él que nosotros no sepamos?

—Creo haber escuchado por ahí que Miguel le hizo algún trabajo especial a alguno de su familia. Ahora no lo recuerdo bien. Solo era por hablar.

El teniente acabó su vaso y al fin respondió a una de sus preguntas.

—No debe preocuparse, hablaremos con todos. Incluso con ustedes. Pero todo a su debido tiempo. Ya se les irá llamando conforme lo reclame la investigación.

Ambos mantuvieron la mirada desafiante hasta que el primer borracho de la noche hizo su aparición. A pesar de que apenas había ingerido el primer medio litro, la poca grasa de su cuerpo no fue rival para el vino aguado, y el alcohol se le subió a la cabeza sin remedio. Levantó el vaso con intención de potenciar el impacto y lo estrelló contra el suelo para transformarlo en añicos.

—Isidoro —gritó indignado—, ahora sé por qué nunca se acaba el vino en este tabernucho de mierda. ¡Es que esto no es vino! ¡Esto es agua!

Luego salió corriendo hacia la puerta y se perdió entre las sombras del callejón. Con ambas manos apoyadas en la pared medio deshecha en barro a causa de la tormenta, intentó vomitar. Muy a pesar suyo, no lo pudo hacer. No recordaba haber comido absolutamente nada desde dos días atrás. Dejó que su espalda se empapase y comenzó a tiritar.

El teniente, mejor alimentado, aguantó algún que otro trago más. Sin embargo, en el sexto, comenzó a flojear, y decidió que era el momento de largarse. Se colocó el tricornio y la capa, y salió a la calle sin despedirse. El borracho había desaparecido.

6

Cuando el teniente despertó a la mañana siguiente, el temporal no había amainado, y una lluvia recia seguía azotando el pueblo con virulencia. Cruzó el patio a la carrera y entró en su despacho soltando improperios.

—¡Vaya mañanita que tenemos hoy, mi teniente! —dijo el sargento, cediéndole el asiento—. Por mucho que quiera, será imposible salir del cuartel hasta que la cosa escampe. Lo de Jacinta tendrá que esperar para mañana.

—Pues ya puedes estar yendo a buscar los impermeables. Me importa un bledo el agua. Ahora mismo nos vamos a su casa.

—Mi teniente... ¿No podríamos dejarlo para otro día? Mire que nos vamos a ensopar en cuanto pongamos un pie en la calle. Además, esa mujer estará destrozada.

—No. No quiero que se enfríen las pocas pistas que tenemos. La viuda ya ha tenido cinco días para reponerse de la desgracia.

—Es posible que esta tarde escampe —dijo el suboficial en un nuevo intento de evitar el remojón—. Estas tormentas pasan rápido. Entonces podremos ir. No creo que esa mujer vaya muy lejos con la que está cayendo.

—¿Has ensillado los caballos? —preguntó su jefe sin atender a sus cavilaciones.

—Están en la puerta. Podemos irnos cuando quiera —contestó cabizbajo mientras iba en busca de los impermeables.

Cuando volvió, observó desde la puerta de las dependencias cómo el teniente, delgado y musculoso, subía a su caballo con elegancia y sin el menor esfuerzo. Él, en cambio, achaparrado y regordete, cebado por los succulentos

guisos de su joven esposa, necesitó varios intentos para conseguirlo. Con las capas abotonadas y los tricornios encasquetados hasta las orejas se alejaron del cuartel.

No se podría decir de ellos que hubieran sido una pareja bien avenida desde su casamiento. El teniente inició la guerra del lado nacional, y en ese mismo lado la acabó. El sargento, en cambio, vivió ambos bandos. En el alzamiento, su cuartel cayó en la zona no conquistada y permaneció por un tiempo fiel a la República. Sin embargo, dos años después, cuando las posibilidades de vencer a los rebeldes se habían reducido a la nada, la región pasó a manos nacionales, y sus superiores decidieron que era hora de cambiarse voluntariamente al ejército de los vencedores. Al acabar la guerra, ambos guardias fueron ascendidos y destinados a Cardeña. Hacía cuatro años de aquello. Al teniente le costó tiempo aceptar la querencia republicana de su compañero. A pesar de ello, con el roce de los años la toleró. El sargento, muy al contrario, aprobó la rectitud de su superior sin ningún reparo. Aunque, a aquellas alturas, ya conocía de sobra su afición a empinar el codo y a dejar pasar los deslices de los conciudadanos más cercanos al bando nacional.

La casa de Jacinta quedaba al otro lado del pueblo, por lo que tuvieron tiempo más que suficiente para empaparse de agua y tiritar de frío. Con el cuerpo encogido y las manos congeladas, el sargento intentó conversar con su jefe. No estaba muy convencido de que se estuviera comportando de forma imparcial.

—Mi teniente —dijo—, ¿no cree que debimos haber interrogado antes a Pascual? Es posible que tenga más cosas que contarnos que esa pobre mujer.

—¿Eso cree usted?

—Con todos los respetos, mi teniente, todos los indicios apuntan a que lo que le hicieron a Miguel Corbacho fue un escarmiento por irse de la lengua. Sabemos que ese hombre no era el colmo de la discreción. Y también sabemos que trabajaba para el boticario. ¿Le parece poco?

—Miguel trapicheaba en el mercado negro con todo el que se le ponía por delante —puntualizó su superior—. Cualquiera de ellos puede haberse vengado.

—Mi teniente..., Miguel tan solo trabajaba para el alcalde y para Pascual. Son ellos los que manejan el cotarro en este pueblo, ningún otro distribuye

mercancía en la zona sin que ellos lo controlen.

El teniente, el agua chorreando por su cara, detuvo el caballo en mitad de la calle y se encaró con su pareja.

—Para hacer una acusación como esa hay que tener pruebas irrefutables —dijo con autoridad—. Pascual y el alcalde son personas respetables que gozan del favor del régimen. Ten cuidado con lo que dices. Estás haciendo acusaciones muy graves sin el debido fundamento.

El sargento quedó un poco sorprendido por la reacción de su superior, aunque estaba convencido de que en el fondo el teniente pensaba igual que él. Por eso, se ciñó la ropa para protegerse de la persistente llovizna y se arriesgó a una nueva reprimenda.

—Tiene razón, mi teniente. No debemos acusar a nadie sin pruebas definitivas. Hoy día mucha gente está metida en el estraperlo. Además, los negocios son los negocios, y allá cada cual con los suyos. Pero otra cosa es un asesinato... Hace más de cuatro años que terminó la guerra, y las represalias deben acabar. Estoy seguro de que usted no dejaría impune a nadie que cometiese un crimen tan horrendo, fuese quien fuese. Por eso se lo digo. Yo solo trato de ayudarlo en la investigación.

El teniente espoleó al caballo para aligerar el paso.

—Ya veremos —contestó con brusquedad—. Después de hablar con Jacinta decidiremos por dónde proseguir. Si hay que interrogar a Pascual se hará en su momento.

Ya no conversaron más. La lluvia comenzó a remitir mientras cruzaban el pueblo y se perdían entre las callejuelas estrechas en las que vivía la familia de Miguel. Cuando los dos mellizos escucharon los cascos de los caballos y vieron a los agentes aparecer por la esquina, dejaron de reventar charcos con sus botas y se refugiaron en su casa a toda velocidad. Jacinta se adcentó y los esperó apoyada en el quicio de la puerta.

—Buenos días, señora —saludó el teniente, llevándose la mano a la punta del tricornio y bajando a continuación del caballo.

—Hola, teniente. ¿Qué les trae por aquí con el día que hace?

—Quisiéramos hablar un rato con usted, por lo de su marido. Si fuera tan amable...

La mujer les echó una última ojeada y los invitó a entrar. La pareja ató los

caballos en los hierros de la ventana y la siguió a través de la casa. Recorrieron un breve pasillo y se detuvieron al llegar al portal empedrado en el que reposó el cuerpo de Miguel aquella tarde antes del entierro. Jacinta, deseosa de quitárselos de encima lo antes posible, pensó por momentos en atenderlos allí mismo. Sin embargo, al comprobar que sus ropas estaban empapadas, se apiadó de ellos y los hizo pasar a la cocina. Una generosa lumbre de brasas calentaba la olla del almuerzo, y su luz rojiza transformó las gabardinas en brillos rojizos.

Jacinta les acercó un par de sillas para que se sentasen al oreo y colgó sus gabardinas en los ganchos de la pared. Se acomodó junto a ellos y removió el fuego con un atizador.

—Ustedes dirán —dijo después.

—Nos gustaría hacerle algunas preguntas. Cualquier información que nos dé podría ayudarnos en nuestra investigación.

—¿Tienen alguna sospecha sobre quién pudo ser?

—Si le digo la verdad, hasta ahora tenemos muy pocos indicios sólidos a los que agarrarnos —contestó el teniente, intentando que su voz sonara apesadumbrada—. Llevamos días de interrogatorios y patrullas, y no hemos encontrado casi ninguna pista sobre quién pudo cometer el crimen.

—Eso quiere decir que algo tienen. ¿No es cierto, teniente?

El sargento, que observaba a la mujer con aprensión, volvió la cara y atendió con interés a la respuesta de su superior. Sin embargo, este prefirió eludir la pregunta y formular otra.

—¿Tenía enemigos su marido, Jacinta?

—¿Y quién no los tiene? Pero ninguno con motivos para matarlo con la saña con que lo mataron. No puedo comprender todo lo que le hicieron. Solo un asesino frío y desalmado podría actuar de la forma en que lo hizo.

El sargento se atrevió a intervenir.

—Señora, ¿podría decirnos a qué se dedicaba Miguel?

Jacinta meditó la respuesta antes de contestar. Aunque de soltero Miguel había trabajado como aprendiz en una carpintería, en cuanto se casaron dejó el empleo y comenzó a interesarse por cualquier tipo de actividad que no requiriese doblar el espinazo: traspaso de tierras, venta de animales, guarda de fincas, recaudación..., incluso otras más oscuras que ella prefería no

conocer. Sin embargo, después de la guerra las transacciones, los trapicheos y los morosos se esfumaron como el humo, y Miguel se vio abocado a comerciar con los productos sustraídos al control del gobierno. A pesar de que era una actividad que todo el mundo conocía, nadie se atrevía a reconocerla públicamente. Jacinta la dulcificó cuanto pudo.

—Al principio fue carpintero. Pero aquello no le gustaba y poco a poco lo fue dejando para dedicarse a los tratos. Actuaba de intermediario y se ganaba una comisión. Con eso se ganaba la vida.

Quizá para mostrar la discrepancia con la media verdad que Jacinta acababa de contar, uno de los leños que alimentaban el fuego rodó hacia un lado, acomodando su nueva forma a la de sus vecinos, e hizo saltar chispas incendiarias en todas direcciones. Ambos guardias se apartaron de la chimenea dándose manotazos en los uniformes.

—¿Traigo más leña, mamá? —preguntó uno de los gemelos.

La madre se volvió al instante y los descubrió sentados en el suelo detrás de ellos, apoyados en la pared bajo la ventana y sin perderse ni el más mínimo detalle de la conversación. El rubio quedó intimidado con la mirada acusadora de su madre. El moreno, por el contrario, miró al hermano con odio, sin entender la torpeza cometida. Los acababa de delatar a ambos y los iban a echar de allí de inmediato.

—¡Niños!, ¿qué estáis haciendo ahí sentados? Vamos, id ahora mismo a la calle a jugar. Y no se os ocurra molestar a los caballos de los agentes.

Los pequeños se levantaron de mala gana y salieron de la habitación con los ojos clavados en el suelo.

—Ustedes me dirán cómo voy ahora a alimentar a estas criaturas. ¿De qué vamos a comer sin un hombre que traiga el dinero a casa? ¿Cómo se criarán sin un padre que les sirva de guía y los lleve por el buen camino?

—Lleva razón, ha sido una desgracia para todos —aseguró el sargento, con voz afectada—. ¿Usted trabaja?

—Si se refiere a si trabajo en la calle, en otras casas, le diré que no. Cuando Miguel estaba a mi lado nunca lo necesité. Con encargarme de la mía y cuidar a estos diablos tuve más que suficiente. Pero ahora lo tendré que hacer. Ya veremos si encuentro algo.

—No se preocupe, Jacinta —repuso el sargento—, nosotros hablamos con

mucha gente todos los días, quizá nos enteremos de algún trabajo. No tenga cuidado, que la avisaremos. Ya verá como todo se arregla.

La conversación no estaba tomando buenos derroteros para la investigación, y el teniente cambió de tercio.

—Señora, ¿sabe si su marido se había metido en algún lío últimamente? ¿Algún trato que hubiera resultado malogrado?, ¿alguna copa de más que le hiciera cometer cualquier imprudencia?...

—No, al menos que yo sepa. Él no me lo contaba todo, lo bueno sí que me lo contaba, pero lo malo a veces se lo callaba.

—¿Tenía amistades fuera de Cardaña? ¿Gente forastera con la que haya tenido negocios en los últimos meses?

Jacinta buscó los ojos del teniente y lo observó con tristeza. Cada vez veía más claro que aquel crimen quedaría impune. Los agentes no tenían ni la más mínima idea de por dónde empezar. Y quedaba claro que, sin una buena razón, no tenían intención de hurgar en sitios donde no se debía hurgar. Por mucho que aquello le doliese, comprendió que era necesario contar todo lo que sabía. Si ella misma no se atrevía a implicar a gente importante para esclarecer el crimen, nadie lo haría. El asesinato inhumano de Miguel no podía olvidarse sin más. Necesitaba saber quién era el culpable y ver como daba con sus huesos en la cárcel.

—Teniente, no sé si usted sabe que mi marido a veces trabajaba con el alcalde y con el boticario. Entre ambos organizan todos los negocios que se mueven en este pueblo, y en los de los alrededores. No sé cómo consiguen las mercancías, pero mientras la gente se muere de hambre, ellos las acumulan y las venden a un precio mucho más alto del que está estipulado por el gobierno, como estraperlo...

—Señora, para hacer esa acusación hay que tener pruebas. Si las tiene, vaya al cuartel a denunciarlo. Allí tomaremos todos los datos que nos pueda facilitar. Si no las tiene debe callarse.

—Teniente, no voy a ir a ningún cuartel a denunciar nada. No me importan lo más mínimo los negocios de los demás. Solo me importan mis hijos. Pero sí que se lo digo a ustedes aquí, en mi casa. Y tenga por seguro que todo lo que digo es cierto. Mi marido ha trabajado con ellos durante años, haciendo de intermediario entre ellos y los pequeños vendedores de las calles. ¿Han

interrogado ya a Pascual?

—¡Ay carajo! —exclamó el teniente levantando la voz—. ¿Todo el mundo en este pueblo sabe a quién debemos interrogar? Por lo que me dice, tan culpable podría ser el alcalde como el boticario, o cualquier otro con el que se haya relacionado su marido.

—No, teniente, eso no es así. El asesino es Pascual.

—¿Y se puede saber por qué está tan segura de que fue él?

—Veo que todavía no lo sabe —dijo Jacinta en voz baja.

—Señora, ¿qué es lo que todavía no sé?

Jacinta se reclinó en el respaldo de su silla y se concentró en las llamas. Ella tan solo tenía veintiséis años cuando conoció a Miguel. Un chico alegre, guapo, mucho más que ella, dicharachero. La conquistó al instante. A pesar de que en aquel tiempo los preludios del casamiento duraban cinco o seis años, ellos no tuvieron más allá de dos de noviazgo. Debido a la edad de ella, decidieron formalizar su relación con rapidez. Al año de la boda nacieron los mellizos. Y Jacinta tardó otro año más en conocer las debilidades de su marido, aunque nunca lo dejó de querer.

—Teniente, haremos una cosa. Yo le voy a contar todo lo que sé. Pero usted me va a prometer antes una cosa. Me va a prometer que lo atrapará, que atrapará al asesino de Miguel, sea quien sea esa persona.

La mujer calló y esperó la respuesta del teniente.

—Si puedo, lo atraparé —respondió—. Tiene mi palabra.

Jacinta no tenía más opción que creer en el teniente. Miró al sargento de soslayo, que permanecía expectante, y se decidió a hablar.

—Maite —dijo con los dientes apretados.

—¿Quién? ¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que deben hablar con Maite, con la mujer de Pascual.

—¿Y qué tiene que ver esa mujer en todo esto?

—Teniente, si nadie ha tenido el valor de decírselo, se lo diré yo. Esa mala pécora se había encaprichado de Miguel —dijo entre lágrimas—. Aunque no pueda demostrarlo, estoy convencida de que Miguel era su amante.

El moreno, tan parecido al padre, comprendió de inmediato que debía abandonar su escondite detrás de la silla y salir de la habitación sin ser descubierto. Se arrastró un par de metros hacia la puerta de la cocina y se

escabulló.

El teniente no terminó de creerla. Jacinta era una mujer afectada, que podría ver fantasmas en todos los rincones. A pesar de ello, sus sospechas podían encajar. Si era cierto y Pascual lo sabía, el boticario podría tener más de un motivo para matar a Miguel, y, sobre todo, para hacerle lo que le hicieron. Los ojos y la lengua pudieron ser la revancha por hablar de lo que no debía hablar; lo otro, una advertencia a su propia mujer. En ese caso, la nota que encontró en la boca del cadáver solo podía responder a una trampa ingeniosa. Era imprescindible hablar con Maite, ella era la clave de aquel asesinato.

—Señora —dijo el teniente, levantándose de la silla. El sargento lo siguió —, no queremos molestarla más. Sabemos lo dura que debe ser esta situación para usted. No dude de que hablaremos con ella. Este crimen no quedará impune.

Los agentes se volvieron a colocar los impermeables y salieron a la calle. Había dejado de llover, y los mellizos permanecían en pie junto a los caballos, acariciando sus hocicos en silencio. Se retiraron de los animales y se agarraron a la falda de la madre.

—¿Qué, os gustan los caballos? —preguntó el sargento.

—Claro, señor guardia —dijo el moreno—. Son muy bonitos.

—Algún día os dejaré montarlos, pero antes debéis crecer y cuidar de vuestra madre. Ya nos volveremos a ver —dijo, revolviendo el pelo al rubio.

Jacinta los apretó aún más contra ella y se despidió de los guardias. En cuanto doblaron la esquina, el moreno se zafó del abrazo y corrió hacia la casa para buscar los aros metálicos tras los que tenía intención de correr durante el resto de la mañana.

SEGUNDA PARTE

1

Apuntando el alba, la tórtola ahuecó sus plumas y se sacudió con energía el rocío acumulado durante la larga noche invernal. Luego, asomada entre las ramas del madroño, arrulló un par de veces y se dejó caer majestuosa. Como en aquel extremo el líquido había transmutado a cristal, caminó por el labio de la fuente con paso marcial y se detuvo observadora en el opuesto. Comprobada la quietud, sumergió su pico y elevó la cabeza después para llevarse el agua a la garganta. Fue entonces cuando la descubrió. Espantada, dio dos fuertes aletazos y se dirigió al campanario. Desde él, torció la cabeza y miró con uno de sus ojos hacia abajo.

El barrendero, más madrugador que el ave cenicienta, abandonada la escoba en mitad de la plaza, recorrió las calles a la carrera y llamó a la puerta del cuartel con la cara desencajada. Un joven cabo al que no conocía abrió el portón y lo saludó sin protocolo, con las manos en los bolsillos y el uniforme torcido.

—Necesito hablar ahora mismo con el teniente —dijo, el corazón en la boca.

—No podrá ser —sentenció el joven—. El teniente está durmiendo. Ni tan siquiera son las siete de la mañana y hoy no tiene guardia. Si el asunto no es importante, mejor que esperemos un rato. No me gustaría verlo a estas horas cabreado.

—Muchacho, creo que aun así lo deberías llamar. Han cometido otro asesinato.

—¿Cómo? ¿Está seguro de lo que dice? —Los ojos del cabo, perlados de legañas, se terminaron de abrir.

—Tan seguro como el sol que nos alumbra.

Perdidas sus reservas iniciales, el cabo giró diligente y corrió hacia el interior del cuartel. Quince minutos más tarde, el teniente y el sargento ataban a los caballos en un lateral y entraban en la plaza.

—¡Hijos de puta! —gritó el teniente al comprobar la identidad de la fallecida—. Ahora sí que me han cabreado.

El sargento, que aún no la había reconocido, se acercó más a la víctima y la observó admirado. La elegancia de la mujer saltaba a la vista. Sus ropas caras, las joyas de su cuello y sus manos, y su extraña belleza, acaso más cautivadora en presencia de la muerte, produjeron en él una mezcla de atracción y pena que no supo comprender.

—Es Maite —se limitó a susurrar con la mandíbula caída.

—Pues claro que es Maite —protestó su superior, fuera de sí—. ¿Quién carajo crees que podría ser? ¿Acaso hay otra como ella en el pueblo?

—No se ponga así, mi teniente. Que yo solo quiero ayudar.

El otro lo miró de mala gana y se agachó junto al cuerpo congelado. La similitud con el asesinato de Miguel era evidente, y lo primero que se le ocurrió fue abrir la boca de la mujer e introducir los dedos en ella hasta que su puño hizo tope con los dientes. Al no localizar lo que buscaba, tiró de la lengua hacia fuera y se asomó a mirar.

—Mi teniente, no le haga eso a la pobre, que me revuelve las tripas —se quejó el suboficial—. ¿Qué es lo que busca?

—No lo sé. Tan solo era una intuición.

—¿Ha descubierto algo?

—No —respondió con sequedad mientras apoyaba una rodilla en el suelo.

El teniente observó sus largas piernas, las recorrió con ternura mientras se limpiaba la saliva de los dedos, y suspiró antes de extraerle el zapato. Lo giró ante sus ojos y sonrió satisfecho. Allí estaba otra vez: el mismo tipo de barro que había descubierto una semana antes en los botines de Miguel Corbacho.

—No se mueva de aquí —ordenó el teniente, mirando hacia la botica—. Y no deje que nadie se acerque hasta el cuerpo, voy a buscar a Pascual. No sé cómo decirle a ese hombre lo que le han hecho a su esposa.

Tras varios pasos indecisos, se giró y levantó el dedo para advertir al sargento. Pero no le fue necesario, este se adelantó al aviso.

—No se preocupe, teniente, que no sacaré la navaja ni tocaré ninguna otra cosa de la escena del crimen hasta que llegue el juez y el alcalde. A este paso vamos a ser unos expertos levantando cadáveres.

El oficial quedó satisfecho y continuó caminando en dirección a la botica. ¿Qué le podía decir a Pascual? Su mujer estaba muerta a pocos metros de donde él dormía. Sentada en el mismo banco y en la misma posición en que encontraron a Miguel el domingo anterior. Con una navaja clavada en el centro de su corazón, una navaja muy parecida a la que mató a Miguel. Al menos, pensó, aquella vez habían tenido la deferencia de no sacarle los ojos ni cortarle la lengua, ni cosas peores. ¿Era posible que Pascual no hubiese notado la ausencia de su mujer en la cama? ¿Por qué no había dado el aviso el propio boticario? El teniente volvió a pensar que era muy probable que el marido fuese el asesino de Miguel, incluso de ambos. Pascual, despechado y engañado, pudo haber matado primero a uno de los amantes y después al otro. ¿Habría sido también capaz de colocar a su mujer en aquella postura y volver a su cama a dormir?, ¿a mirarla desde la ventana? Le pareció algo tan terrible que no le pudo dar crédito. Sin embargo, pensar lo contrario era aún más extraño. A Miguel cualquiera pudo matarlo, era un pobre diablo sin sitio en el que caerse muerto, metido en negocios sucios, juerguista y mujeriego. La mujer del boticario era otra cosa. ¿Quién se atrevería a matar a alguien tan conocido y respetado? ¿A quién le podría interesar su muerte? Definitivamente concluyó que el asesino de ambos no podía ser otro que el propio Pascual. Y eso, si llegaba a demostrarse, no le haría ningún bien a su carrera.

Al comprobar que la botica permanecía cerrada, buscó la entrada particular de la vivienda y llamó con reparo usando los nudillos. No quería soliviantar al afectado antes de darle la pésima noticia. Viendo que nadie abría, agarró la aldaba y golpeó con mucha más determinación. Nada. Cruzó la calle para observar las ventanas del piso superior desde la acera de enfrente y comprobó que permanecían cerradas. No había nadie en la casa. En ausencia de los dueños, el servicio tampoco habría acudido a trabajar. Extrañado y contrariado, volvió hasta el lugar de los hechos.

—Sargento, tendrá que custodiar el cadáver un rato más, hasta que yo haya vuelto. Mande a alguien a buscar al juez y que nadie se acerque a menos de veinte metros. Cualquier pista puede ser importante. Esto se está convirtiendo

en un asunto muy delicado y prefiero avisar yo mismo al alcalde.

Al sargento no le hizo ninguna gracia quedar solo a cargo de la situación, el sol comenzaba a salir y la gente se estaba agolpando poco a poco. A pesar de ello, no le quedó más remedio que hacer de tripas corazón y permanecer junto al muerto mientras veía a su jefe subir al caballo y desaparecer de la vista.

Después de buscar a un vecino adecuado y mandarlo en busca del magistrado, alejó a los curiosos y se sentó a esperar en un banco cercano. Se abrió la capa y la observó mientras se secaba la frente. Maite debía andar por los cuarenta bien cumplidos, pero la edad no había hecho mella en su belleza. ¿Qué misterios escondía aquella cara de niña mala?, ¿aquella piel blanca y cuidada a la que pocas veces diera el sol? Sin poder reprimir el impulso, se volvió a incorporar y se acercó a Maite con renovado interés. Recorrió su rostro de alabastro, los brillos acuosos de sus ojos azabache, los labios gruesos, el busto terso y rebelde, los dedos largos de sus manos cruzadas, las uñas, cristales impolutos de esmalte rosado, su delgada cintura... Allí se detuvo. Las uñas. Retrocedió sobre sus pasos y las volvió a recorrer. Imposible que fuese un descuido. Se agachó y afinó la mirada. Aquella uña no solo había perdido el esmalte, sino que estaba quebrada y manchada de sangre. El agente giró delicadamente el dedo y comprobó que bajo ella habían quedado atrapados un par de pelos, canosos y cortos, y un pequeño trozo de piel. «Hombre de Dios —dijo entre dientes, sorprendido él mismo de la lujuria a la que aquella mujer incitaba—, ¿cómo has dejado que esta gatita te arañe?». ».

Después de recorrer la calle mayor y cruzar la primera esquina, el teniente tiró de las riendas y dirigió al caballo hacia la imponente casa señorial del alcalde. Aquel era un asunto muy feo, y sabía que se encontraba en una encrucijada en la que antes o después se vería obligado a elegir. Enredó las riendas en la reja de la ventana y miró hacia las habitaciones superiores. Las begonias —imposibles de identificar para el teniente— rellenaban los balcones con su exuberante floración. Un mal presentimiento recorrió su cuerpo. Bajó la mirada y acarició la grupa del caballo. Aunque aporreó la

puerta con mucha más determinación de lo que lo hiciera en la casa de Pascual, nadie acudió hasta cinco minutos después. Cuando estaba volviendo a perder la esperanza, una mujer del servicio con los pelos alborotados desechó varios cerrojos y se asomó al ventanuco central.

—¿Quién llama con tanta prisa a estas horas? —dijo soñolienta.

—Soy el teniente de la Guardia Civil. Llame de inmediato al alcalde, necesito que me reciba con urgencia.

La mujer, tras asomar la nariz a la calle, terminó de abrir la puerta e hizo pasar al teniente al interior de la casa. El amplio portal, plagado de macetas, estaba dominado por una fuente forrada de azulejos amarillos y azules con los chorros agotados.

—Espere aquí, que voy a avisarlo —ordenó la mujer, señalando el tresillo de mimbre.

El agente se sentó a esperar. Frente a él, una colorida vidriera que cubría la totalidad de la puerta del jardín. Apenas habían pasado unos segundos cuando vio al alcalde descender la amplia escalera de caracol.

—Buenos días, teniente —dijo mientras se ajustaba el cinturón del batín y se pasaba las manos por los ojos enrojecidos—. Me alegro de verle. ¿Qué le trae por aquí?

—Yo no diría que son buenos.

—¿Qué ocurre? ¿Se ha vuelto a organizar el Ejército Rojo? —preguntó irónico.

—La noticia que le traigo no es para broma. Cuando le diga de qué se trata estoy seguro de que dejará de sonreír.

—Pues dígame a lo que ha venido, entonces.

—¿Conocerá usted por casualidad el paradero de Pascual?

—¿Por qué habría de conocerlo?

—No lo sé, pero como es amigo suyo he pensado que podría saberlo. Debemos localizarlo. Han asesinado a su mujer.

Los ojos del alcalde aumentaron de tamaño y escrutaron al teniente.

—¿Está bromeando? ¿Me está diciendo que han asesinado a Maite? Eso es imposible. No puede ser.

—La han encontrado esta mañana temprano. Necesitamos hablar con Pascual y al parecer no hay nadie en su casa.

El alcalde se impacientó.

—¿Quién la ha encontrado? ¿Dónde está?

—En la plaza, en el mismo banco en el que dejaron al otro.

El alcalde se perdió en algún lugar lejano y pareció meditar.

—Pascual está de viaje —terminó diciendo—. Creo recordar que iba a la capital a concretar suministros para la botica.

—¿Sabe cuándo volverá?

—No estoy seguro, no tenía intención de demorarse más de uno o dos días. Creo que sería conveniente llamarlo para que adelantase su vuelta... ¿Está seguro de lo que me está diciendo? ¿Lo han comprobado?

—También será necesario que usted me acompañe para el levantamiento, así lo podrá ver con sus propios ojos —respondió el teniente.

—Es inaudito. ¿Quién ha podido atreverse? ¿Tienen ya a algún sospechoso?

—No, aún no.

—Pues más vale que vayan despabilando —dijo, repuesto de la noticia—. Van dos muertos en una semana. ¿No querrá que esto trascienda a otros niveles y se nos vaya de las manos? Miguel era un don nadie, pero Pascual es un miembro respetable de la comunidad, con contactos a los más altos niveles. La negligencia de la Guardia Civil no quedaría impune. Incluso usted mismo podría perder su puesto, o su rango.

—Alcalde, ¿me está amenazando?

—Jamás haría algo así. Tan solo le estoy informando. Dos asesinatos tan cercanos deben estar relacionados de alguna manera. Resuelva el crimen de Miguel y resolverá también este. Únicamente le digo que debe darse prisa en sus pesquisas y buscar hilos de los que pueda tirar.

—¿Y por casualidad sabe dónde podría estar alguno de esos hilos de los que habla? —preguntó el teniente, estirando la espalda—, ¿o habla por hablar?

—Yo solo sé que desde que murió Miguel hay por ahí individuos amenazando con vengarse sin esperar la acción de la justicia. Pregunte a la gente. Yo no le digo más. Ese es su trabajo. A mí me pagan para otra cosa y no quiero ser yo quien acuse a nadie sin fundamento.

—¿Me acompaña a la plaza, señor alcalde? —preguntó el teniente,

ofendido.

—No. Vaya adelantándose usted. Yo me debo vestir y hacer varias llamadas. No me será fácil localizarlo. Iré en cuanto pueda.

El guardia salió de la casa sin despedirse.

Cuando quedó solo, el alcalde buscó uno de los sillones de mimbre y se sentó con la frente entre las manos. Sabía que Pascual no había ido a buscar medicamentos. El objetivo de su viaje era concretar nuevos envíos de mercancías para su almacén, y sabía perfectamente dónde lo podía localizar. El único problema era que no quería hacerlo. No quería informarle personalmente de la espantosa noticia. Meditabundo, salió al jardín y comenzó a caminar. La escarcha, henchida de noche y de frío, crujía al quebrarse bajo sus zapatillas de fieltro. ¿Qué le podía decir? Las primeras gotas derretidas por la mañana comenzaban a desprenderse desde las ramas más altas, y los trinos de los pájaros que acudían cada amanecer al jardín iniciaron una discreta sinfonía. Al llegar a la tapia del fondo, levantó la cabeza y volvió a la casa. Con cuidado de no despertar a su mujer, subió la escalera y atravesó el pasillo que llevaba a su despacho. Sentado en el escritorio, descolgó el teléfono. Pidió una conferencia y esperó hasta escuchar la voz de su socio:

—Pascual —dijo con toda la firmeza que pudo reunir—, debes volver inmediatamente, algo terrible acaba de ocurrir.

2

Mientras levantaban el cadáver de Maite en el centro del pueblo, los dos mellizos permanecían sentados a los lados de su abuelo Celestino. Adormilados por el murmullo chispeante de la lumbre, concentraban la mirada en el borboteo de la olla y seguían con los ojos el baile de los garbanzos.

—Abuelo, ¿por qué cocinas tú hoy? —preguntó el rubio—, ¿es que también sabes hacer la comida como la hace mi mamá?

—No estoy cocinando, niño —contestó sin afecto—. Eso es para mujeres. Los hombres no cocinan. Los garbanzos no son para comerlos.

—Si no son para comerlos, ¿para qué son, abuelo? —insistió el moreno, mirándolo sin pestañear.

—Lo veréis a su debido tiempo —agarró el cucharón de madera y removió la mezcla con cuidado—. Hoy aprenderéis que con muy poca cosa se puede matar.

Los mellizos, asombrados por las palabras del abuelo, se miraron desconcertados y volvieron a clavar sus ojos en las arrugas profundas de su cara senil. Tan solo el moreno se atrevió a preguntar.

—Abuelo, ¿a quién vas a matar?

—Ya lo verás. Por ahora, observa y aprende.

Después del primer hervor, cuando las legumbres estuvieron suficientemente blandas, el viejo agarró las asas de la olla con dos trapos mojados y la sacó del fuego.

—Muchacho, trae la espumadera de tu madre.

El rubio dio un brinco de animal sorprendido y volvió al trote con ella en la mano.

—¿Y ahora?

Celestino no contestó. Sacó con rapidez los garbanzos y los metió en la pila con agua fresca para cortar la cocción. El regusto de lo prohibido llenaba la boca de sus nietos y hacía que no perdiesen detalle.

—Esto es lo más importante. Si se pasan no hay nada que hacer —dijo sin mirarlos—. Vete a por la aguja de lengua de vaca y el hilo de bramante.

Cuando el nieto volvió, el abuelo fue cortando cordeles de poco más de medio metro de longitud e hizo un pequeño nudo en el extremo de cada uno de ellos. Luego, con sumo cuidado, usó la aguja para ensartar sendos garbanzos en los cordeles cuidando de que estos toparan con el extremo anudado. Cuando tuvo varias docenas preparadas, los emparejó y salió con ellos al corral con los chiquillos corriendo tras él. Dividió el manajo en dos mitades iguales y se las ofreció.

—Debéis extenderlos a lo largo del suelo, con mucho cuidado de que no se toquen entre ellos o se arruinarán. En cuanto salga el sol y los seque, estarán preparados. Ya no habrá forma de separarlos del cordel.

Cuando los mellizos terminaron el trabajo, se incorporaron, contemplaron un suelo plagado de renacuajos larguiruchos y se volvieron hacia Celestino defraudados. Era imposible que su abuelo matase a nadie con un puñado de garbanzos con rabo. Buscaron sus aros metálicos y sus varillas, y se fueron a la calle a jugar.

A la mañana siguiente, antes del amanecer, el abuelo y los dos chiquillos recorrían una inmensa planicie transformada en barbecho a las afueras del pueblo. El viejo separó uno de los cordeles y preparó la primera trampa. Agarró el extremo libre y le ató una piedra del tamaño de una nuez.

—Niños, observad bien cómo lo hago yo. La piedra debe ser de este tamaño. Si es más pequeña, las palomas la arrastrarán y escaparán, y si es más grande, conseguirán tirar con suficiente fuerza como para regurgitar el garbanzo, y también escaparán. ¿Lo habéis entendido?

—Sí, abuelo —dijo el moreno, las cejas levantadas—. Las quieres ahogar. El abuelo lo miró satisfecho.

—A continuación, colocáis la piedra en el suelo y alejáis el garbanzo tanto

como podáis. Entonces, enterráis con cuidado la piedra y el hilo. Así la paloma solo verá el garbanzo y se lo comerá sin pensar. Cuando note el hilo en su garganta tirará de él y se atragantará. Y recordad que lo más importante para cazarlas es el tamaño de la piedra. ¿Lo habéis entendido?

—Sí, abuelo —gritaron ambos a la vez.

—De acuerdo, repartiremos el manojito de garbanzos entre los tres y los iremos colocando a lo largo del rastrojo. Esta es la zona por la que más suelen buscar. Al atardecer volveremos a ver lo que encontramos. Si tenemos suerte, esta noche tu madre nos preparará un buen estofado.

Cuando el sol asomó por el horizonte, todas las trampas estaban colocadas. El abuelo y los niños se reunieron y se encaminaron hacia la mula que habían dejado trabada entre los árboles de la ribera del río.

Pero Princesa no estaba. El animal, pensó Celestino, debía haberse alejado buscando la hierba fresca o el agua corriente. Cuando la localizaron escondida entre la maleza, comprobaron que no estaba sola, y los niños, sorprendidos, se detuvieron intimidados por los uniformes de los guardias. El abuelo, más templado, continuó caminando hasta llegar a su altura.

—Buenos días, agentes —dijo mientras desataba el cabestro del animal del tronco en el que lo habían anudado—. Es muy temprano para andar patrullando. ¿Buscan algo por aquí?

—Buenos días, Celestino —respondió el teniente con voz cortante. El sargento calló y miró a los pequeños de reojo—. Siempre andamos buscando. Es lo que tiene esta porquería de trabajo.

—¿Y les podemos nosotros ayudar?

El teniente levantó la mirada e hizo ademán de mirar el barbecho en el que había colocado las trampas.

—¿Sabe usted que la caza furtiva es un delito muy grave?

—Eso dicen —respondió el abuelo sin detenerse a pensar—. Pero algo habrá que hacer para alimentar a estas criaturas ahora que no tienen padre. ¿No creen ustedes? A esas edades necesitan comer carne, y ya ve que el gobierno no se da mucha prisa en repartirla entre los pobres.

—Sintiéndolo mucho —respondió el teniente—, tendrá que acompañarnos hasta el cuartel para que le tomemos los datos.

—¿Y se puede saber de qué se me acusa? ¿No harían ustedes mejor

tratando de buscar al asesino de mi hijo y dejando en paz a la pobre gente que busca alimento para su familia cazando unas cuantas palomas?

—Celestino, será mucho más fácil para todos si colabora con la autoridad. No solo queremos hablarle de las palomas. Hay otros temas más importantes que necesitamos que nos aclare.

—¿Van a acusarme de matar a mi propio hijo?

Los mellizos comprendieron que la conversación estaba tomando malos derroteros y se acercaron a Celestino para agarrarse a las perneras de su pantalón.

—No se preocupe por los pequeños, los dejaremos de paso —dijo el sargento—. Parecen buenos muchachos.

Celestino comprendió que se estaba resistiendo a algo inevitable, y no quiso seguir asustando a los nietos, terminó por ceder.

—No os preocupéis —les dijo con voz serena—, acompañaremos a estos señores hasta el pueblo y os iréis a casa, tan solo quieren hablar un rato conmigo.

Acercó el animal a una piedra y los ayudó a montar tras él.

El teniente se colocó delante de ellos y les indicó que los siguieran. Cruzaron un puente de tablas para buscar los caballos que permanecían escondidos en la margen opuesta, y se dirigieron al pueblo.

En cuanto divisaron las primeras casas, Celestino detuvo a Princesa y ayudó a desmontar a los nietos.

—Id a casa y avisad a vuestra madre de que estoy con estos señores en el cuartel. Decidle que no se preocupe, que volveré en un rato.

Cuando comprendieron que el abuelo no les daría ninguna otra instrucción, los chiquillos se perdieron corriendo entre las casas sin mirar atrás.

Veinte minutos después llegaban a las dependencias. El joven cabo salió a recibirlos y se llevó los caballos a las cuadras. Celestino trabó la mula en un prado cercano y la dejó que pastara a sus anchas.

El despacho del teniente, apenas un cuartucho de diez metros cuadrados con paredes abultadas y techo de cañizo, no tenía ni una sola ventana. Celestino comprobó que el deterioro había ido en aumento en los últimos años. Hacía mucho tiempo que no entraba allí, y la sensación que experimentó al volver a hacerlo no lo reconfortó. El sargento agarró una vieja silla y se

retrepó contra la pared. Al notar el sobrepeso, los palos resecos amenazaron con dejarse caer hasta el suelo. El teniente rodeó el escritorio y ocupó el sillón.

—Tome asiento, por favor —dijo, señalando el taburete que había frente a él. Celestino se sentó.

—¿Qué motivo tienen para traerme aquí de esta manera? Han asustado a mis nietos. Bastante tienen las criaturas con la muerte de su padre como para que ustedes los acobarden aún más.

El teniente ordenó varios papeles y habló sin mirarlo.

—Nos han dicho que anda usted por ahí diciendo que va a matar al culpable de la muerte de Miguel. ¿Es eso cierto?

—Desde luego —dijo sin dudarlo—. Al contrario que ustedes, yo no tengo dudas sobre quién es el culpable. Si no lo detienen, lo mataré. Por muy arriba que esté, ese asesino no saldrá impune de su crimen.

—¿Y sería tan amable de decirnos quién es ese que mató a su hijo?

El viejo clavó los ojos en el guardia y reflejó en su cara la ira que contenía. El teniente no reaccionó, esperó pacientemente la contestación.

—No. No puedo decirles quién lo mató. Pero sí puedo decirles quién ordenó su muerte.

—Pues dígamelo, con ese nombre me bastará.

—Todo el pueblo sabe que lo ha ordenado Pascual. Ese cabrón es el responsable de que hayan mandado a mi hijo al otro barrio.

El teniente pasó por alto los insultos del viejo y lo dejó proseguir.

—Él es el que manda en este pueblo, no ustedes.

—¿Qué motivos podía tener Pascual para asesinarlo? —preguntó el teniente.

—Vamos, no me venga con esas. Mi hijo vendía en las calles, y todo lo que se vende aquí pasa antes por las manos de Pascual. ¿O acaso ustedes no saben que Pascual se dedica a despistar las asignaciones del gobierno y venderlas a precios abusivos?

—No, nosotros no sabemos eso. ¿Usted ha escuchado algo al respecto, sargento? —preguntó el teniente con los ojos clavados en su subordinado.

El sargento —perfecto conocedor de aquella información—, miró a Celestino y no supo qué contestar. Sin embargo, al volver la mirada hacia su

jefe encontró la respuesta sin la menor vacilación.

—No, no nos consta nada al respecto.

—Muy bien —concluyó el teniente—. Supongamos que lo que dice es cierto. ¿Qué tendría eso que ver con la muerte de su hijo? El que trabajara con Pascual no es motivo para que lo matase. ¿O sí?

—No. Mi hijo le debía mucho dinero y hacía tiempo que sus hombres lo tenían amenazado de muerte.

—¿Y eso es todo? Usted mismo lleva días amenazando con matar a alguien y todos podemos comprobar que todavía no lo ha hecho. ¿De verdad cree usted que Pascual cometería un crimen por dinero?

Celestino soltó el aire de sus pulmones y se removió en la silla.

—Unos días antes de su muerte, mi hijo se emborrachó. Por mucho que me pese, debo reconocer que Miguel no tenía buen beber. Agobiado por sus amenazas contó a los presentes que el boticario tenía montado un negocio ilegal aprovechando su posición de privilegio, contó que apartaba los envíos del gobierno para venderlos en su propio beneficio, habló de la tremenda cantidad de dinero que manejaba, lo acusó del hambre que padece la gente, y no sé cuántas cosas más pudo decir. Ese fue el motivo de su desgracia. Quizá no lo matase por el dinero que le debía, pero sí que lo mató por bocazas. Para él, Miguel no era nadie, y está claro que a ustedes no les tiene ningún miedo.

El teniente, sin entrar en las continuas provocaciones, recapituló la información y no tuvo más remedio que reconocer que lo que decía el viejo encajaba a la perfección. Pascual tenía dinero para buscar gente capaz de perpetrar el crimen, y, si era verdad que Miguel había delatado su actividad en público, tenía motivos para ensañarse con él y de paso cerrar la boca a cualquier otro que estuviese tentado de hablar. Eso explicaba lo de los ojos y la lengua. Pero había algo más que probablemente el viejo no sabía: si Miguel Corbacho era el amante de Maite, el boticario habría sentido una tremenda satisfacción haciendo que lo capasen. Todo cuadraba. Y luego estaba lo del papelito. Un detalle que ni tan siquiera había compartido con el sargento, pero que ahora se revelaba como algo de mucho más valor en la investigación. El asunto apestaba cada vez más, y al teniente no le hacía ninguna gracia la dirección en la que apuntaban las pruebas. Abrumado por la evidencia, decidió dar un giro al interrogatorio. Al fin y al cabo, Celestino había sido

detenido por otro motivo. Estaba seguro de que el viejo se había vengado asesinando a la mujer del boticario.

—¿Dónde estuvo usted ayer a partir de medianoche? —preguntó.

—¿A qué viene eso ahora? —dijo Celestino, sorprendido por la pregunta—. Pues dónde iba a estar, en mi casa, durmiendo al lado de mi mujer. Ya ha visto que hoy hemos madrugado para colocar las trampas.

—¿Qué sabe usted de Maite?

—¿Se refiere a la mujer de Pascual?

—A esa misma.

—Sé que está casada con el boticario, que vive en la esquina de la plaza y que es una remilgada de cuidado. Ah, y algo ligera de cascos, he oído decir por ahí.

El teniente se levantó de la mesa indignado.

—Muy bien. Parece que hoy estamos poco colaboradores. Me temo que tendremos que encerrarlo unos días, hasta que este tema se aclare.

—¿Me arrestan por ser sospechoso de matar a mi hijo?

Al teniente le dio la impresión de que Celestino no era conocedor del segundo crimen. Eso lo desconcertó aún más. Pero decidió no hablar de ello.

—No —afirmó al levantarse—. Le arrestamos bajo la acusación de caza furtiva, con el agravante de implicar a menores de edad en el delito.

—Ya veo que no tienen intención de tomar cartas en el asunto —dijo el viejo—. Pero se arrepentirá, teniente.

—¿Podría proceder, sargento?

Convencido de que su jefe no actuaba de forma correcta, el sargento le colocó las esposas y abrió la puerta para conducirlo a los calabozos. Sin embargo, antes de que Celestino saliese del despacho se le ocurrió algo y lo detuvo.

—Con su permiso, teniente —dijo—. ¿Podría pedir a Celestino que se quitara la camisa? Quisiera comprobar una cosa.

El teniente recordó al instante lo que había descubierto el sargento entre las uñas de Maite y lo dejó hacer. Volvió a liberarle las manos y le pidió que se descubriera el torso. Aunque ambos agentes inspeccionaron el cuerpo con la mayor meticulosidad de que fueron capaces, tan solo consiguieron encontrar pellejo arrugado y sudor rancio. Ni una señal de violencia.

3

Tras cruzar la mitad del pueblo a la velocidad del rayo, los niños entraron en la casa y comenzaron a gritar desde el portal. Cuando comprobaron que nadie les respondía, recorrieron todas las habitaciones y finalizaron su búsqueda en el patio. La abuela dormitaba sentada junto a la pared, bañada por los primeros rayos de la mañana.

—¡Abuela! —gritaron—. ¡Se lo han llevado!

La mujer de Celestino abrió los ojos alarmada. Estaba segura de que los mellizos terminarían por matarla. En cualquiera de aquellos sustos que le daban reventarían su corazón y todo acabaría en un santiamén.

—Virgen María. ¿Qué es lo que decís? ¿A quién se han llevado?

—¡Al abuelo, abuela! Se lo han llevado los guardias.

Micaela terminó de incorporarse con mucha más agilidad de la esperada en una mujer de más de sesenta años y quiso confirmar la información.

—¿Estáis diciendo que la Guardia Civil ha arrestado al abuelo Celestino?

—Sí, abuela —aseguró el moreno—. Cuando llegamos junto a Princesa estaban escondidos en el río. La habían metido entre los árboles para que nos acercáramos hasta ellos sin verlos. Hablaron sobre papá y sobre las trampas que habíamos puesto en el campo. El abuelo estaba muy enfadado.

—¿Y por qué lo han detenido? —pregunto Micaela con las manos en la cara.

—Dijeron que no podíamos cazar palomas, que eso no se puede hacer —dijo el rubio con la cara colorada.

—Ya le dije que no os llevara con él. Que lo de matar palomas no es para unos mocosos como vosotros.

—Nosotros no queríamos ir —mintió el moreno. El rubio miró a su hermano sin comprender su afirmación.

—¿Y la mula?

—Se la llevó el abuelo, se fueron todos montados al cuartel. Ellos llevaban dos caballos muy grandes. Al entrar en el pueblo nos bajó y nos dijo que os avisáramos a ti y a mamá.

Micaela no quiso escuchar más. Dejó a los niños allí mismo y entró en la casa para adecentarse. A los pocos minutos, echaron la llave a la puerta. A aquellas horas de la mañana, los hombres atendían a sus faenas y las calles estaban poco transitadas. A pesar de ello, en el trayecto Micaela se vio obligada a explicar sus prisas a alguna que otra vecina que acechaba en la calle apoyada en el mango del escobón.

—¿Ocurre algo, Micaela? —preguntó una de ellas.

—No me puedo entretener —contestó tirando de los niños—, Celestino está en el cuartel y vamos a ver lo que ocurre.

—¿Lo han detenido? —preguntó la vecina, apoyando la escoba sobre la pared y acercándose con interés.

—Espero que no —contestó la mujer sin detenerse—. Deben estar diciéndole algo sobre la investigación de Miguel.

—¿Y vas a llevarte a los niños allí? Déjamelos, si quieres.

—No, se quedarán en casa de Raquel, pero te lo agradezco igualmente. Adiós.

El negocio que Miguel compartía con Román y con Simón había unido a las tres familias y mantenían una buena amistad desde hacía tiempo. Micaela confiaba mucho más en Raquel que en la afectuosa vecina.

Con ellos de la mano, continuó caminando a la mayor velocidad que le permitían sus pies. Encontraron la puerta abierta y entraron sin llamar.

—¿Raquel, estás aquí? —gritó Micaela, desde el portal.

La mujer de Román salió de la cocina limpiándose las manos en el delantal. Se agachó y besó a los niños. El moreno, sin tan siquiera saber muy bien qué era eso, estaba enamorado de ella desde la primera vez que la vio: sus ojos grises, su corta melena rubia, su piel blanca y sus pequeñas pecas sobre su cuello, su sonrisa... Todo en ella lo cautivó. Y, sobre todo, su edad. Raquel era suficientemente joven como para que pudiese llegar a ser su novia

de verdad.

—Hola, Raquel —dijo el pequeño sonriendo.

Ella le dedicó una deliciosa sonrisa y se incorporó para hablar con Micaela.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Necesito dejarte a los niños aquí. Jacinta debió irse muy temprano al huerto. No la he visto por casa y no creo que vuelva hasta el mediodía. La Guardia Civil ha detenido a mi marido y me voy al cuartel. No sé qué es lo que está ocurriendo.

—Eso no tiene ningún sentido. ¿Sabes por qué?

—Lo sorprendieron colocando esas trampas que les pone a los pájaros. Pero supongo que no habrá sido por eso. Debe de haber algo más.

—No te preocupes, yo los cuidaré. Vete tranquila.

Mientras Micaela se alejaba, Raquel intuyó el motivo por el que habían detenido a Celestino, y comprendió que su mujer no conocía la noticia con la que el pueblo se había despertado. Corrió tras ella y la detuvo a pocos metros de su casa.

—Micaela, ¿sabes lo de la esposa del boticario? —Por la expresión de su cara, confirmó que no—. La han asesinado. Ha aparecido esta mañana muerta en un banco de la plaza. En el mismo en que encontraron a tu hijo, dicen que en la misma postura y con un puñal en el corazón.

Micaela, sin decir ni una palabra, hizo la señal de la cruz y volvió a la casa de Raquel. Buscó la silla más cercana y se sentó. No necesitó hacer muchas cavilaciones para comprender que su marido era el principal sospechoso del nuevo asesinato. El crimen de Maite olía a venganza, y ¿quién sino Celestino querría vengar a Miguel? A él le habían matado a un hijo, pero Pascual no tenía hijos, su mujer era lo más parecido que se podía encontrar. Sí, la gente y los guardias pensarían exactamente eso, que Celestino la había matado para vengarse, que había elegido las mismas circunstancias y el mismo lugar. Raquel se arrodilló junto a ella y le habló en voz baja.

—Micaela, ¿dónde ha estado tu marido esta noche?

Micaela necesitó meditar la pregunta antes de poder responder. Sabía que el día anterior, el sábado, el viejo había estado en casa, preparando las trampas con los niños. Luego, a la noche, Celestino y ella se fueron a la cama

tarde, cerca de las doce, y ella se durmió al instante. Cuando amaneció encontró su lado izquierdo vacío y recordó que el viejo había convencido a Jacinta para llevarse a los niños temprano al campo, a colocar los engaños. Se giró en la cama con movimientos lentos, para no despertar a la fiera que se escondía en sus huesos gastados, y se volvió a dormir. Pero en realidad no podía asegurar con total certeza que su marido no hubiera salido de la cama, o de la casa, durante la noche. Una duda inquietante recorrió su cuerpo. Al rato respondió.

—Pues en casa, durmiendo —dijo al rato—. ¿Dónde iba a estar si no?

—¿Toda la noche?

—Pues claro, hasta que se levantó a la mañana temprano y se llevó a los niños.

—Muy bien, pues eso es lo que le debe decir a los guardias. Ellos la interrogarán. Llévelo bien claro, no le dejarán mucho tiempo para pensar.

Micaela caminó entre callejuelas empedradas y casas de adobe, sin prisa. Sabía que no era necesario correr. Recordó tiempos pasados, el inicio de la guerra siete años atrás, en el treinta y seis, la agitación en las calles, los tiros a cualquier hora de la noche... Las sensaciones ya vividas volvieron sin avisar. Celestino no sabía de política, era un hombre sencillo, práctico. Aunque nunca se callaba ante una provocación. Aquella noche bebía junto a otros muchos en la taberna de Isidoro. El vino, por entonces bueno, o las conversaciones subidas de tono, fueron caldeando el ambiente cada vez más. Pasada medianoche, las palabras pasaron a las manos y varios puñetazos fueron repartidos entre los presentes, decían que Celestino regaló uno al hombre equivocado, a un individuo que no tardó en sacar una pistola y apuntar a su marido. Pero Celestino reaccionó, agarró el cañón y ambos forcejearon. El pistolero murió. Todos coincidieron en que fue en defensa propia. Sin embargo, eso no impidió que Celestino pasara varias semanas en la cárcel. Se libró porque aún no mandaban los de ahora. Con la guerra acabada, su suerte habría sido muy diferente. Micaela, con la escasa ropa improvisada a su salida, comenzó a tiritar. Maite era una persona importante en el pueblo, conocida, mujer de alguien con reputación. «Muy mal panorama», pensó. En la nueva situación todo sería diferente. Hacía una semana que su hijo había muerto, probablemente a manos de Pascual, y nadie se había atrevido a hacer

nada. En cambio, el mismo día de la muerte de Maite, su marido ya estaba detenido. «Muy mal panorama», volvió a decirse, desesperada.

El cuartel era muy poca cosa. Una tapia medio derruida, no más de seis pequeñas viviendas adosadas y una zona militar con despacho y calabozos. La mula estaba atada a pocos metros de las dependencias, junto a una garita que siempre permanecía vacía. Micaela se acercó despacio al animal y lo acarició.

—No te preocupes, *Princesa*, pronto estaremos en casa —susurró en su oído. Tiró de ella con cuidado y la llevó hasta una zona con más hierba. Se recompuso la ropa y se dirigió a la puerta.

—Buenos días, agente —dijo al llegar.

—Hola, señora. —El cabo se acercó a ella.

—Han arrestado a mi marido y quiero ver al teniente.

El joven le pidió que esperase y entró a avisar. Luego salió de nuevo y la acompañó hasta el despacho. El teniente no estaba allí. En su lugar, el sargento trabajaba sentado tras la mesa. Micaela, que seguía tiritando de frío, recibió el calor del interior con esperanza. Al verla, el suboficial se levantó a saludarla.

—Señora, siéntese, por favor.

—Han detenido a mi marido —se lamentó la mujer—. ¿Por qué lo han hecho?

—No debe preocuparse, tan solo se trata de un trámite. Comprenderá que debemos hablar con él después de lo que hemos encontrado esta mañana en la plaza. Supongo que sabe a lo que me refiero...

—Sí, lo sé. Me acabo de enterar. Una desgracia, igual que la de mi hijo. Pero no pueden detener a Celestino sin más. ¿Tienen alguna prueba que les haga sospechar que él ha cometido ese crimen?

En aquel momento, Micaela escuchó algo a su espalda y se volvió. El teniente acababa de llegar. El sargento se incorporó cediéndole el puesto en la mesa.

—Nos alegramos de que haya venido —dijo secamente una vez que estuvo sentado. La mujer incrementó su tiritera—. ¿Es usted conocedora de la situación?

—Sí, algo me han dicho.

—En ese caso sabrá que la señora Maite ha aparecido muerta en idénticas

circunstancias en las que lo hizo su hijo, en domingo, en la plaza, con una navaja en el corazón. Una navaja como la que le clavaron a Miguel. ¿No me negará que esto huele a desagravio?

—No sé qué decirle. Pero Celestino no ha matado a nadie. No sería capaz.

—En eso discrepo con usted. Nos hemos tomado la molestia de buscar sus antecedentes. Celestino sí que es capaz de matar a un hombre, ya lo ha hecho antes, y salió de rositas. Quizá su marido haya creído que le volvería a pasar igual. Sin embargo, se ha equivocado, ahora ha topado con una autoridad competente.

—¿No pueden detener a nadie sin pruebas! —se indignó la mujer.

—Señora, ¿dónde ha estado Celestino esta noche? —preguntó el teniente aprovechando la turbación de la mujer.

—Pues en casa, durmiendo a mi lado, como todas las noches. ¿Dónde piensa usted que pasan las noches los viejos de su edad?

—¿Toda la noche? ¿Está segura que no se ha ausentado mientras usted dormía?

—No. Tengo un sueño muy ligero, los huesos no me dejan pegar ojo.

—¿Alguien más puede confirmarlo?

—Claro, Jacinta, y los niños. Estábamos todos en casa.

—Necesitaremos otros testigos más imparciales. Los familiares directos no ofrecen demasiada confianza en estos casos.

—¿No esperará que alguien más pueda confirmar que durmió a mi lado? Si no tienen pruebas de su acusación lo deben soltar. ¿Han pensado en que Pascual tiene muchos enemigos en el pueblo? Cualquiera ha podido aprovechar la muerte de Miguel para vengarse y desviar las sospechas hacia nosotros. Para mí que las dos muertes las ha cometido la misma persona. Busquen al asesino de mi hijo y llámenos después.

Aunque el sargento no se atrevía a contradecir al teniente, compartía el razonamiento de Micaela e intentó tranquilizarla.

—Señora, no se preocupe. Cuando hablemos con él y hagamos algunas pesquisas más lo dejaremos en libertad. Váyase a su casa, verá como su marido vuelve con usted antes de que se dé cuenta.

El teniente dedicó una mirada asesina a su pareja, pero comprendió que no podía presionar más a la pobre anciana. Llevaba razón, no tenían nada

concreto con lo que acusar a Celestino, tan solo meras sospechas y especulaciones que no se sostenían por sí mismas.

—El sargento lleva razón —concedió de mala gana—. Pronto lo soltaremos, vuelva a casa, señora.

—¿Puedo hablar con él?

—No. No puede hablar con él —dijo. Sin embargo, algo se removió en su interior y se apiadó de la anciana—. Pero si usted quiere, el sargento la acompañará para que lo vea y compruebe que sigue bien. Lo saludará y se irá a su casa a esperarlo. ¿De acuerdo?

Micaela se levantó y acompañó al suboficial a lo largo del cuartel, cruzaron un par de puertas cerradas y entraron en el pasillo que recorría los calabozos. En el último de ellos estaba Celestino, recostado en un camastro improvisado sobre un poyete de yeso de medio metro de ancho y dos de largo. Al ver a su mujer, se incorporó y se acercó a la puerta. Contraviniendo la orden de su superior, el sargento se retiró unos pasos para dejar hablar a la pareja.

—¿Cómo estás? —le preguntó entre sollozos.

—No te preocupes, estoy bien.

—¿Te han dicho por qué te han detenido? —le preguntó Micaela.

—Dicen que por las trampas.

—No es por eso. Han asesinado a la mujer de Pascual. Maite ha aparecido muerta esta mañana. Creen que has sido tú.

—Yo no le deseaba nada malo a esa mujer, aunque me alegro de que ese cabrón haya probado su propia medicina.

—No hables así —le reprochó Micaela—, no es cristiano.

—Llevas razón. Pero no se me va de la cabeza lo que le hicieron a nuestro hijo. Eso tampoco fue cristiano.

El sargento se acercó a ellos y les advirtió.

—No puedo dejar que sigan hablando. Si viene el teniente, voy a tener problemas. Despídase de su marido, nos tenemos que ir.

—Pronto estaré en casa, vuelve con los niños, Jacinta necesitará tu ayuda. Llévate la mula, andará suelta por ahí.

Micaela miró de nuevo hacia el interior de la celda. Húmeda, oscura, con un pequeño ventanuco sin cristales sobre el camastro, las paredes

descascarilladas, muy poca ropa en la cama para las noches de invierno. Las lágrimas inundaron su cara.

—Llévesela, sargento —pidió el viejo.

Después de besarlo varias veces, el guardia arrancó las manos de la mujer de los barrotes y la sacó del cuartel agarrándola con afecto por los hombros. En el exterior, varias garcillas blancas que pululaban alrededor de *Princesa* buscando los insectos que saltaban asustados bajo sus cascos salieron volando y se posaron unos metros más allá. La mujer destrabó al animal e inició el camino de vuelta.

4

Varias horas más tarde, cansado de esperar la noche sin que esta se decidiese a llegar, Celestino se encaramó a la cama de yeso y se agarró a los barrotes de la diminuta ventana. La mitad de una luna tempranera colgaba de un cielo anaranjado. Bajo ella, al otro lado del patio del cuartel, las casas de los guardias comenzaban a iluminarse con timidez. A pesar de que el viejo no alcanzaba a verlo, en el interior de la más alejada, el sargento dormía profundamente, repantingado junto a la lumbre en un confortable sillón. Su mujer lo observaba con ternura desde la silla de al lado.

Después de tres años de matrimonio sabía con certeza que su marido era un buen hombre. Cuando lo conoció era poco más que un montón de huesos forrados de pellejo, un hombre hastiado de la guerra y sin un rumbo fijo en el que navegar. Llegó al pueblo junto al teniente, para incrementar la escasa dotación del cuartel. Un día, por pura casualidad, coincidieron en las fiestas municipales. Vestido de paisano y recién llegado, no reconoció en él a la autoridad militar, sino tan solo a un hombre más, tan delgado como obligaba la moda de aquellos tiempos, amable y educado como no había conocido a ningún otro. Nunca supo decir con seguridad qué fue lo que la enamoró, pero lo cierto fue que sucedió. Tras un noviazgo formal, bendecido por sus padres en cuanto se enteraron de que era guardia civil, se casaron en la austeridad de la posguerra. Se mudó con él al cuartel al día siguiente. Allí seguía desde entonces, viéndolo roncar como todas las tardes que precedían a sus patrullas nocturnas, con la cabeza caída hacia atrás y la boca abierta.

—Despierta, cariño —le murmuró al oído.

La detención de Celestino lo había trastornado más de lo habitual, y no

quería perturbar su sueño. Pero faltaba media hora para que el teniente lo esperase en la puerta, y a él nunca le gustaba hacerlo esperar.

—Creo que me he vuelto a quedar traspuesto —balbuceó entre sueños.

—Sí —afirmó ella—. Eso mismo creo yo.

—¿Ya es la hora?

—Aún no. Pero quiero que antes de irte le lleves algo a Celestino.

—¿Qué quieres que le lleve al viejo?

La mujer señaló hacia la mesa. Un tazón de caldo humeante reposaba sobre ella.

—No creo que deba hacer algo así. Ya le han llevado la comida reglamentaria. Tú no tienes que encargarte de nada.

—Ese hombre está muy mayor, y sabes que en invierno las celdas están empapadas de humedad. Además, yo lo conozco. Su familia vivía cerca de mi casa. Celestino no ha matado a nadie, y tú lo sabes tan bien como yo. Está arrestado para que el teniente se pueda justificar ante sus superiores, para nada más. Ha pasado una semana y en vez de resolver un crimen os habéis encontrado con otro. Quiere tener cerca una cabeza de turco por si las cosas se ponen feas. Llévaselo.

Recapacitó. Aunque su inconsciente ya había decidido.

—De acuerdo, pero será la última vez. Si me pilla el teniente se lo vas a explicar tú misma. Ya verás como entonces cambias de opinión.

—Deja de protestar y acércaselo. Ah, y procura que le den otra manta. El resto de los calabozos están vacíos. Deben sobrar.

El sargento introdujo los excesos culinarios de los últimos años en su uniforme y se despidió de ella con un beso. Agarró el tazón con un paño para no quemarse la mano, salió de la casa y cruzó el patio. Las últimas luces del día se habían esfumado. Encontró a Celestino despierto, sentado en el borde de la cama. Su mujer llevaba razón, en aquellos cuchitriles hacía un frío de muerte.

—Esto, de parte de mi mujer —dijo alargándole la sopa—. Le advierto que sabe cocinar. Ya volveré luego por el tazón.

Celestino se acercó a la reja y lo tomó entre las manos.

—Agradézcaselo. ¿Sabe?, tiene una buena mujer, de lo mejor del pueblo. Cuídela.

—Le prometo que haré lo que pueda para que pronto salga de aquí —dijo mientras le alargaba una manta. Celestino asintió levemente, extendió la manta sobre la otra y se sentó para probar el caldo.

El sargento se fue. Entró en el despacho y encontró al cabo dormitando en el sillón. El teniente no estaba en el cuartel. Se había ido a la taberna de Isidoro un par de horas antes y no había vuelto. Comprendió que aquella noche la patrulla retrasaría su partida. Volvió a casa para quitarse el uniforme y fue en su busca.

A aquellas horas, el local estaba atestado de gente. Abrió la puerta y una oleada de calor y humo salió al encuentro del gélido ambiente de la calle. Esquivó a los que bloqueaban la entrada mientras Isidoro lo saludaba y se acercó hasta el oscuro rincón en el que el teniente solía gastar sus horas bajas. Como era costumbre, su jefe vestía de paisano y bebía solo. Protegiendo sus conversaciones, los corros de hombres más cercanos se habían apartado varios metros. Antes incluso de que se hubiese acomodado, la pata de palo de Isidoro estuvo a su lado.

—Buenas noches, agente. Llega un poco tarde. Si quiere empatar al teniente tendrá que darse prisa con el vino.

—Parece que hoy tenemos lleno —respondió el sargento—. Estará contento

—No me puedo quejar. No debería decirlo, pero la desgracia de Maite los ha atraído como la luz a las polillas. Todos quieren enterarse de los detalles, y cuanto más sórdidos más los saborean. Aunque debo decirle que esta vez están algo decepcionados. Después de las salvajadas propinadas a Miguel, todo les parece poco. Una puñalada limpia, aunque haya sido en mitad del corazón de una hembra como esa, no aplacará sus expectativas.

—Déjate de majaderías y tráenos un poco más del agua sucia a la que nos tienes acostumbrados.

Isidoro frunció el ceño con disgusto. Sin embargo, no dijo nada mientras se alejaba. Lo que el sargento decía era la pura verdad, para qué esforzarse en rebatirla.

—¿Cómo va la noche, teniente?

—¡Del carajo! —respondió el jefe, taciturno.

—He subido a buscarlo porque hoy teníamos ronda. Me da que con tanto

vino se le ha borrado de la mente.

El teniente no contestó, y él aprovechó para quitarse el abrigo y acomodarse. La nube era tan densa que los grupos de tertulianos más cercanos a ellos se desdibujaban por momentos. El grito destemplado del teniente lo pilló desprevenido y le hizo dar un respingo y varios se volvieron alertados.

—¡Esto es una puta mierda!

—Cálmese, teniente, que no es para tanto.

—No valemos para nada. Dos muertos en una semana, en nuestras propias narices, y ni una sola pista que nos conduzca a los verdaderos criminales. Cada vez estoy más convencido de que ese viejo no tuvo nada que ver en todo este asunto.

—Si me permite decirle lo que pienso, también yo creo que Celestino es inocente. Lo tendrá que soltar antes o después. No lo debimos arrestar.

—¿Y qué me dice de las trampas? ¿Acaso no conoce las leyes? La caza con engaño fuera de temporada está prohibida y debe pagar por ello. Además, esa finca estaba acotada. Dejémoslo unos días en el calabozo para que recapacite.

Isidoro apareció con dos vasos limpios y una jarra medio vacía. Las estacadas de la pata postiza sobre las piedras del suelo les avisaron de su llegada. Cuando el tabernero la depositó sobre la mesa y el sargento comprobó el poco vino que contenía, mostró su decepción.

—Ya nos estás timando otra vez —dijo—. Ahí no hay vino ni para empezar. Con los años te estás convirtiendo en un solterón avaricioso.

Isidoro no lo escuchó. Sin ser invitado, acercó una silla y se sentó junto a ellos.

—Pruébenlo. Es un regalo de la casa —dijo con misterio.

El sargento sirvió los tres vasos y lo probó intrigado. Con los ojos cerrados, levantó la cara hacia el techo paladeando sabores que creía olvidados.

—¡Isidoro! —exclamó simulando entrar en trance—. Esto sí que es vino. La madre que te parió. ¿De dónde lo has sacado?

—¿Cómo van las pesquisas? —interrogó el tabernero sin contestar a la pregunta del agente—. El pueblo está en ascuas, asustado también, pero en ascuas.

El teniente, inmerso en sus propios pensamientos, tomó su vaso y se lo vertió en el gznate con un movimiento seco. Al notar el incremento en la graduación, aspiró con urgencia en busca de aire fresco.

—¡Por todos los diablos! —dijo—. ¿Qué es esta maravilla?

Isidoro esperó paciente con la esperanza de que su obsequio los ablandase y contestasen a su pregunta.

—No te pases de listo —dijo el sargento. Tomó otro sorbo y encaró al tabernero—. Tú escuchas muchas cosas en el bar. Algo sabrás. Si tú nos cuentas, nosotros te contaremos.

El teniente miró a su subordinado sorprendido. No esperaba aquella táctica en su compañero. Sin embargo, aunque comprendió que el método no era nada ortodoxo, lo dejó continuar.

—¿Qué podría yo contar que no sepan ustedes?

—¿Quién querría matar a Miguel? ¿Qué enemigos tenía?

—No seré yo quien acuse a nadie —dijo, rascándose el muñón bajo la mesa—. Pero si me preguntan como amigos, les diré que cualquiera pudo ser. Esas transacciones a las que se dedicaba pudieron torcerse. Cuando se trata de dinero, el más mínimo desavenimiento puede desembocar en una tragedia inesperada.

—Eso lo sabe todo el pueblo —se quejó el sargento—. No pretendas tomarnos el pelo con tu palabrería. Seguro que en este garito se escuchan muchas más cosas de las que nos estás contando. O empiezas a desembuchar o nos largamos con viento fresco y no te enteras de nada.

Isidoro se reclinó en la silla y tomó un trago de vino. Su paladeo fue más refinado. Después de aspirar el aroma, sorbió mezclándolo con un poco de aire y lo retuvo unos segundos entre la lengua y el paladar. Luego, lo tragó con los ojos cerrados y se decidió a contar lo poco que sabía.

—Era aficionado a las peleas de perros —confesó bajando la voz—. Apostaba mucho dinero. Dicen que mucho más del que un hombre como él podía ganar. Eso he oído, y no he oído nada más. A partir de ahí deberán investigar ustedes.

—¿Peleas de perros? Nunca he oído nada semejante en este pueblo. ¿La gente apuesta dinero por esa salvajada?

—Eso dicen. Utilizan perros de todo tipo, mastines, dóberman, y otros

cuyo nombre no sé ni pronunciar. Perros muy valiosos que pelean hasta la muerte. Es un vicio de gente con dinero... Aunque otros muchos también van, a apostar o simplemente a mirar, a los perros y a los que apuestan. Al parecer, Miguel era uno de los incondicionales.

—¿Dónde son esas peleas?

—Eso yo no se lo puedo decir. ¿Quién sabe? Acá, allá... Es posible que vayan cambiando de lugar. No lo sé.

—Venga, Isidoro, estamos hablando entre amigos, una ayudita más y nosotros soltamos prenda.

—Yo no sé nada más. Pero, como ustedes ya sabrán, Miguel trabajaba con Simón y con Román. Ellos lo deben saber.

—Esos no dirán nada. Ya hemos hablado con ellos. No, por ahí no tenemos nada que hacer, pincharemos hueso.

—Bueno, quizá con algo de mano izquierda... Ustedes deben saber de eso.

—¿Qué nos quieres decir?

—No quiero decir nada. Simón es un solterón como yo. Pero Román no, Román tiene mujer. Y les puedo decir que es un pedazo de mujer. Ya la verán si van por allí. Es todo un bomboncito, rubia, con cara de niña, y ese cuerpo.

—¡Isidoro! —gritó el sargento cuando lo vio poner los ojos en blanco—, creo que te estás desviando del tema. ¿Qué es lo que insinúas?

—Si yo fuese ustedes, me dejaría caer un día por su casa. La excusa se la dejo inventar a la autoridad, que para eso deben cobrar. Digo yo que Román debe saber a dónde iba su amigo, y digo yo que de vez en cuando hablará con su mujer. Ya les advertí que yo hablo por hablar, ustedes sabrán cómo llevar la investigación. Pero, pensando en su carita, esa mujer debe ser más blanda que Román.

El tabernero volvió a catar el vino y esperó. Era el turno del sargento.

—De acuerdo. Teniente, ¿qué le podemos contar?

—¡No le contaremos un carajo! —vociferó agrio el teniente—. Tendrá suficiente con que le hagamos el favor de no enchironarlo por soplón.

Luego, se levantó a toda prisa y salió disparado hacia las sombras del callejón. Se apoyó en la pared y, al contrario de lo que le ocurrió días antes al primer borracho de la noche, él sí consiguió vomitar, tanto que el charco hizo remanso en sus zapatos reglamentarios y le empapó los calcetines.

—No se lo tengas en cuenta, Isidoro —se excusó el sargento—. Ya ves que el pobre va borracho.

—¿Y qué me dice usted? Algo habrán averiguado.

—Si mantienes la boca cerrada, te puedo decir que esta misma mañana el teniente me contó que había encontrado un papelito enrollado en la boca de Miguel. Lo tenía atragantado en el fondo de su garganta cuando lo descubrimos en la plaza.

Isidoro sacó la lengua saboreando sus labios y volvió a beber.

—Tiene mi palabra de que no saldrá nada de mi boca. Creo que ya me va conociendo. ¡Dígame!, ¿qué ponía el papel?

El sargento dejó pasar el tiempo lo suficiente como para que Isidoro desesperara.

—«Por bocazas» —le dijo—. Nada más.

—¿Cómo?

—Ya te lo he dicho. Eso es lo único que ponía.

—Vaya decepción —se quejó el tabernero, desinflado—. ¿Solo eso ponía el papelito? ¿Ningún mensaje más?

—Ya ves. Pero había algo más.

—Vamos, desembuche ya. Lo que me diga irá a la tumba conmigo.

—El papel iba firmado —confesó el sargento.

—¿Por quién? —interrogó el cojo, agarrando su pata postiza y sin mover ni un solo músculo de su cuerpo.

—Iba firmado por Pascual —informó el sargento, dudando si era prudente hacerlo.

Isidoro rellenó su vaso y dio varios tragos cortos, muy seguidos. Tras el último, lo soltó vacío y se puso la mano en la boca simulando sorpresa.

—¡Por el amor de Dios! Pues ahí lo tienen. Ese es el cabrón que mató a Miguel, a ese es al que tienen que detener.

Luego, Isidoro recapacitó en silencio, los ojos fijos en los del sargento, la boca abierta de asombro. Entonces lo comprendió.

—¡Pues claro! Está claro como el agua. Al boticario no lo pueden enchironar. Por eso no hacen nada. Por eso no han ido a por él. Si meten a ese en la cárcel los echan del pueblo a patadas. Los mandan a Marruecos a freírse al sol.

—No te precipites, Isidoro. No es ese el motivo. La cosa no es tan fácil como pudiera parecer. Si no lo hemos detenido nuestros motivos tendremos. Y no es el miedo, eso te lo puedo asegurar. El teniente pierde el control con el vino de vez en cuando, y no hace falta ser muy listo para ver de qué lado está. Pero te aseguro que tiene cojones de sobra para arrestar a Pascual. Todo llegará. No te puedo contar nada más. Hoy nos has ayudado. Déjanos ahora trabajar a nosotros.

El sargento se despidió del de la pata de palo y salió a buscar a su jefe. Lo distinguió al fondo del callejón, caminando con dificultad hacia el cuartel.

—Será mejor dejar la patrulla para mañana —le propuso al llegar a su lado—. Hoy se nos ha hecho tarde.

—De acuerdo —convino el oficial, abatido—. Mañana iremos a ver a esa tal Raquel. ¿Qué le ha contado al tabernero?

—Ah, no se preocupe. Nada que no debiera saber. Además, me fío de él. No dirá nada por la cuenta que le trae.

—No me gusta airear pruebas antes de tenerlo todo bien atado. Pero si sus artimañas nos llevan a algún lado, las daré por bien empleadas.

—Al menos ahora sabemos por dónde continuar la investigación. Es posible que acabemos sacando algo en claro del asunto de los perros.

—Espero que lleve razón —dijo el teniente, mostrando señales de su precario estado.

El sargento pensó en ayudarlo, pero comprobó que faltaban pocos metros para llegar, y decidió darle la oportunidad de continuar por su propio pie y seguir conservando la dignidad que se merecía como superior.

Llegando al cuartel, comenzó a llover y los agentes echaron de menos sus capas reglamentarias. Llamaron a la puerta, cerrada a aquellas horas, y les abrió el cabo de guardia con los ojos hinchados. El teniente comprendió que llevaba un buen rato dormido, aunque no tenía ganas de jaleos y calló. Celestino escuchó los cerrojos y se incorporó en su catre pensando que venían en su busca. Al comprender que la cosa no iba con él, se volvió a recostar e intentó dormir.

5

A las nueve de la mañana, Raquel dormía profundamente. Había pasado la noche entera dando vueltas en la cama con los ojos abiertos, y necesitó esperar a las primeras luces del alba para conciliar un sueño plagado de pesadillas. Viajaban en tren, tumbados en uno de los vagones del coche cama, y una luz mortecina los alumbraba con reflejos amarillos. Desde la litera de enfrente, un desconocido la observaba en silencio.

—¿Quién eres? —susurró ella—. No me mires así. Mi marido duerme bajo mi cama. Si descubre tu descaro tendrás problemas con él.

No contestó. Imperceptibles bamboleos producidos por los vaivenes del tren.

—¿Quieres decirme algo? —insistió Raquel a media voz.

Sus ojos tristes, la mirada ausente, un hilo de sangre resbalando de su boca, la lengua... Alguien llamó a la puerta del vagón.

—¿Quién es? —soñó que decía.

La pareja volvió a llamar con mayor urgencia. Despertó.

Desconcertada, se incorporó en la cama y comprobó que Román no dormía junto a ella. Se puso una bata y se asomó a la ventana del dormitorio. La Guardia Civil aporreaba la puerta de su casa. El teniente se llevó los dedos a la punta del tricornio y la saludó. Las ojeras de su cara delataban los excesos con el vino de Isidoro.

—Un momento, ahora mismo bajo —dijo ella desde arriba—. Denme un momento para adecentarme.

Cinco minutos después, entreabría la puerta.

—Disculpen la tardanza, pero me acababa de dormir y confundí sus golpes

con una pesadilla. Llevo varios días sin poder pegar ojo.

—No se preocupe —dijo el teniente—. ¿Está su marido?

—Lo siento. Román no suele estar en casa a estas horas. Vuelvan más tarde si quieren hablar con él.

—En realidad, es con usted con quien queríamos hablar —confirmó el teniente, asomado a la delgada fisura por la que Raquel los observaba.

Confusa por la desagradable visita, les echó una nueva ojeada recelosa y terminó de abrir para dejarlos pasar.

—Sígueme.

Los condujo hasta una pequeña salita cercana a la entrada y señaló las cuatro sillas que rodeaban la mesa, invitándolos a sentarse donde quisiesen.

—Señora —dijo el teniente mientras se acomodaban—, le agradecemos que nos haya invitado a pasar a su casa a estas horas. Nos gustaría hacerle algunas preguntas en relación a los hechos que acaban de acontecer en el pueblo. Prometemos no molestarla más de lo necesario.

—Lo que ustedes digan. Si está en mi mano ayudarles...

—Tenemos entendido que ustedes conocían bien a Miguel.

—Sí, así es. Pero ya les digo que deberían hablar con mi marido de este tema. Román lo conocía mucho mejor que yo.

—También hablaremos con él. ¿De qué lo conocían?

—Somos amigos. Mi marido y Simón trabajaban desde hace algunos años con Miguel. Los tres se dedican..., se dedicaban, a la compraventa.

—¿Simón sigue trabajando con su marido?

—Creo que sí, pero pregúntenle a Román, yo no les sabría responder con seguridad. Últimamente no habla demasiado de trabajo conmigo.

—¿Ganan mucho dinero con ese negocio? —preguntó el teniente, desatendiendo el consejo—. ¿Diría que es un negocio rentable?

Raquel recorrió despacio la habitación con la mirada, los guardias la siguieron. En la salita no había ni una mota de polvo; sin embargo, los muebles eran escasos y viejos, las estampas, recortadas de algún almanaque caducado hacía años, amarilleaban debido a la humedad de las paredes de las que colgaban, y la mesa camilla no hacía juego con las sillas de enea, ni estas entre ellas. Demostrada la pobreza del cuarto, Raquel volvió los ojos hacia los agentes y les respondió.

—No, no se gana demasiado dinero.

El sargento miró a la mujer con pena y pensó que la encerrona era un golpe bajo. Se alegró de que su jefe llevara la voz cantante en el interrogatorio. Estaba seguro de que Raquel diría lo que supiera, una cara linda como aquella no podía tener dobleces ni esconder la verdad. Cantaría como un ruiseñor. Sin embargo, para su sorpresa, la mujer siguió hablando en un tono mucho más incisivo.

—Como ustedes mismos pueden ver, apenas para vivir, apenas para comprar lo poco que nos asigna el gobierno en las cartillas de racionamiento. Aunque digo yo que habrá gente en el pueblo que sí lo gane, incluso más del que necesite. Nosotros no.

De inmediato, la opinión del sargento cambió. Detrás de aquella cara de niña inocente había más determinación de la que él había supuesto en un principio. Y se le hizo evidente que se sabía defender con las palabras precisas.

—Precisamente por eso queríamos hablar con usted —dijo el teniente, molesto con la observación de la mujer—. Su amigo Miguel tenía vicios muy caros, entretenimientos que nadie se podría permitir con las escasas ganancias que usted misma me confirma que tenía.

—No sé a qué se refiere —indicó Raquel.

—Señora —dijo el teniente, volviendo a su estilo amenazador—, le recuerdo que ocultar información a la autoridad en un asunto tan delicado como el que tenemos entre manos puede acarrearle graves consecuencias. Teniendo en cuenta la amistad que los unía con Miguel y el trabajo que su marido compartía con él, no me vaya a decir usted que no conocía sus aficiones.

A la mujer no le gustó ni el tono ni la acusación del teniente, y tuvo la certeza de que tan solo estaban hablando con ella para sonsacarle lo que no le conseguirían sonsacar a su marido. Ya tenían a Celestino en la cárcel, y estaba claro que pretendían buscar a nuevos candidatos entre la gente que menos se podía defender. Su amabilidad inicial se transformó en indignación.

—Comprendo que no quiera que se lo diga, porque ustedes no tienen la menor idea de lo que le pasó a Miguel y necesitan que alguien se lo aclare. Están tan perdidos como un niño de teta en mitad del monte. Miguel lleva más

de una semana muerto y no han avanzado ni un ápice en su investigación y, si lo han hecho, no se atreven a actuar. No tienen los redados suficientes para actuar. En cambio, en poco más de veinticuatro horas, ya han descubierto todos los detalles de la muerte de Maite, o, si no los han descubierto, les ha dado igual y se los han inventado para encerrar a un pobre viejo en su sucia cárcel y dejarlo morir de frío o de hambre. Sí, entiendo que no quiera que se lo diga. Sin embargo, se lo voy a decir, no sé a qué se refiere, pero como ustedes sí que lo sabrán, les dejaré que me lo digan.

El sargento, procurando no cambiar la postura en la silla para que las enneas y las descompuestas maderas no delataran su turbación, dejó de mirar a la mujer y observó cómo el teniente pasaba del blanco, que aún perduraba en su cara desde la vomitona nocturna, a un rojo intenso que le dio aspecto de pavo de pascua. Luego, pensó que gracias a Dios la mujer no había metido ningún brasero bajo la mesa camilla, porque el calor que comenzó a sentir hizo que se empapase de sudor. El teniente aguantó el tirón con los puños cerrados y se tragó su orgullo.

—Señora Raquel —dijo, volviendo lentamente a su color—, sé que está afectada, y por eso voy a pasar por alto esas acusaciones a un agente de la autoridad que le podrían costar caras. No hemos acudido aquí buscando su culpabilidad. Hemos venido porque necesitamos que nos ayude en la investigación y creemos que usted puede hacerlo. A pesar de lo que usted crea, nadie se librará de la cárcel si encontramos pruebas irrefutables que lo acusen.

Raquel se reclinó en la silla y volvió a imaginar a Miguel congelado en mitad de la noche con el cuerpo ultrajado, y volvió a tomar conciencia de que no lo volvería a ver con vida. Desolada, con lágrimas en los ojos, miró de hito en hito a los guardias, sin atreverse a decir lo que sabía que debía decir. No dudaba de las buenas intenciones del sargento; sin embargo, estaba convencida de que el teniente no sería capaz de arrestar al verdadero culpable. A pesar de ello, pensó, no sería capaz de vivir sabiendo que el culpable había escapado a la justicia por su cobardía.

Cuando ambos estaban convencidos de que su visita había terminado, y de que la pista de los perros, si es que alguna vez lo fue, tampoco les llevaría a ninguna parte, Raquel comenzó a hablar, pero en un tono tan bajo que apenas la

escuchaban.

—Voy todas las tardes a la botica... —la mirada perdida mucho más allá de la mesa camilla—, trabajo con ellos desde hace tres años. A excepción de la cocinera, que va por las mañanas, nadie más trabaja en la casa. Llego a las seis. Como cierran a las ocho, tengo dos horas para limpiar la casa. Luego, cuando ellos terminan y suben a la vivienda, yo me dedico a la planta baja. Limpio la tienda, tiro los papeles, ordeno y relleno los botes... Cuando acabo me voy. Tengo llave ¿sabe? Ellos me la dieron para que no los molestase al marcharme. Aquel día, Pascual estaba de viaje. Ustedes ya sabrán que el boticario está amasando una fortuna. Compra camiones enteros de alimentos al precio estipulado por el gobierno para el racionamiento y luego los vende de estraperlo, a precios que ustedes mismos conocerán. Como les digo, aquel día estaba de viaje. Cuando se va, pasa varios días en la capital. No sé lo que hace, ni me importa, la verdad. Yo había terminado con el piso de arriba cuando ella cerró la botica. Me dijo que le dolía la cabeza, que no la molestase. La dejé arriba y bajé para prepararlo todo para el día siguiente. A la media hora la escuché quejarse. «El dolor de cabeza se ha ensañado con ella otra vez», pensé. Sufre de fuertes jaquecas desde que la conozco, y no me extrañó. Al principio me pareció una mujer remilgada y distante, aunque luego llegué a entenderla. Tan solo se trataba de otra mujer atrapada, infeliz, sola, olvidada por un marido dedicado a hacer fortuna. Me acerqué al cajón de los analgésicos y tomé dos aspirinas. Dejé la fregona de lado y subí para ofrecérsela. Me acerqué en silencio hasta la puerta de la habitación para no molestarla y me dispuse a llamar. Sin embargo, los quejidos se repitieron, y aquella vez pensé que no se debían a un dolor de cabeza, aquellos gemidos expresaban otra cosa. No sé por qué lo hice, probablemente por curiosidad, por verla con él, no lo sé. Empujé la puerta y una banda de luz partió en dos la oscuridad del pasillo. Maite estaba recostada, con la almohada bajo la cabeza, con los ojos cerrados y el cuerpo desnudo. Yo no podía esperar que con cuarenta años largos se pudiese tener un cuerpo tan perfecto. Sentí envidia. Él la recorría con besos suaves, silenciosos, le besaba la frente, los ojos, la cara, los senos, volviendo una y otra vez a los mismos lugares. Hasta que no dejé de admirar el cuerpo de ella no reconocí a Miguel. Miguel, amándola, acariciándola... Ella volvió a gemir y yo me retiré asustada. Luego, él se

levantó de la cama y se metió en el baño. Quedé petrificada. Miguel, el compañero de mi marido, mi amigo... ¿Cómo podía ser aquello? Sin tan siquiera ser consciente de ello, me quedé quieta durante un buen rato, junto a la puerta. Miguel volvió a la cama y se recostó junto a ella.

Raquel había ido reduciendo poco a poco el tono de su voz, y terminó por interrumpir su relato.

El teniente fue consciente de que era la segunda vez que le confesaban la relación de Maite con Miguel. La semana anterior, Jacinta los había puesto en la pista correcta, pero él no la había terminado de creer. Además, ni tan siquiera les dio tiempo a hablar con Maite, la habían matado antes. Aquella vez creyó la historia hasta en el más mínimo detalle. Su razón le decía que era cierta. Cuando comprobó que Raquel, abstraída en algún pensamiento, no daba señales de continuar hablando, el oficial la animó con voz suave, como para no perturbar sus reflexiones.

—Díganos, Raquel, qué ocurrió entonces.

—Hablaron de trivialidades —dijo, volviendo a su ensueño—, se rieron y charlaron un rato. En algún momento, Maite cambió el tono y pareció como si recordara algo amargo. «¿Qué te ocurre, amor?», le preguntó Miguel. Ella era reacia, no quería responder. Él la animó varias veces con besos y caricias. Finalmente se lo confesó: «Mi marido sabe lo nuestro», dijo. Miguel se incorporó de un salto y se colocó de rodillas sobre ella, atrapó su cuerpo debajo y le aprisionó las manos contra la almohada. «Eso no es cierto, es imposible que se haya podido enterar. Tan solo me lo dices porque te has aburrido de mí, porque lo quieres dejar». «No —respondió ella, muy seria—, te digo la verdad, de una u otra forma se ha enterado de lo nuestro. Hemos discutido, lo sabe todo. Me dijo que te va a matar, y que si vuelvo a verte también me matará a mí. Lo conozco. A mí no me matará, pero sí que es capaz de acabar contigo, le pagaré a algún asesino a sueldo y no te volveré a ver. Estoy segura de que habla en serio. Si no lo dejamos te matará». Miguel quedó atónito, callado, indeciso. Entonces, en el más absoluto silencio, la puerta se desplazó unos milímetros, quizá movida por mí misma, quizá movida por el viento. No estoy segura de si Miguel miró, o de si me vio. Retrocedí sin respirar y me alejé de la puerta. Volví a bajar a la botica sin atreverme a hacer ruido. Salí a la calle, eché la llave y me vine a casa. No sé nada más.

El sargento, con la boca entreabierta, al fin se removió en la silla.

—¿Recuerda la fecha en que los descubrió? —preguntó el teniente.

—No exactamente. Aunque fue unos días antes de que asesinaran Miguel.

—¿Le ha contado esto a alguien más? —preguntó el sargento, ya repuesto.

—No.

—¿Ni tan siquiera a su marido? —quiso confirmar el teniente.

—No, no lo he hablado con nadie más. No me gusta airear ese tipo de asuntos. Se lo digo a ustedes porque quiero que lo detengan. Pascual lo mató porque se acostaba con su mujer. No pudo encajar que lo engañara con un hombre veinte años más joven que él, con un don nadie como Miguel. Esa es la prueba que están buscando, ese es el auténtico motivo del asesinato. Quiero que lo atrapen, que se pudra en la cárcel. Que sufra como sufro yo. Que no vuelva a ver la luz del sol.

—¿Vio algo más que debamos saber?

—No, les he contado todo lo que sé. Nunca vi nada más.

El oficial se levantó de la silla y el sargento lo imitó con urgencia.

—Muy bien. Le agradecemos todo lo que nos ha dicho. No le quepa duda de que lo investigaremos hasta sus últimas consecuencias —aseguró el teniente, con una seguridad que impresionó incluso al sargento—. Si ha sido Pascual dará con los huesos en la cárcel, aunque sea lo último que haga como teniente. En todo caso, los largos años de servicio me han enseñado que las cosas no son siempre lo que parecen. Una sola prueba no será suficiente. Habrá que hacer encajar muchas más piezas para incriminar al culpable. Es posible que necesitemos hablar nuevamente con usted.

—Ya saben dónde vivo. Aquí me encontrarán. —Contestó Raquel sin levantarse de la silla—. ¿Necesitan que les acompañe?

—No, no se moleste, conocemos el camino. Descanse.

Raquel los dejó marchar y se quedó sola en la salita. No se atrevió a levantarse de la silla porque no estaba segura de si sus piernas responderían. Era la primera vez que revivía la escena. Hasta aquel día, la había ocultado en el fondo de su ser, sin atreverse a revivir la sorpresa que sintió. Una sorpresa que, al instante, se transformó en ira, en rencor, en odio por aquella mujer que lo tenía todo en la vida.

Decidió que aquella sería la última vez que revivía la escena. La

escondería en el fondo de su mente y tiraría la llave.

Al salir, los guardias comprobaron que la mañana estaba avanzada, y que un radiante y pegajoso sol había transmutado el frío matinal en calores veraniegos.

El sargento se lamentó de no haber traído los caballos. La soleada caminata conseguiría acabar de bañarlo en sudores. Se colocó el tricornio y corrió para alcanzar a su jefe, que avanzaba a grandes zancadas.

—Mi teniente, debemos detener a Pascual —dijo convencido de su culpabilidad—. Todas las pruebas apuntan hacia él. Le sacó los ojos y le cortó la lengua porque Miguel largó por su boquita todas las miserias del negocio de Pascual. Y lo capó porque era amante de su mujer. Ahora sabemos que los había descubierto y que lo tenía amenazado. ¿Qué más pruebas necesitamos? Está todo clarito como el agua, por fin tenemos uno resuelto. Debemos ir a por él o se nos escapará.

—Sí, todas las pistas apuntan hacia él. Eso mismo es lo que más me preocupa. Si yo hubiera sido Pascual me habría cuidado de preparar una coartada, o al menos de no amenazar a quien voy a matar días después. Y luego está lo del papelito. Algo me huele mal, esto no es lo que parece.

—¿No piensa ir a buscarlo entonces?

—No se precipite, sargento, esta misma tarde iremos a por él. Pero tendrá que ser después del funeral. ¿No querrá que aparezcamos por el duelo en estos momentos?

El sargento pensó que su jefe llevaba razón, debían esperar unas horas más.

Espiados por las miradas furtivas de las mujeres que barrían sus puertas con escobones, los agentes se alejaron calle abajo.

6

El moderno Fiat 514 apareció en la plaza pasadas las siete de la tarde. Los padres de Maite, acomodados en los asientos delanteros, miraban de reojo a su yerno a través del retrovisor. A ninguno de los tres le quedaban ganas de hablar. Las largas horas con que los había obsequiado la tarde fueron suficientes para amansar el dolor y decirse todo lo que se tenían que decir.

Cuando Pascual volvió de su viaje de negocios, los suegros tenían el funeral organizado y lo recibieron con frialdad. «Ni tan siquiera estás en tu casa para el entierro de tu mujer —le dijo el padre—. Ahí la tienes, muerta». Pascual se asomó al ataúd y no se atrevió a tocarla. Las lágrimas brotaron de sus ojos por primera vez en muchos años, y recorrieron su rostro antes de mojar el de Maite. Estaba tan bella como siempre, incluso más, en su extrema palidez. Se sentía culpable de su muerte. Había descuidado a aquella mujer desde que empezó la guerra. Él no participó, no estuvo en el frente porque era demasiado viejo para ir. Sin embargo, jugó un papel importante cuando el pueblo cayó en manos nacionales, pasó a ser una persona importante, respetada, y todo cambió. Al ver a su esposa dentro del féretro, comprendió que se había equivocado, que nunca necesitó el dinero que tanto ansiaba, y que debió prestarle mucha más atención a las cosas importantes. ¿Cómo había llevado su vida a aquel callejón sin salida? Por mucho que le doliese, la culpa había sido de él y de nadie más. La dejó ir sin atender a su espíritu rebelde, sin valorar aquello que lo conquistó cuando era más joven. Llorando primero, sollozando, con los ojos agotados después, pasó horas y horas junto a ella, prestándole una atención que hacía tiempo que no le prestaba. Estaba agotado. Un pésame largo como no recordaba haber presenciado otro, una procesión

interminable a lo largo de las calles del pueblo, las maniobras precisas del enterrador introduciendo el ataúd en el panteón familiar, la mirada constante y acusadora de los que viajaban junto a él en aquellos momentos... Lo único que ansiaba era llegar a casa y tumbarse en la cama sin pensar.

Sin embargo, el corazón se le cayó a los pies al divisar a los agentes esperando en la puerta de la botica. Poco a poco, como en una de esas pesadillas de locura, los uniformes verdes fueron aumentando de tamaño a través de los faros del Fiat mientras este se acercaba al ralenti hasta la puerta de su casa. Cuando el padre de Maite llegó a la altura de los agentes y se detuvo junto a ellos, miró a su yerno en el espejo y le ofreció su ayuda incondicional y sincera:

—Si tú no tienes tiempo para atenderlos, lo haremos nosotros. ¿Verdad, querida?

Pascual le dedicó una mirada cansada y abrió la puerta del coche sin atender a su provocación. Apenas puso un pie en la plaza, el coche reemprendió la marcha y desapareció.

—Buenas noches, agentes —saludó Pascual, sin fuerzas—. Comprenderán que el momento no puede ser menos oportuno para mí. Ni tan siquiera me puedo sostener sobre mis pies.

—Sentimos mucho la muerte de su esposa. Pero es urgente que hablemos con usted. Hay varios temas importantes que necesitamos aclarar con usted y que no pueden esperar.

Pascual dejó caer las manos abatido. Sabía muy bien cuál era el objetivo de aquella conversación. Le hablarían de sus sospechas, de lo que andaba en boca de todos. Le preguntarían sobre la relación con su mujer. De los motivos que podrían haber llevado a alguien a asesinarla de aquella manera. Le dirían cosas que él no quería escuchar. No le quedaban fuerzas para enfrentarse a un interrogatorio largo y complicado. O se lo llevaban detenido por la fuerza, o los agentes tendrían que esperar un poco más.

—Teniente, necesito dormir. Desde que el alcalde me llamó el domingo por teléfono no he dejado de viajar. Hace cuarenta y ocho horas que no duermo, y el día ha sido agotador. No estoy en condiciones de atenderles. Pero no tiene por qué preocuparse, mañana a primera hora estaré con ustedes en el cuartel. Allí podremos hablar de todo lo que quiera.

El teniente meditó sobre las pruebas de que disponía y sobre las posibilidades más que plausibles de que el propio marido fuese el asesino. Aun así, incluso habiéndolo sido, no se imaginaba que Pascual intentase fugarse. Un hombre como él no podía abandonar su vida de un día para otro. ¿Adónde podría ir? Convencido de su agotamiento y de que no escaparía, aceptó sus excusas y lo citó a primera hora en las dependencias. Se saludaron y lo dejaron descansar.

El boticario entró en su casa por la puerta de servicio y se dirigió al piso superior. Abrió la puerta del dormitorio y se quitó la corbata y los zapatos. A pesar de que su cuerpo apenas respondía y los ojos se le cerraban solos, no pudo reprimir el impulso de apartar las cortinas y mirar hacia el fatídico banco. Intentó imaginar a su mujer sentada en él, mirando hacia la botica y esperando su llegada. Esperando a un marido que nunca estaba para ella. No pudo soportarlo por más tiempo. Sin fuerzas, se tendió en la cama con la ropa puesta y se durmió. Despertaría al alba empapado en sudor.

Los guardias se alejaron entre callejuelas en busca del cuartel, pero el jefe no consiguió llegar. Lo que pensaba descubrir al día siguiente le preocupaba sobremanera, y decidió tomar la querencia de la taberna de Isidoro y dejar que el sargento terminara a solas el recorrido.

Antes de que las campanas de la iglesia dieran el último aviso para la misa matinal, Pascual estaba en el despacho del cuartel sentado frente al teniente. El sargento los observaba desde una de las sillas.

—Aquí estoy como le prometí —dijo, con síntomas de haberse recuperado—. Ya ve que no he huido del pueblo sin visitarlo antes.

—Pascual —respondió el teniente—, siento comunicarle que tenemos pruebas suficientes como para arrestarlo ahora mismo. Si lo que declare aquí hoy no nos hace cambiar de parecer, nos veremos obligados a hacerlo.

—¿Se me acusa de asesinar a Miguel?

—Así es —respondió el teniente.

—Ya veo. ¿Y qué hay de Maite? ¿Quién mató a mi mujer? ¿También soy sospechoso de eso?

—Ya llegaremos a ese punto —afirmó el oficial—. ¿Conocía usted la

relación existente entre Maite y Miguel? Lo que quiero decir es que si conocía...

Pascual esperaba aquella pregunta desde que los localizó la noche anterior en la puerta de su casa. Y traía la respuesta madurada.

—Sí —afirmó con serenidad—. Conocía esa relación desde hacía tiempo.

—¿Desde cuándo?

—Desde el año pasado.

—¿Se da cuenta de que esa declaración lo coloca en una situación bastante comprometida? —afirmó el agente, retrepándose en su sillón—. El hecho de saber que Miguel era amante de su mujer pudo ser un motivo más que suficiente para asesinarlos a los dos. No solo a Miguel, sino también a su propia mujer.

—Sí, coincido totalmente con su apreciación. Yo mismo he pensado en ello. Esa relación me convierte en el primer sospechoso. Sin embargo, yo no los maté.

—¿Cómo se tomó usted algo tan... delicado cuando se enteró? —preguntó el teniente, manteniendo un tono falsamente confidencial.

—Mal, muy mal, como usted comprenderá. Aunque luego lo toleré. Lo llevaban con discreción y decidí no interponerme. Mejor una relación puramente carnal a otra de peor índole. Al menos eso pensé. Ella era una mujer joven y guapa, que necesitaba atenciones que yo no le podía dar. No me pregunte el motivo, pero perdí la atracción por las mujeres al cumplir los cincuenta. Sufrí alguna enfermedad extraña que afectó a mi organismo y dejé de tener esa necesidad. Los médicos me dijeron que las fiebres me lo pudieron causar. También me dijeron que con el tiempo se me pasaría. No fue así. La larga guerra, los negocios, nada se alió conmigo, pasaron los años y perdí todo interés en ella. Ahora lamento no haber sabido dedicarle más atención a una mujer que me necesitaba.

—¿Lo habló con su mujer? Quiero decir, ¿le hizo saber que era conocedor de lo que ocurría entre ella y Miguel?

—No. No hasta hace unas semanas. Los encuentros eran cada vez más frecuentes, incluso en mi propia casa, y mi paciencia llegó a un límite. Hablé con ella, le dije que lo sabía, que lo tenía que dejar, discutimos acaloradamente. Ella se distanció aún más de mí. Luego, la muerte de Miguel

lo empeoró todo. Maite perdió el rumbo, pasó varias noches fuera, no hablaba conmigo. Estoy seguro de que mi mujer me culpaba de su muerte. A pesar de que nunca llegó a decírmelo a la cara, sé que me hacía responsable de su muerte.

—¿Cómo era su relación con Miguel?

—Miguel hacía algunos negocios con nosotros.

—¿A quién se refiere con eso de nosotros?

—El alcalde y yo tenemos intereses comunes.

El sargento murmuró algo entre dientes y ambos se volvieron hacia él recordando que no estaban solos en la habitación.

—¿Cómo era posible que usted hiciese negocios con el amante de su mujer? ¿Era capaz de hablar con él como si no ocurriese nada?

—Yo no necesitaba mezclarme con él. Tengo empleados que se preocupan de esas cosas. Y, como ya le he dicho, lo de Miguel tan solo era un capricho de Maite. Con él tenía la seguridad de que la cosa no pasaría a mayores. Ese hombre solo buscaba dinero fácil y mi mujer se lo proporcionaba.

—¿Quiere decir que Miguel se veía con su mujer por dinero?

—No lo sé. No sé si buscaba algo más. Aunque sí sé que Maite se lo daba.

—Eso no cuadra con lo que nos han dicho por ahí, ¿cierto, sargento? —dijo el teniente, buscando la confirmación de su compañero.

—¿Y qué le han dicho?

—Que Miguel estaba en deuda con usted —afirmó el sargento aprovechando que su jefe lo había hecho partícipe del interrogatorio.

—Sí, creo recordar que algo me debía.

—¿Podríamos saber en concepto de qué?

—Creo que le pidió varios adelantos a uno de mis encargados con alguna excusa familiar. El muy idiota se los dio sin consultarme, suponiendo que lo devolvería pronto y que yo no me enteraría. Miguel lo dilapidó todo.

—Y usted lo amenazó de muerte si no le pagaba —afirmó el teniente.

—No. Puede que el encargado lo presionara de vez en cuando. Pero comprenderá que el dinero que Miguel me pudiese deber, no significaba absolutamente nada para mí. Tengo las finanzas bastante saneadas. ¿No creerá que maté a Miguel por cuatro perras?

El teniente digirió las palabras de Pascual y nuevamente dudó de su

culpabilidad. Si conocía el romance de Maite desde tanto tiempo atrás, ¿qué sentido tenía esperar un año para matarlo? Respecto del dinero, Pascual parecía llevar razón, no era motivo suficiente para un asesinato. La única razón de peso que justificaba una forma de actuar tan bárbara era la falta de discreción de Miguel. Sus deslices podían dar al traste con un negocio muy lucrativo. Aunque, si ese era el motivo, podía haber más sospechosos para su asesinato.

—¿Hasta qué punto llega su relación comercial con el alcalde?

—Somos socios al cincuenta por ciento. Él aporta medios materiales importantes, pero en realidad lo dirijo yo. Aprovecho para gestionarlo junto con el aprovisionamiento de medicinas para la botica.

—Entonces, ¿debemos entender que Miguel también le debía dinero al alcalde? —preguntó el sargento.

—No, el dinero se lo presté yo.

—¿Para que necesitaba Miguel tanto dinero?

—Lo perdía todo apostando. Estaba obsesionado con las peleas de perros. Según mi gente, desde que uno entrenado por él mismo ganó una pelea, se había enganchado.

Después del nulo resultado que habían obtenido con Raquel en lo referente a las aficiones de Miguel, el teniente pensó que aquella era una buena oportunidad para desenmascarar el misterio.

—¿Usted ha asistido alguna vez a ese pasatiempo?

—No, es una diversión cruel y sanguinaria. Nunca participaría de una actividad tan salvaje y primitiva como las peleas entre animales.

—Al menos podrá informarnos de dónde se celebran esos enfrentamientos —afirmó el oficial.

—No lo sé. Se trata de peleas clandestinas. No les sabría decir con seguridad.

—Pascual, su situación es muy embarazosa —observó el teniente—. Si de verdad es inocente, le interesa decirnos todo lo que sepa sobre esas peleas y sobre cualquier otra cuestión que nos pueda ayudar en nuestras pesquisas.

—Ya le digo que no lo sé con seguridad. Aunque, si yo fuese ustedes, me daría una vuelta por el cortijo de Guzmán. Está a unos cuatro kilómetros al norte del pueblo, cerca de las canteras abandonadas.

—¿Y a qué hora se pasaría usted por el cortijo si fuera uno de nosotros?
—preguntó el sargento.

—No antes de las diez de la noche. Y si quisiera llegar en lo más jugoso del espectáculo me quedaría hasta eso de las doce.

El sargento sabía que a su jefe le quedaba un as en la manga. Pero tardó tanto en sacarlo que, cuando lo hizo, ya ni tan siquiera lo esperaba.

—Queda una última cuestión que nos tiene en vilo desde que inspeccionamos al muerto. Una prueba que lo compromete como ninguna otra.

—No sé de qué puede tratarse —afirmó el boticario—, pero intuyo que me la va a revelar usted mismo.

El teniente frunció el ceño con disgusto.

—Sargento, ¿sería tan amable de mostrarle a Pascual lo que había en la boca de Miguel cuando lo encontramos en la plaza?

El sargento se levantó, sacó un pequeño manojito de llaves de su bolsillo y abrió una taquilla metálica colocada en el rincón. Agarró un botecito de cristal y, con mucho cuidado, extrajo un papelito enrollado. Lo abrió despacio y lo planchó con la mano sobre el escritorio.

—Esa no es mi firma —dijo Pascual sin pestañear.

—¿Podría reproducir para nosotros su firma? —pidió el sargento.

—Por supuesto. —El boticario cogió la cuartilla ofrecida por el guardia y sacó la estilográfica del bolsillo interior de su chaleco; a continuación, garabateó de forma descuidada en el centro de la superficie.

—Un par más, por favor —exigió el sargento.

El acusado reprodujo su rúbrica varias veces alrededor de la primera, todas fueron exactamente iguales e igual de enrevesadas. A continuación, giró el papel hacia el sargento y se volvió a reclinar en su asiento.

—No podemos negar que son muy, pero que muy parecidas a la que encontramos en la boca de Miguel —dijo el teniente, mirando directamente al boticario.

—Sí, opino exactamente igual que usted. El impostor debe haber pasado mucho tiempo ensayándola. Ni tan siquiera yo la podría distinguir como falsa si no supiera que ese mensaje no lo he escrito yo. Es una copia perfecta.

—Sí, esa podría ser la explicación. A pesar de ello, hay otra más simple: que esa firma sea verdadera.

—Teniente, ¿usted de veras cree que yo colocaría una nota en la boca del hombre al que acabo de matar con semejante mensaje y firmada por mí mismo? Espero que no me crea tan simple e imprudente.

—No, realmente creo que sería una estupidez por su parte. Precisamente ese es el único motivo por el cual usted no está aún encarcelado. Aunque no le puedo negar que a veces me pregunto: «Si no lo arresto por este pequeño detalle, ¿no se tratará de una trampa del propio Pascual para despistarnos, para que pensemos justo lo que ahora estamos pensando, que esa forma de actuar habría sido una completa estupidez por su parte?».

El teniente esperó la respuesta del boticario con paciencia, dejando que este se tomara su tiempo y le ayudase a resolver una incómoda disyuntiva. Pero no recibió ningún apoyo por su parte, y no le quedó otro remedio que decidir.

—Muy bien, lo voy a dejar libre —dijo levantándose del sillón.

El sargento, seguro de su culpabilidad al menos en el asesinato de Miguel, no pudo creer lo que acababa de escuchar de su superior.

—Sin embargo, está usted bajo sospecha —siguió diciendo—. No vuelva a salir del pueblo sin mi permiso expreso, porque si lo hace lo buscaremos y no habrá quien lo salve de una buena temporada en los calabozos. ¿Comprende lo que le digo?

—Por supuesto, teniente —dijo Pascual—. No lo haré.

El sargento guardó la nota y acompañó al boticario hasta la puerta del cuartel.

Tras despedirlo, lo observó mientras se alejaba. Aquel hombre se había librado de ocupar la habitación contigua a la de Celestino tan solo por ser quien era. Acababa de comprobar nuevamente que su jefe se cuidaba mucho más de cometer errores entre unos que entre otros. Resignado y cabizbajo, volvió a entrar en las dependencias convencido de que no se haría justicia.

TERCERA PARTE

1

Con el lucero de la tarde colgado del cielo y las primeras estrellas iniciando su andadura nocturna, el animalillo se atrevió a salir de su guarida y avanzar con cautela por el borde de la risca. Agazapado entre dos piedras, oteó el horizonte. A lo lejos, las luces mortecinas del cortijo de Guzmán. Levantó sus orejas plagadas de garrapatas y escuchó: nada que le hiciese sospechar el inminente peligro que corría: apenas algún relincho lejano y los ladridos de una jauría de perros que rebotaban gastados por la distancia entre peñas resacas y profundos barrancos.

A pesar de saber que la muerte solía disfrazarse de sombras a aquellas horas vespertinas, no tuvo la precaución de girarse y mirar a su espalda. Con las uñas dedicadas a las pulgas de su lomo y la brisa en el hocico cargada de tomillo y romero, el zorro saltó sobre él.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el cabo llevándose la mano a la pistola.

—Tranquilo, muchacho —dijo el sargento con una sonrisa en la boca—. La guerra acabó hace tiempo y aquí no hay lobos que nos coman.

—¿Es que no lo habéis oído?

El teniente fustigó al caballo y se puso en cabeza, junto al sargento. El cabo y un guardia raso quedaron atrás. Un bulto cruzó por retaguardia con el conejo en la boca. Los chaparros volvieron a crujir y varias alimañas corrieron a esconderse entre las sombras.

—¿Qué me dice ahora, sargento? —preguntó de nuevo el cabo apoyando su mano en la grupa del caballo y mirando hacia atrás—. ¿Es que nadie oye nada?

—Silencio —susurró el teniente con la paciencia agotada—. Me vas a

soliviantar a esos cabrones, coño. Si nos ven llegar se acabó.

El cabo enmudeció.

Los cuatro guardias habían decidido salir del pueblo a las siete de la tarde, para aproximarse al cortijo de Guzmán antes de que cayese la noche. «Nos acercaremos cruzando los montes —les había dicho el teniente—. Si usamos el camino principal nos verán llegar y perderemos el tiempo. Ya les explicaré el plan».

Al coronar la cuesta y divisar las luces a lo lejos, el teniente levantó la mano y les ordenó detenerse. Desmontaron de los caballos y se reunieron en un claro despejado. La pareja del cabo, un guardia entrado en años que conocía la zona, les informó de la situación.

—Aquí deberíamos dividirnos —explicó—. Al otro lado del cerro comienza una valla de alambre de espino que rodea la finca, y el acceso a través del camino debe estar bien vigilado. Debemos darnos prisa. Pronto comenzarán a llegar.

—De acuerdo. Vosotros dos dejaréis los caballos atados y os acercaréis tanto como podáis a los centinelas —ordenó el teniente dirigiéndose al cabo y al guardia—, pero no os dejéis ver. Deberéis esperar hasta que escuchéis un disparo de advertencia. Entonces os echaréis encima de ellos y os apostaréis en la entrada. Que nadie entre ni salga de la propiedad hasta que nosotros aparezcamos por allí. A todo el que lo intente lo detenéis.

—¿Qué harán ustedes, mi teniente? —preguntó el guardia.

—El sargento y yo rodearemos el cortijo y nos acercaremos por detrás. Esperemos que tampoco nos descubran. Nos esconderemos y aguardaremos hasta que comience la juerga. Quiero pillarlos con las manos en la masa y tomar los nombres a todos los que participan en las peleas. Se le va a caer el pelo a más de uno.

Mientras la otra pareja se perdía de vista, el teniente y el sargento subieron a los caballos y continuaron su viaje recorriendo veredas imprecisadas. A aquellas alturas era noche cerrada, y la única luz que iluminaba su camino procedía del cielo estrellado y de una luna naciente. Los caballos, cansados de vaguadas y repechos, resoplaban resignados, y sus cascos resbalaban entre cascajal y cascajal. Media hora después, cuando calcularon que al otro lado del cerro debía estar la espalda del cortijo, ataron

los caballos a un chaparro y saltaron los espinos del cercado.

El sargento, siempre en retaguardia de su jefe, perdió pie al caer del otro lado y se desolló las manos contra el suelo. Varias espinas de cardo borriquero quedaron clavadas en sus uñas. Tras buscar su carabina a tientas, levantó la vista para localizar la silueta del otro, que ya andaba lejos, y rogó en la dirección equivocada.

—Teniente —dijo, gritando en voz baja—, por lo que más quiera, que uno ya no está para estos excesos.

Su jefe, varios metros a la derecha, maldijo entre dientes y continuó andando.

El sargento se giró en la dirección del sonido y lo siguió trastabillando entre matas de esparto. Recorridos los primeros cien metros, el sudor le chorreaba por la espalda. Del cortijo ni rastro.

—Mire —susurró buscando la sombra de su jefe—, que yo ya me vuelvo. Subo al caballo y le espero en la salida, con los otros. Seguro que usted solo se basta para dominar a los pocos que hayan llegado.

—¡No digas estupideces! —le contestó, deteniéndose para esperarlo—. De aquí al cortijo no hay ni quinientos metros. Un día de estos tendré que hablar con tu mujer. Se excede demasiado en esos guisos que prepara.

—Lleva razón, mi teniente, pero esto acabará mal si continuamos caminando a oscuras por estos pedregales del demonio. Si no nos la pegamos, caeremos en una sima y terminaremos con el pescuezo doblado. Ya ha habido casos como ese.

El teniente, desoyendo sus quejas, continuó avanzando con paso corto hasta coronar el cerro. Se sentó en una piedra escalonada y esperó al sargento. Este llegó un buen rato después sin resuello.

—Me va a matar, mi teniente —dijo asfixiado.

—¡Silencio! Calla y escucha.

Uno al lado del otro, pusieron el oído y miraron hacia abajo. El cortijo, apenas iluminado por los reflejos procedentes de su interior, les ocultaba parte de lo que ocurría más allá, y escasamente pudieron distinguir un círculo de luz rodeado por grandes hogueras. Sin embargo, el silencio que los rodeaba les permitió escuchar en toda su magnitud las voces del gentío congregado y la desenfrenada algarabía producida por los perros. Los ladridos roncós y los

gruñidos amenazantes le encogieron al sargento el corazón.

—¿Los escucha, mi teniente? ¿Qué tipo de fieras son esas?

—No lo sé. Pero ahora mismo lo vamos a descubrir —dijo el superior. Se levantó sin previo aviso y comenzó a bajar la vertiente que moría en la explanada del cortijo.

Conforme se aproximaron protegidos por la noche, comenzaron a entender lo que veían. En el centro de una de las eras habían formado un círculo con los trillos y habían soltado dentro a dos de aquellos perros asesinos. Sus bocas, destrozadas por los collares de púas que les rodeaban el cuello, chorreaban sangre por todos lados, y los colgajos de carne que pendían de sus labios ondeaban sin control a cada movimiento.

—¡Dios bendito! —susurró el sargento con una mano en la boca.

El teniente tampoco lo esperó en aquella ocasión, sino que avanzó directamente hacia el centro de la acción. Aunque, justo antes de que entrase en la zona iluminada y diese el alto, pisó una piedra que aprovechó la ocasión para cambiar de postura y dio con todos sus huesos en el suelo. La carabina se estrelló contra algo duro y su sonido metálico recorrió las cercanías. La lucha de los perros y los ladridos continuaron; sin embargo, el griterío de los hombres cesó.

—¡Corred! —gritó uno de ellos, alertando al grupo—. ¡Es la Guardia Civil!

La luz de los carburos se apagó y los allí presentes salieron disparados en todas direcciones, como los cascotes de una granada de mano en el campo de batalla, pero con la diferencia de que estos no pararon a los pocos metros, sino que siguieron corriendo sin mirar atrás hasta que las piernas no les respondieron. Cruzaron eriales, aplastaron los sembrados henchidos de humedad por las lluvias de los días pasados y saltaron la alambrada. Gastada la fuerza, siguieron caminando a través de las inmensidades del campo y se perdieron en la noche. Los pocos que tomaron el camino principal y llegaron galopando con sus monturas hasta el portón de entrada fueron detenidos por la otra pareja.

El teniente se levantó llevado por el diablo y pegó varios tiros al aire. Tan solo uno de los hombres, que no consiguió salir del círculo de luz con la celeridad necesaria, se detuvo intimidado por los altos y terminó detenido.

Con las manos arriba fue conducido hasta el improvisado ruedo y empujado hacia delante con el cañón del fusil.

—Ahora mismo entras ahí y separas a esas fieras si no quieres que te pegue un tiro en la nuca —ordenó el teniente con una voz que no dejaba lugar a la duda.

Los perros —ahora claramente identificables como mastines españoles— continuaban arrancándose la piel a tiras con los dientes y lanzando los espolones hacia el cuello de su adversario.

—Pues ya me lo puede pegar —dijo el detenido—, porque yo ahí no entro ni muerto. Ya no hay quien los pare.

El teniente le dio un culatazo en los riñones y puso la boca del arma cerca de su oído mientras volvía a disparar. Entonces, el detenido se llevó las manos a las orejas y cayó al suelo vencido por el dolor de sus tímpanos.

—Vamos —gritó el teniente.

El hombre del suelo no lo oyó.

Una nueva patada y se arrastró hasta el interior para separarlos. Agarró a uno de ellos como pudo y tiró de él hacia su jaula. El sargento, que lo esperaba con la puerta entreabierta, lo dejó entrar y la cerró. El otro mastín quedó tendido entre los trillos.

—¿Quién manda aquí? —preguntó el teniente.

—El manco —respondió al instante el detenido, sin ganas de seguir resistiéndose.

—¿Le falta alguna mano a ese manco? —volvió a preguntar el teniente.

—Si le falta —respondió el otro—, yo no lo he notado. Pero todo el mundo lo llama así. Nadie sabe su verdadero nombre.

—Venga —ordenó el teniente, colgándose el fusil a la espalda y desenfundando la pistola—, vayamos a buscarlo. ¿Dónde se esconde ese individuo?

El hombre comenzó a caminar en dirección al cortijo y la pareja lo siguió unos pasos por detrás. No necesitaron llamar a la puerta, el manco había salido a recibirlos. La sombra temblorosa que proyectaba al contraluz de una lamparilla de aceite colgado de la entrada, transformaba su corto metro sesenta en una gigantesca figura.

—Muy buenas noches, caballero —dijo el teniente, dejando entrever la

mala leche que le recorría el cuerpo. A continuación, se llevó los dedos al pico del tricornio y saludó a lo militar. El sargento repitió el movimiento de forma mecánica—. ¿Es usted el dueño de esta finca?

—No. Yo soy el encargado. Los dueños solo vienen en verano —contestó el manco al tiempo que ofrecía su mano para devolver el saludo.

El teniente no hizo ademán de estrechársela y se quedó clavado en el sitio. Sin embargo, el sargento creyó descortés no responder al ofrecimiento y picó el anzuelo. Avanzó sus tiernos dedos y se los ofreció con descuido. El manco los tomó entre los suyos y, haciendo honor a su apodo, los apretó ligeramente. El guardia sintió un dolor penetrante que ascendió en oleadas desde su mano destrozada hasta su cerebro, y escuchó el crujir de varios huesos. Le saltaron dos lágrimas y dio con una rodilla en el suelo mientras soltaba un alarido animal. El teniente, sorprendido al principio, levantó la pistola y propinó un culatazo con todas sus fuerzas en la cara del manco. Este, chorreando sangre por la nariz, soltó la mano del sargento y calló de espaldas al suelo.

El sargento se secó la cara y metió los dedos bajo el sobaco buscando consuelo. Luego, avergonzado por su torpeza, sacó las esposas y se las colocó al grandísimo hijo de puta cruzando sus manos a la espalda.

—Conque usted es el manco —dijo el teniente.

—Así me llaman —dijo, con una pronunciación extraña. Al sargento le dio la impresión de que un frenillo más desarrollado de lo normal le trababa la lengua.

El teniente lo miró con asco y se volvió hacia el otro detenido.

—Su documentación.

—La tengo en el bolsillo —respondió.

—Sargento, coja los papeles de este hombre, apunte su nombre y dirección y déjelo marchar. Ya nos ocuparemos de él mañana. Aquí tenemos mucho que hacer.

Cuando el sargento terminó el encargo, entró en el cortijo en busca de su jefe. Lo encontró sentado en un comfortable sillón frente al fuego. El manco permanecía en pie a su lado, escuchando las acusaciones.

—Caballero, lo que usted organiza en esta finca está prohibido por la autoridad nacional. ¿Sabe que pagará por ello?

El manco, de ojos pequeños y hundidos, y con un cuerpo excesivamente

grueso en proporción al tamaño de su cabeza, parecía más un duende salido de las leyendas inglesas que un alma cristiana. No respondió.

—Muy bien, veo que lo entiende. ¿Conocía a Miguel Corbacho?

Tampoco contestó.

—Vamos a ver —continuó diciendo el teniente—. Si colabora con nosotros, va a pasar una buena temporada en la cárcel. Eso se lo puedo asegurar. Pero si no lo hace, si intenta ocultar pruebas sobre un asesinato, acabará sus días encerrado, morirá de hambre en la cárcel, o picando piedra en una cantera. Quizá entonces pueda darle un buen uso a su mano.

El duendecillo entrecerró sus ojos con odio y lo miró agachando la cabeza.

—Ahora que hago memoria... —dijo—. Sí que venía.

—¿Ve como nos empezamos a entender? ¿Cuándo fue la última vez que pasó por el cortijo ese hombre?

—No recuerdo el día que era, pero creo que al siguiente lo mataron.

El sargento se removió en la silla. Estaban en el buen camino. «Este cabrón sabe cosas —pensó mientras se manoseaba la mano aplastada—, que me lo deje a mí el teniente, que yo lo pondré a caldo».

—¿Cuánto dinero apostaba?

—Eso no lo sé. Yo les dejo que se diviertan, pero nunca juego a las apuestas. Lo que hagan con los perros y con su dinero es cosa de ellos.

—¡Qué hospitalidad la suya! —observó el teniente, con cinismo—. ¿Ha oído, sargento? Este buen hombre tan solo los deja montar el espectáculo en la era y no se lleva nada. Pues déjeme decirle que podría ganar muchas pesetas cobrando a esos desgraciados. Bueno, ¿qué le vamos a hacer?, así es la vida, los hay listos y los hay tontos de remate. Y dígame, ¿tampoco sabe con quién venía Miguel?

—Sí, eso sí lo sé. La mayoría de los días venía solo. Pero aquel día vino con su amigo Román. Siempre llegaban juntos.

—¿También apostaba Román?

—No, él solo venía a mirar. Jamás apostaba.

—¿A qué hora se fueron del cortijo?

—Miguel se fue temprano, sobre las once y pico, después de la primera pelea, ni tan siquiera apostó. Ese día traía la bicicleta, subió y se largó solo. Me dijeron que Román se fue más tarde.

—¿Nos está diciendo que no se fueron juntos? ¿Está seguro de eso?

—A mí me importa muy poco cuándo se va cada uno de la finca. Si le digo que se fue cada uno por su lado, es que se fue cada uno por su lado, y no hay más que hablar —explicó el manco como si aleccionara a un crío pequeño.

El teniente comprendió que aquel hombre no podría decirles mucho más.

—Sargento —dijo—, acérquese a las cuadras y ensille el caballo de nuestro amigo, o el burro, o lo que carajo tenga guardado allí. El manco se viene con nosotros al cuartel, lo vamos a enchironar una buena temporada.

Cuando llegaron al portón de entrada a la finca, el cabo y el soldado los esperaban echados en los postes y con los detenidos sentados unos metros más allá.

—Veo que habéis cazado unas cuantas alimañas —dijo su jefe, bajando del caballo y reuniéndose con ellos—. ¿Les habéis revisado la documentación?

—Así es, mi teniente, son del pueblo. Tenemos los papeles de todos ellos.

—¿Y el resto?

—Por aquí no ha pasado nadie más —contestó el cabo.

—Quedaos con la documentación y soltadlos. Y que pasen por el cuartel mañana mismo. Allí nos ocuparemos de ellos.

Cuando los hubieron liberado, colocaron la mula del manco entre los cuatro guardias e iniciaron el camino de vuelta. A las cinco de la mañana divisaron las primeras luces del pueblo.

2

Si al llegar al cuartel el teniente hubiese dejado a los guardias custodiando al manco y hubiese continuado su camino sin detenerse, atravesando Cardeña y recorriendo al galope otros tantos kilómetros como los que había recorrido desde el cortijo de Guzmán, habría encontrado la carreta de Román y de Simón subiendo la cuesta que llevaba al almacén del alcalde, les habría dado el alto y habría comprobado que un burro gastado por el tiempo y el trabajo tiraba de ella con paso cansino, y que, al olor de alguna hembra cercana, el viejo animal se detenía levantando el labio y propinaba un rebuzno recio, digno de sus mejores años de semental, y que luego, arreado por sus dueños, reemprendía el camino que aprendió de memoria años atrás. Pero eso no ocurrió, porque, aquella noche, el teniente estaba cansado, y decidió encerrar al manco junto a Celestino, ordenar que se lo llevaran a la cárcel provincial a primera hora de la mañana y retirarse a descansar.

Los dos encargados, en cambio, sentados junto a los últimos rescoldos del fuego de la cocina y con un café en la mano, sí que lo oyeron. Escucharon el rebuzno del borrico retumbar en la vaguada y decidieron abandonar las sillas que ocupaban y acudir a atenderlos a la puerta del cortijo. Al salir, descubrieron sus siluetas a lo lejos y se dirigieron al almacén para abrir el portón. Una camada de ratoncillos peleones, herederos de los dominios de la rata fallecida, saltaron de los sacos y huyeron en todas direcciones. Aunque los hombres distinguieron sus correrías entre la penumbra, no consiguieron descubrir dónde se escondió ninguno de ellos.

—Si no acabamos con estos bichos —se quejó uno de ellos—, terminarán por convertirse en una plaga y arruinarán las mercancías. Necesitamos reponer

el veneno cuanto antes.

—Ya hemos probado eso —respondió el otro—. A estos cabrones no los conseguirás matar con veneno. Tienen mucho donde elegir antes de probarlo. La única solución es que consigamos un gato. Se lo propondré al dueño en cuanto lo vea, a ver qué opina él. En unas semanas no quedará ni uno vivo.

Cuando Román y Simón llegaron al cortijo, las puertas del almacén hacía un rato que estaban abiertas, y los encargados los esperaban en la entrada.

—Debéis sustituir a ese pobre animal —les dijeron a los recién llegados—. Y más vale que sea pronto si no queréis que se os caiga muerto en mitad del camino. ¿No os dais cuenta de que no puede dar ni un paso más?

—Este aguantará mientras aguantemos nosotros —afirmó Simón—, está en sus mejores años. Hasta hoy no nos ha fallado ni un solo día, y ya has escuchado que sigue barruntando a las hembras, ¿por qué lo habríamos de cambiar?

Román, sin muchas ganas de hablar, acercó el carro a la puerta y acarició las crines recortadas del animal.

—¿Qué tenéis esta noche para nosotros? —preguntó, sin atender a las bromas de los encargados ni a las explicaciones de su socio.

Los encargados comprendieron que la pérdida de Miguel los debería haber afectado, y decidieron terminar con las bromas.

—Cargad cuatro sacos de maíz y otros cuatro de trigo. No os podemos dar nada más por ahora. Las provisiones escasean día tras día y tenemos muchos otros esperando a la cola. Volved pasado mañana si queréis, es posible que para entonces nos haya llegado algún nuevo cargamento.

—¿Qué me dices del café y del tabaco que estábamos esperando? —les recordó Simón—. Se lo tenemos comprometido a varios repartidores desde hace semanas, y no dejan de reclamarlo.

—Esos artículos escasean cada vez más, y son muy difíciles de conseguir. Os podemos dar algunos paquetes de tabaco, pero para el café habrá que esperar.

—Tabaco, entonces —respondió Román.

—De acuerdo. Girad el carro y acercadlo un poco más para cargar. Nos estamos congelando. Además, si no nos damos prisa, os pillaré el amanecer en el camino.

Sin más comentarios, los hombres colocaron la carga y anotaron el detalle en el libro de registros. Simón y Román se despidieron y se perdieron en la oscuridad. Unos pocos metros más allá, probablemente más como lamento por el incremento de peso que como reclamo sexual, el burro reprodujo el rebuzno desde el alto en que se había construido el cortijo, y el quejido, en el silencio de la madrugada, rebotó en los altozanos y volvió multiplicado y hueco.

—Llevan razón, va siendo hora de jubilar al borrico —comentó Simón. Román, con las manos en los bolsillos, no contestó.

Con el cuello de su trenca abotonado hasta la boca, Simón intentó entablar conversación con su compañero un par de veces más. Aunque todo intento fue inútil, Román no mostraba ganas de hablar. Pensándolo bien, el dicharachero siempre fue Miguel. Divertido, parlanchín, incansable... Desde su muerte, los viajes eran tristes, silenciosos y aburridos. Simón tenía poco palique. Soltero y más bien tímido, no disponía de la soltura necesaria para enganchar a la gente en largas conversaciones. Román, mayor que él y bastante más conversador, desde la muerte de Miguel no abría la boca más de lo imprescindible.

A mitad de camino, bajo el nogal centenario, encontraron el pilar que servía de abrevadero al ganado de la zona y la pareja hizo un alto con intención de que el burro descansara. El animal metió el hocico y sorbió el agua medio congelada a grandes tragos. Los reflejos cristalinos de la superficie se rompieron en pedazos y las ondas producidas por sus labios recorrieron los cuatro laterales del estanque. Los dos hombres se sentaron en un banco piedra mientras esperaban. El silencio, apenas empañado por el canto de un mochuelo y las tragantadas del animal, los envolvió en una intimidad incómoda.

Román levantó la vista y contempló con tristeza la profundidad del firmamento y los miles de estrellas que lo poblaban.

—Mi mujer me engaña —dijo, con un hilo de voz, sin bajar los ojos del cielo.

Simón, tan falto de experiencia en aquellos lances, y agazapado bajo su perpetua timidez, no consiguió encontrar ninguna palabra adecuada para la ocasión, y decidió permanecer callado, con los ojos en el agua del pilar, y escuchar.

—Yo sabía que no debíamos casarnos. Se quedó embarazada demasiado joven. Su padre vino a mi casa y habló con el mío durante mucho rato. Luego habló conmigo. Nos sentamos en una habitación. Mi padre nos dejó solos, al viejo y a mí. Me dijo que su hija había perdido el mes, que estaba preñada y que pronto le crecería la barriga y todo el mundo se enteraría, y que la criatura era mía. Yo no supe qué decir, él lo dijo todo. «Mi hija es una mujer preciosa, educada por las monjas desde hace tiempo, incluso decían que podría estudiar en la universidad. Ya no, ahora eso se ha acabado para la gente pobre como ella. La guerra terminó con sus aspiraciones. Y alegre. Una mujer que sabe cuidar de su casa y que no te defraudará. La has deshonrado y ahora debes cumplir con tu obligación...».

Román guardó silencio, como recordando qué más le había dicho aquel hombre.

—Pero si tú no tienes hijos, Román —susurró Simón, extrañado por lo que acababa de escuchar.

—Nos casamos un mes después —siguió relatando Román—. En la iglesia no habría más de diez personas, sus padres, sus hermanos, los míos..., ningún amigo. Fue una ceremonia gris, sin banquete, sin alegría... Algo improvisado. Ella quedó decepcionada. No es eso lo que una mujer sueña para el día de su boda. Las mujeres sueñan con vestirse de blanco, con subir al altar entre los cuchicheos y las envidias de sus amigas, con una iglesia llena a rebosar. Sueñan con bailes hasta la madrugada. Sueñan con entregar su cuerpo al marido en la noche nupcial. Ella se casó triste, desilusionada, embarazada de alguien al que acababa de conocer. Yo no. Yo me llevaba a la mujer más guapa del pueblo. Estaba enamorado de ella. Y ella de mí también, al menos eso creí cuando nos casamos. Al poco tiempo vino el aborto, lo perdió con siete meses. El bebé nació muerto. Raquel nunca me volvió a mirar igual. Me quería, sí. Aunque no volví a ver verdadero amor en sus ojos.

El borrico, saciado de líquido, se alejó hasta el borde del camino y comenzó a arrancar matojos de hierba y a masticar distraído. Simón se acercó al caño que alimentaba el pilar y bebió del chorro frío, luego volvió junto a su compañero. Román hizo una breve pausa y continuó hablando, pero no para Simón, parecía hablar para sí mismo en una letanía monótona y lenta.

—Hace un par de meses volví temprano a casa. Mucho más temprano de lo

habitual. Aquel día no fuimos a repartir mercancía y llegué alrededor de las seis de la tarde. Entré en la casa y me dirigí al patio trasero, a soltar los aparejos del burro. Al volver de nuevo a la vivienda los encontré en el portal. «¿Qué haces aquí?», le pregunté. Él no supo qué contestarme, pareció sorprendido y alargó un silencio: «Ya me iba —dijo—, solo he venido a traerle unas cosas a tu mujer». Luego dio media vuelta y se fue. La besé como hacía todos los días y subí al dormitorio. La cama estaba empapada, sudada y deshecha. Al menos en una cosa tenía razón su padre, Raquel sabía cuidar su casa. Nunca encontré la cama deshecha a aquellas horas de la tarde. Excepto aquella vez.

—¿Quién era ese hombre? —se atrevió a preguntar Simón en un murmullo inseguro.

Al otro lado del pilar, la suave brisa se tornó en remolino, y una maraña de hojas se arrastró por el suelo y se enredó entre los pies de Román, el burro insistió en sus lamentos, aunque, cansado como estaba, emitió uno que de flojo pareció más eructo que rebuzno. La pregunta caló en la conciencia de Román y lo puso en guardia. Había hablado demasiado. Bajo sus ojos del cielo y volvió a reparar en el carro cargado y en la cara de Simón.

—Alguien al que tú conocías muy bien —balbuceó. Se levantó del banco y tiró del burro hacia el centro del camino—. Vámonos ya. Se nos está haciendo tarde y está a punto de amanecer.

Simón y Román continuaron la ruta en silencio. Tan larga y penosa se le hizo la vuelta a Simón que imaginó en varias ocasiones que los sacos de maíz y trigo que transportaban no eran tales, sino que en realidad se trataba del ataúd que trasladaron en aquel mismo carro hacía menos de dos semanas, y que ellos caminaban callados, en mitad de la comitiva que acompañó a Miguel hasta el cementerio.

Llegaron a la casita de labradores una hora más tarde. A pesar de que era una propiedad de Celestino, se la seguía prestando a la pareja para almacenar los cargamentos hasta que eran repartidos. El viejo tan solo la usaba para guardar las trampas para los animales, y a Jacinta le sobraba con un rincón cerca de la entrada para las cajas de verduras. La mujer, aprovechando la abundancia de un pozo artesiano, sembraba cada año un pequeño huerto al lado de la casa, que cuidaba con esmero y que producía sin parar.

Descargaron el trigo y el maíz al fondo y volvieron a cerrar la casucha apuntando la mañana. Simón dejó que Román se alejase con la carreta y echó un último vistazo en derredor. No, aquella no era vida para él, y mucho menos sin Miguel. Tenía que abandonar a Román.

3

A primeras horas de la mañana, Jacinta colocó la cesta de mimbre entre las matas y se agachó para arrancar el primer tomate. Buscó uno maduro y se lo llevó a la boca. Un sabor ácido y dulce a la vez inundó su paladar, y el aroma vegetal se le coló por la nariz. No había duda de que se podían recolectar. Cuando, media hora más tarde, tuvo la canasta llena a rebosar, dejó el resto para otro día y la llevó hasta la puerta de la casucha, junto a la caja de pimientos. Agarró el cubo galvanizado, que apenas conservaba el cinc original en un par de zonas, y traspasó el umbral de la casa para buscar una de las viejas sogas fabricadas por su suegro en los albores del tiempo. Con los aparejos en la mano, se dirigió al pozo, metió el cabo de la soga por el ojo de la polea, ató el cubo a la punta y lo descolgó hasta el agua. A los pocos segundos volvió a subir lleno hasta la boca, dejando escapar en su ascenso varios chorros de agua a través de los costados.

Una hora más tarde, con el sol bien arriba, el huerto estaba casi regado. Jacinta se apoyó en el brocal a descansar y se quitó el pañuelo del cuello, empapado por entonces de sudor. A lo lejos, a contraluz, localizó a alguien acercándose por el camino del río. Dejó el cubo a un lado y avanzó hasta la puerta de la casa. No era habitual que nadie la visitara a aquellas horas de la mañana a no ser que fuese su propio suegro, y estaba segura de que no lo era.

—¡Simón! —exclamó al verlo llegar, sorprendida por su inesperada visita—. ¿Qué haces aquí a estas horas? Si necesitas la mula has hecho un viaje en balde, la dejé encerrada en casa. He preferido llevar las verduras en la mano antes que pararme a ponerle los aparejos. Además, ese viejo animal necesita descansar más que ninguno de nosotros.

—No te preocupes, no vengo por eso —contestó el hombre después de saludarla—. Ayer conseguimos otro carro repleto de mercancías, había luna llena y los caminos estaban iluminados, las trajimos a media noche y las dejamos descargadas ahí dentro. Imagino que habrás visto los sacos amontonados en el cuarto del fondo.

—Sí, ya los vi antes.

—Los dejaremos unos días en la casa, ¿te molestarán?

—Claro que no, podéis guardarlos mientras queráis, no necesito esa habitación. A mí me sobra todo el espacio.

—Mejor así. Román los quiere aguantar unos días para ver si suben los precios. Con tan poco negocio como nos va quedando, o sacamos mayor margen, o el trabajo dejará de ser rentable.

—¿Qué haces por aquí, entonces?

Simón no sabía qué contestar. En realidad, tampoco estaba muy seguro de lo que había venido a buscar. Solo sabía que aquel detalle podía ser importante. Había pasado la noche pensando en la confesión de Román y, al despertar a la mañana, lo recordó. Sin encontrar otra alternativa, se limitó a decir la verdad a Jacinta, pero sin entrar en mayores explicaciones.

—Vengo a buscar unos papeles que he debido dejar olvidados por ahí dentro y que he echado de menos mientras repasaba las cuentas. Como no tenía nada que hacer, he decidido acercarme a por ellos. No te molestaré. Los cogeré y me volveré de nuevo al pueblo.

—Vamos, Simón. No digas esas cosas. Tú nunca molestas. Busca lo que quieras, yo seguiré con el riego, no me quiero entretener más o se me echará el tiempo encima. Los niños están con la abuela y no me fio de ellos. Son capaces de incendiar la casa.

La mujer se alejó hacia el pozo dejando al compañero de Miguel junto a la puerta. Simón la observó mientras se alejaba y sintió pena por ella. Demasiado joven para enviudar con dos niños pequeños a su cuidado, la vida no era justa. Abatido, se decidió a entrar. En realidad, no recordaba muy bien dónde había visto aquel papel. Tan solo sabía que había llamado su atención cuando lo vio. Avanzó hasta la habitación principal y rebuscó sin rumbo fijo entre las notas amontonadas en el cajón de la mesita, miró detrás de las azadas y los aperos de labranza, saltó por encima del arado y los varales del carro,

examinó cada rincón y cada caja, abrió puertas, pasó la mano por la repisa de la chimenea y, rendido ya a la evidencia, se volvió hasta la entrada y cruzó los brazos, pensativo. Allí no había nada. «¿Dónde he visto ese maldito papel?», se preguntó. Se sentó en una silla y observó las cajas y las cestas amontonadas por Jacinta y, sobre ellas, la alacena. De inmediato lo recordó, el papel lo había visto en la alacena, en la lata en la que Román guardaba sus cosas personales. Abrió las portezuelas de cristal y localizó la antigua caja de galletas entre las tablas superiores. Era una caja metálica, cuadrada, con una tapa oxidada y descolorida en cuya impresión aún se podía distinguir una gran galleta vertical con la marca comercial rebajada en la masa, en el canto se sentaban dos adolescentes con los pies encogidos y dándose la espalda, el niño tocaba la flauta y la niña cantaba. Simón la abrió, rebuscó entre los papeles y sacó una cuartilla amarillenta doblada por la mitad. La desdobló y volvió a sorprenderse con el contenido y la forma del papel. Volvió a colocar la caja en su sitio y salió para despedirse de Jacinta.

—¿Has encontrado lo que buscabas? —le preguntó distraída mientras Simón se acercaba hasta ella.

—Sí —contestó él, mostrando el papel en su mano—, estaba bien escondido entre los chismes de la alacena, en una lata de galletas de Román, pero al fin lo encontré.

Con la cara roja por el esfuerzo, la mujer dio varias brazadas potentes y extrajo un nuevo cubo de agua.

—¿Te echo una mano, Jacinta?

—No, gracias. Un par más y habré terminado por hoy. Creo que las matas estarán ya hartas de humedad.

—¡Con tanta agua los pepinos te saldrán amargos! —bromeó Simón.

Ambos rieron.

—Veo que tienes un nuevo inquilino en la casa —comentó el hombre, señalando hacia el gato atigrado que dormitaba despreocupadamente junto a la cesta de tomates.

—Es para los ratones. Así los mantengo alejados.

—¿De dónde lo has sacado?

—Me lo dio una vecina. La madre volvió a parir y ya no le cabían en la casa. Aquí llevará una buena vida, y a los niños les gustará. Siempre han

querido tener un gato.

Ambos quedaron mirando al animal que ronroneaba tumbado al sol.

—Yo ya he acabado —informó Simón—, si no necesitas mi ayuda me vuelvo al pueblo. ¿Te falta mucho?

—No, pronto terminaré, pero aún me quedan algunas faenas por hacer —contestó ella—. Necesito ordenar unas cuantas cosas antes de volver a casa.

Simón agitó la mano y se alejó hacia el río. Jacinta dejó el cubo en el suelo y lo observó por la espalda. Aquel hombre necesitaba a una mujer, a sus años no debería seguir andando solo por el mundo. Ella misma lo comprendía ahora que había perdido a Miguel. ¿Quién podía pensar algo así una semana antes? ¿Cómo iba a criarlos ella sola? Afligida, se agachó en busca del cubo, lo vació en uno de los regueros y lo lanzó de nuevo al fondo del pozo. Sin embargo, no volvió a tirar de la soga para sacarlo, sino que se apoyó en el brocal y se acordó de las palabras de Simón. Hacía tiempo que no pensaba en aquella lata en la que su marido guardaba sus papeles y sus recuerdos personales, y supuso que el contacto con ellos le devolvería un recuerdo cercano, un olor que no quería olvidar. Tiró el extremo de la soga al suelo, pasó junto al gato y se acercó a la alacena.

Al abrir los postigos acristalados, los anaqueles que compartimentaban el hueco de yeso se iluminaron con el sol que a aquellas horas se colaba por la ventana, y dejaron a la vista el dedo de polvo que los cubría. Tendría que buscar una mañana para adecentar aquella casa. Entre los estantes inferiores reconoció algunos papeles y albaranes muy antiguos, un pequeño libro de cuentas y media docena de copas para el anís con el brillo perdido y los bordes desportillados. Más arriba, un par de botellas de quina vacías y una vieja cesta de costura con tijeras oxidadas e hilos ennegrecidos. Entre la balda superior y el techo de la alacena, la caja de galletas oxidada. Se empinó sobre la punta de los pies y la extrajo con cuidado, la abrió y repasó los papeles, acarició una petaca de cuero negro que Miguel usaba para el tabaco y la olió. Al instante, los recuerdos volvieron en tropel, las lágrimas brotaron en sus ojos. No quiso buscar más. Aún no estaba preparada para ello. Volvió a levantar los brazos e intentó devolver la caja a su sitio arrastrándola sobre la tabla y empujándola hacia atrás. Pero allí había algo, la caja dejó de retroceder y quedó atascada. Jacinta buscó una silla, subió a ella y miró. Un

sobre grande y grueso, tumbado sobre el estante, se interponía entre la caja de galletas y el fondo de la alacena.

Jacinta lo sacó y se sentó en una de las desvencijadas sillas del cuarto. Comprobó que contenía notas de entregas y un par de cartillas de racionamiento sin cupones que arrancar. Desilusionada, cuando se disponía a guardarlo todo de nuevo en el sobre y devolverlo para siempre al rincón del olvido, algo cayó al suelo de entre los papeles. Se agachó y lo recogió. Era una foto de su amiga Raquel. Muy joven. ¡Qué bella era! Román tuvo suerte de encontrarla y de casarse con ella. Una mujer adorable, lástima que perdiera el hijo después de la boda. Quizá por eso quería tanto a los suyos, a sus dos mellizos. Pasó la yema de los dedos sobre su cara con cariño, metió la foto en el sobre y lo cerró. Sin embargo, cuando ya se estaba levantando, se volvió a sentar. «Qué hace una foto de Raquel en el sobre de los papeles de mi marido», se preguntó. La cara de Raquel volvió a la mente de Jacinta. Sin embargo, aquella vez la vio de forma muy diferente. Más joven que ella, ¿más guapa?, por supuesto, mucho más guapa que ella, atrapada en un matrimonio con un hombre tosco y no muy agraciado, infeliz, desdichada. El sobre se deslizó de entre sus dedos y rebotó en el suelo desparramando su contenido por doquier: «¡Maldita arpía! —pensó horrorizada—. ¿Qué le has hecho a mi marido?».

4

—¡Corre! —gritó el moreno a su hermano mientras entraba en el portal y lo recorría a grandes zancadas—. ¡Se le han vuelto a escapar!

—¿Qué dices? —preguntó el rubio, desorientado.

—¡Las gallinas!, ¡se le han vuelto a escapar! Se ha dejado la puerta del corral abierta y están todas en la calle —contestó con una voz que delataba su urgencia.

El rubio no entendió nada. Sin embargo, por la excitación de su hermano, intuyó que algo emocionante estaba a punto de ocurrir. Ambos entraron en el techado al fondo del corral y cogieron la cuerda de bramante del abuelo. Con ella en la mano, se dirigieron a la cocina, buscaron la ristra de chorizos, y cortaron dos pequeños trozos de embutido.

—¡Vamos, date prisa! Busca las piedras.

El rubio, golpeando su trasero con los talones mientras corría, bajó hasta la esquina de su calle, donde las riadas producidas por las tormentas sedimentaban cada invierno los cantos rodados, y volvió con varios en la mano. Cuando llegó, su hermano tenía dos largas cuerdas con trozos de chorizo atados en los extremos.

—Dámelas —ordenó el moreno.

Con todo lo necesario para las trampas, los mellizos salieron a la calle y corrieron hasta la otra esquina. Cuatro gallinas medio desplumadas, escapadas del corral de Gertrudis, picoteaban en busca de gusanos entre la broza de los alcorques que rodeaban los arbolitos plantados el invierno anterior. Se sentaron en un rincón de la explanada y ataron los extremos libres del bramante a las piedras, dejando los trozos de chorizo colgados del extremo

contrario.

—Quédate ahí sin moverte —ordenó el moreno.

Con mucho sigilo, como si se acercase a un león por la cola y no lo quisiera despertar, se colocó tras las gallinas y dejó en el suelo las dos trampas, el chorizo bien a la vista y las piedras camufladas entre la hierba. Luego, volvió corriendo al rincón junto a su hermano, a esperar el desenlace.

Bajo un sol pegajoso, con la cesta de verduras colgada de un brazo y la ropa empapada de sudor, Jacinta fue dejando la casucha a su espalda y recorrió el camino que serpenteaba entre los chopos de la rivera. Iba a matar a Raquel. Cada vez lo tenía más claro: «Los gemelos se quedarán con los abuelos — pensaba al caminar—, ellos sabrán cuidarlos. Puede que hasta me caigan pocos años. Será un asesinato con atenuantes, un crimen pasional, por celos, con enajenación mental». Había oído cosas así alguna vez en los noticiarios de la radio. Saldría a los pocos años. Raquel pagaría haberla engañado con Miguel. Él había pagado con su vida el error, pero ella no, ella seguía libre, en su casa, con su marido, como si no hubiese ocurrido nada.

Cuando una hora más tarde llegó a la plazuela, Jacinta localizó a lo lejos a una de las gallinas debatiéndose entre aleteos. Lo primero que pensó fue que un gato la había atrapado entre sus garras y la estaba matando. Sin embargo, cuanto estuvo junto a ella, descubrió que la desgraciada ponedora se ahogaba lentamente arrastrando una piedra atada al extremo de un hilo que se perdía en el interior de su pico. Jacinta comprendió al instante. Agarró la gallina y tiró de la cuerda con determinación. El trozo de chorizo salió del pescuezo empapado en saliva, y los ojos del pobre animal, tornados por entonces al blanco impoluto, volvieron a mirar con vida. Cuando Jacinta soltó sus alas y el ave se alejó a toda velocidad hacia el patio de Gertrudis, miró alrededor buscando a los culpables, pero la explanada estaba desierta, los protagonistas habían debido escapar acobardados por la escena. Al llegar a casa, descubrió a los dos mellizos sentados en el suelo del portal, jugando distraídos con varios trozos de madera que su abuelo les trajo de la carpintería. El único detalle que delató la inocente salvajada fueron las oscuras manchas de sudor que poblaban las camisas de sus hijos. Jacinta los miró impotente durante un

rato. Aunque finalmente no les dijo nada, asuntos mucho más importantes rondaban su cabeza. Tras dirigirse a la cocina y dejar la cesta en un poyete, colgó la ristra de chorizos que los mellizos habían olvidado y sacó un largo cuchillo de carnicero del fondo del cajón. Descargó una buena parte de las verduras en una caja y dejó las otras en el fondo de la cesta, bajo ellas escondió el cuchillo. Con ella colgada del brazo, volvió a salir a la calle en dirección a la casa de Raquel. Los niños la miraron de reojo mientras lo hacía, sin dejar de apuntar con la cabeza hacia los taquitos de madera con los que jugaban.

Mientras avanzaba bajo el sol de mediodía, no pudo dejar de imaginarlos juntos. Le parecía increíble que su marido la hubiera engañado no solo con una, sino con dos. En realidad, siempre quiso albergar la duda sobre la relación entre Miguel y Maite, así era más fácil de sobrellevar. Sin embargo, esta nueva y segura sospecha la había alterado sin medida. Maite era una mujer mayor, quizá incluso un recurso económico de su marido, y no le cabía ninguna duda de que aquella mujer antes o después se terminaría olvidando de él. Raquel era otra cosa, era una competencia con la que no habría podido luchar. «Le clavaré el cuchillo sin piedad —pensó una vez más—, se arrepentirá de lo que me ha hecho».

Al llegar, encontró la puerta abierta y recorrió el portal de la casa sin avisar, esperando encontrarla desprevenida en alguna labor. Como no la localizó en la salita de la entrada ni escuchó ningún ruido cercano, se encaminó hacia la cocina.

—Hola, Jacinta —saludó extrañado Román cuando la vio aparecer.

—Ah..., hola. Buscaba a tu mujer —respondió Jacinta, sorprendida por la presencia del marido en la casa a aquella hora—. Creí que estaría sola, no esperaba encontrarte aquí.

—No está. Se fue otra vez a la tienda con las cartillas. La puedes esperar, hace un buen rato que salió y debe estar a punto de llegar. ¿Necesitas algo de ella?

—No, no. Tan solo venía a traerle algunas verduras del huerto, unos tomates y unos pimientos. Nosotros tenemos más que de sobra y sé que a vosotros os gustan.

—Pues entonces déjame la cesta, la vacío en la cocina y te la devuelvo.

Jacinta pensó que no podía dársela, el cuchillo estaba oculto bajo los tomates del fondo. Mejor salir pitando de la casa, el crimen debería esperar hasta otro momento más propicio. En presencia de Román no la podría matar.

—Mejor vuelvo luego, tengo algunos recados que hacer —dijo saliendo con prisas.

No lo llegó a conseguir, se encontró a Raquel en la puerta de la casa con las talegas llenas de los alimentos racionados y una sonrisa en la cara.

—¡Qué sorpresa, Jacinta! Pasa, estaba en la tienda, la cola daba la vuelta a la manzana y me he retrasado.

—Hola... —dijo indecisa, sin posible escapatoria.

—¡Tomates! Gracias, Jacinta. Eres muy buena con nosotros.

Ambas entraron nuevamente en la casa.

—¡Por fin vuelves! —dijo el marido al verlas aparecer.

—Me han entretenido en la tienda.

—Yo os dejo para que habléis de vuestras cosas —dijo Román, encontrando en Jacinta la excusa perfecta para irse al bar—. No os quiero molestar. Aprovecharé para buscar a Simón y dar una vuelta por ahí.

Cuando su marido desapareció, Raquel agarró la cesta del brazo de su amiga sin pedírsela y Jacinta, vencida la primera resistencia, la dejó hacer y se la cedió.

—Vacío esto en la cocina y te la devuelvo. No sé cómo agradecerte tu amabilidad, no sabes lo bien que nos vienen las verduras frescas. No hay forma de conseguirlas.

Momentos después, Raquel volvió de la cocina con la cesta en la mano y el cuchillo en el fondo. Se lo devolvió todo a Jacinta y escrutó su cara transformada en piedra. No le quedó ninguna duda de a lo que su amiga había venido. Buscó una silla y se sentó sin dejar de mirarla. Jacinta la imitó.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó Raquel, perdiendo el color.

Jacinta soltó la cesta y contestó.

—Encontré una foto tuya entre los papeles de Miguel.

—¿Y ya está?

—Ya está. Una mujer necesita muy poco para saber esas cosas. Después de tantos años conocía bien a mi marido. No se puede negar que le gustaban las mujeres. Cuando encontré tu foto junto a sus pertenencias no necesité más

para saber lo que había ocurrido entre vosotros.

—Podría decirte que lo siento. Aunque sé que no serviría de nada.

—¿Cuánto tiempo os estuvisteis viendo?

—Miguel anduvo tras de mí durante muchos meses. Yo no quise saber nada. Lo rechacé una y otra vez. Pero él no cejó en su empeño, me perseguía sin tregua.

—Y ocurrió —dijo Jacinta.

—Sí. Pero es preciso que sepas que tan solo estuvimos juntos una vez. Yo atravesaba un mal momento y me dejé seducir. Después me alejé, no quise saber nada más de él, no podía hacerle aquello a Román, ni a ti. No puedo expresar con palabras cuánto lo siento. Sé que eso no te sirve de nada, pero aun así te lo digo.

—He venido a matarte —dijo Jacinta, sin convicción.

—Ya lo sé. También sé que no lo vas a hacer. Ahora ya no serviría de nada, ninguna de las dos lo volveríamos a recuperar.

—¿Estabas enamorada de él?

Raquel la miró sorprendida. Ni tan siquiera ella misma se había atrevido a preguntárselo con tanta crudeza. No quería saber si estaba enamorada de Miguel. Tardó en responder.

—Creo que sí. Lamento decírtelo.

—¿Has tenido algo que ver con su muerte?

—Por supuesto que no —respondió Raquel.

Jacinta dudó si era procedente hacer la pregunta que estaba a punto de hacer, pero quería saber de una vez por todas quién había matado a Miguel. Se armó de coraje y se decidió a preguntar.

—Tú vas todos los días a la botica, ¿qué sabes de la mujer de Pascual?

—¿De Maite? —susurró Raquel entre dientes—. ¿También sabes eso?

—Sí. Creo que eso también lo sé. Pero quiero que tú me lo confirmes. Si es cierto, algo habrás debido ver.

Por segunda vez, Raquel se vio obligada a revivir aquel recuerdo, y el odio que sintió al verlos juntos afloró de nuevo.

—Unas semanas después de... verme con Miguel, lo descubrí con ella en la cama por casualidad. Sentí unos celos irrefrenables. En aquel momento sí que pensé en matarlo. Había renunciado a él por mi marido y por ti, y él se

refugiaba en otra mujer a las pocas semanas de haber estado conmigo. Sin embargo, decidí borrarlo de mi mente, Supuse que tan solo se trataba del capricho de una mujer aburrida, una distracción pasajera como otras. Eso me ayudó a sobrellevarlo.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué otras distracciones tenía esa mujer?

—Maite tenía más amantes —respondió Raquel.

—¿Cómo lo sabes?

—Como tú dices, esas cosas las mujeres las terminamos por descubrir antes o después. Cada vez que su marido se iba de viaje, ella le pedía al chofer que la llevara a la casa de campo que sus padres poseen cerca de la sierra. Es un viejo caserón que permanece prácticamente abandonado durante todo el año. Creo que un guarda va un par de veces por semana a regar el jardín y a ventilarlo. Pascual y ella tan solo lo usaban algunos días de verano, cuando apretaba el calor subían y pasaban varios días allí.

—Eso no prueba nada.

—Yo veía cómo hacía la pequeña maleta, la ropa que se llevaba, los maquillajes y los perfumes. Te digo que iba a verse con alguien más, y la mayoría de las veces no era posible que fuese con Miguel.

—¿Lo sabía su marido? ¿Crees que la pudo matar por eso?

—Sin la menor duda. A ella la asesinó Pascual. Pero no lo hizo por lo que dice la gente, el dinero no le importa, tiene demasiado. La gente no sabe nada. Lo mató por celos. Lo de los ojos y la lengua debió hacerlo tan solo por despistar. No sé por qué no lo han detenido aún. ¿Cómo está Celestino?

—Vamos todos los días a verlo. Está bien. Es un hombre muy fuerte y aguantará sin derrumbarse.

Jacinta agarró el asa de la cesta y se levantó sin hablar. Raquel hizo lo mismo y la acompañó hasta la puerta. Allí, la viuda se giró y miró con tristeza a la mujer de Román. Entonces, se despidió de su vieja amiga.

—No quiero que vayas por mi casa. Nuestra amistad ha acabado para siempre, no quiero volver a verte jamás.

Raquel, sin contestar, se llevó las manos a la cara y dejó escapar dos lágrimas solitarias que rodaron por su cara. Jacinta dobló la esquina sin volver la vista atrás.

Cuando mucho rato después Román volvió a entrar, Raquel tenía la comida sin hacer, continuaba sentada en el portal de la casa, con los ojos enrojecidos, sollozando. Al ver llegar a su marido se limpió la cara.

—¿Qué te ocurre?

—Nada —dijo ella—, Jacinta me ha contagiado su pena.

Román no la creyó, y los ojos hinchados de su mujer y las prisas por limpiarlos le hicieron intuir lo que aquellas lágrimas significaban. Jacinta no había venido a traer las verduras. De alguna manera, se había enterado de la relación entre Miguel y su mujer.

—Ha descubierto lo vuestro, ¿verdad?

—¿Lo nuestro? —dijo Raquel mientras palidecía—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Sabes muy bien lo que quiero decir. Aquel día estuviste con él. ¿A qué ha venido esa mujer a nuestra casa?

—No lo sé. No sé de lo que estás hablando. Ha venido a traernos algunas cosas de su huerto. Esta mañana ha estado en la casucha.

Román no respondió. La casucha le trajo algún recuerdo vago. Algo le decía que debía volver allí cuanto antes. Nunca esperó que Jacinta se enterase de la relación de Miguel con su mujer, y puede que hubiese descuidado los detalles. Subió al dormitorio y rebuscó en los cajones de la cómoda hasta que encontró el dinero. Bajó la escalera y salió de la casa sin decir nada más, sin tan siquiera despedirse de su mujer.

Román cruzó el pueblo y recorrió el camino que discurría a lo largo del riachuelo. A los veinte minutos divisó el huerto de Jacinta y la casucha. Desechó las dos vueltas y entró. No se distrajo con los sacos almacenados ni con el cubo y la soga que Jacinta dejó a la entrada de la casa. Se encaminó directamente hacia la alacena, hacia la lata de galletas con el niño flautista y la niña cantora, y la abrió. Aunque rebuscó hasta la saciedad, no lo encontró. El papel no estaba allí.

En aquel momento, comprendió todas las consecuencias de su error.

5

Cuando llegó al pueblo con el papel doblado en su bolsillo, Simón no supo qué hacer. Desde que se despidió de Jacinta en el huerto, una única idea le había rondado la cabeza: debía dirigirse directamente hasta el cuartel de la Guardia Civil y contarles sus sospechas. Sin embargo, sin tan siquiera ser consciente de ello, sus pasos indecisos le llevaron hasta la concurrida taberna de Isidoro. Hacía más de cuatro horas que se había sentado en el rincón más apartado, y en él permanecía, con la mente extraviada entre sentimientos contradictorios. Después de varios tentempiés y bastantes vasos de vino, la gente se fue yendo a sus casas y lo dejaron solo, reclinado en la silla, medio dormido y con la única compañía del tabernero.

Isidoro, como hacía cada día después de cerrar el local, agarró la damajuana vacía de debajo del mostrador, la llenó de agua corriente en el grifo del fregadero y la colocó sobre la encimera de los vasos. Aunque no se atrevió a bajar a la bodega y operar el milagro en presencia de un cliente.

—Simón—dijo Isidoro desde la barra, con la voz suficientemente elevada como para sacarlo de su morriña—, deberías irte a casa a descansar. Es la hora de la siesta, y yo tengo que preparar el local para la noche, en un rato volverán con ganas de más. Vete a dormir el vino.

—Ponme otro, por favor—rogó Simón al despabilarse.

No sabía qué hacer. Horas dándole vueltas a lo mismo y seguía sin decidirse. Debió haber abandonado el trabajo cuando mataron a Miguel, cuando pensó hacerlo por primera vez. Ya era tarde. Ahora sabía mucho más, y era imposible volver atrás. Había perdido a su mejor amigo, no tenía ninguna familia, ni mujer, ni hijos, sus padres habían muerto hacía muchos

años y no le dejaron hermanos. Vivía solo, aislado de la gente. El único amigo que le quedaba en el mundo era Román. ¿Se arrepentiría de lo que estaba a punto de hacer? ¿Y si tan solo eran meras conjeturas? Por más vueltas que le daba al asunto, no se terminaba de decidir.

El tabernero, perdida la esperanza de deshacerse de él y poder echar el cierre, con su pata de palo y su ritmo de cojo, se acercó a la mesa y se sentó junto a Simón, que permanecía cabizbajo y medio borracho mirando hacia el rincón. Isidoro llevaba en una mano la jarra del vino; en la otra, dos vasos vacíos. Los rellenoó y le ofreció uno. Ejerciendo las habilidades de psicólogo que cualquier tabernero que se precie suele tener, le preguntó mientras le acercaba el vaso.

—¿Necesitas a alguien con quien hablar?

Simón se zampó el agua con vino de un solo trago y tardó en responder.

—Creo que sí.

—Pues aquí estoy para lo que quieras.

—Tú tienes muchos amigos, Isidoro, mucha gente con quien hablar todos los días y compartir tus penas. Nunca estás solo. Para ti sería fácil. Pero no para mí. Yo tengo muy pocos amigos en la vida. Y esos son amigos a los que no puedo traicionar.

—En eso te equivocas por completo —afirmó Isidoro—. Aquí donde me ves, rodeado siempre de gente y festejando las bromas de los parroquianos, no tengo ni un solo amigo de verdad. ¿Sabes?, hace tiempo que aprendí que es muy fácil tenerlos para pasártelo bien, para una juerga a cualquier hora. Sin embargo, amigos de verdad, de los que siguen estando ahí cuando las cosas se ponen feas, de esos se encuentran muy pocos en la vida, tan solo alguno si tienes buena suerte, y ninguno si la tienes mala.

Simón se le quedó mirando sin dar muestras de haber escuchado nada de lo que Isidoro le había dicho, abstraído, perdido nuevamente en sus pensamientos.

—¿Cuál es el problema? —insistió el tabernero al comprobar que Simón no reaccionaba—. Cuando se comparten las penas son más fáciles de sobrellevar.

—El problema es que no lo puedo contar.

—¿Sabes? Cuando yo tengo dudas sobre lo que debo hacer me imagino mi

vida unos años después. Eso me da perspectiva. Si creo que en el futuro me voy a arrepentir de hacer algo; no lo hago, en caso contrario, lo hago.

—Creo que conozco al asesino de Miguel —confesó Simón, sin apenas detenerse a procesar las cavilaciones predictivas del otro.

Isidoro no dio crédito a sus palabras. El hombre había tomado mucho vino aquella tarde y no debía ser consciente de lo que estaba diciendo.

—No digas tonterías, Simón. ¿Tienes pruebas de lo que estás diciendo?

—No lo sé. Pero estoy seguro de saber quién fue.

Isidoro no supo qué decirle. Se levantó de la mesa y se acercó a la parte de atrás del mostrador. Sacó el candil y lo encendió.

—Acércate aquí —pidió el tabernero—, hoy me vas a ayudar.

Simón, sin comprender muy bien lo que quería de él, se acercó a la barra y esperó las instrucciones.

—Agarra esa damajuana, la vamos a llenar de vino en la bodega. Los clientes de la noche no tardarán en empezar a llegar y no me queda ni una gota aquí arriba.

—¡Pero si este cacharro está lleno hasta la boca! —protestó Simón, comprobando que la superficie del líquido bailaba en el cuello de la botella.

—Ya lo sé. ¿Quieres ayudarme o no?

—De acuerdo.

Isidoro cogió el asa del candil con la mano derecha y comenzó a bajar las escaleras del sótano situadas en uno de los laterales del local. Simón lo siguió en silencio. Sin embargo, a media escalera se detuvo en seco. Las sombras danzantes que proyectaba la lamparita de aceite en la oscuridad de la caverna, y los olores enmohecidos de la madre del vino, le recordaron las tumbas de los cementerios, tumbas igualitas a aquella en la que se encontraba enterrado Miguel.

—Yo ahí no bajo —advirtió Simón desde su posición elevada.

Isidoro no detuvo su marcha.

—Vamos, hombre, no me digas que te vas a acojonar por un agujero en el suelo. Baja inmediatamente con esa garrafa.

El cojo metió la pata mala en un hoyo olvidado y profirió algún que otro insulto relativo al diablo antes de colgar el candil en el gancho del techo. Simón terminó de bajar el resto de los peldaños y se colocó medio borracho y

acobardado bajo la luz de la lámpara. Oteando los rincones de reojo, observó a Isidoro acercarse al último de los barriles para quitar el corcho y colocar el embudo de metal.

—Arrímate aquí, y vierte el contenido en el embudo.

Simón, intimidado por la bodega, comenzó a echar el agua en el barril sin tan siquiera pensar en lo que hacía. Sin embargo, cuando reparó en la maniobra, se mojó el dedo y lo chupó como si se tratase del pezón de una mujer. Inmediatamente lo entendió todo. Al pícaro tabernero nunca se le acabaría el vino porque iba rellenando el barril con agua. Así acostumbraba a la gente poco a poco al mejunje y no notaban la diferencia. No dijo nada.

Cuando la damajuana estuvo vacía, siguiendo las órdenes del tabernero, la puso bajo el barril y volvió a llenarla abriendo el corcho inferior.

—Ahora ya sabes mi secreto —dijo el tabernero—. Si yo cuento algo de eso que dices que no puedes contar, serás libre para airear lo que has visto hoy. Sabes que esa sería mi ruina.

Simón comprendió que lo que dijese no saldría de aquella caverna apestosa, pero ni tan siquiera así se atrevió a hablar.

—Es posible que solo sean desvaríos de mi imaginación, desde que ocurrieron los asesinatos no dejo de ver fantasmas por todos lados —explicó Simón. Luego, indeciso, volvió a callar.

El dueño de la taberna se acercó a un pequeño barril colocado al fondo de la bodega, en un entrante al que no llegaba la luz. Volvió con dos vasos llenos hasta el borde, tan llenos que las irregularidades del suelo se aliaron con la pata de palo y consiguieron derramar gran parte del contenido entre los dedos de Isidoro.

—Bébetelo, te ayudará a hablar.

Simón se lo bebió con sorbos cortos, paladeando con amargura el buen vino y meditando su complicada situación. Cuando terminó, devolvió el vaso vacío y sacó el papel doblado del bolsillo superior de su camisa. Lo abrió con lentitud y se lo dio al tabernero.

Isidoro lo observó minuciosamente sin entender.

—¿Qué coño es esto? ¿Esta es tu prueba?

—Algo me dice que sí, que esa es la prueba definitiva, pero no sé exactamente lo que demuestra. Tan solo tengo una corazonada.

El tabernero volvió a doblar el papel y se lo devolvió decepcionado. Se apoyó sobre uno de los barriles vacíos, frente a aquel hombre desesperado, y pensó. En el fondo de su cabeza daba vueltas algo que no era capaz de atrapar. Se esforzó un buen rato dando cortos sorbos a su vaso, hasta que, recordando la confianza del sargento, por fin lo atrapó.

—Simón, debes bajar inmediatamente al cuartel —dijo el tabernero con urgencia—. Habla con ellos. No tienes ni un minuto que perder. No te preocupes por esto, yo subiré el vino a la taberna.

Cuando Simón llegó a las dependencias de la Guardia Civil, el sol comenzaba a perderse entre las copas de los árboles. Pronto comenzaría a anochecer.

—Buenas tardes, cabo —saludo nervioso—. ¿Está el teniente aquí? Necesito hablar con él.

—Sí, está en su despacho, con el sargento. ¿Quién pregunta por él?

—Simón.

El cabo se fue a avisar a su superior y volvió al momento.

—Acompáñeme, por favor, le están esperando.

Simón entró en la pequeña oficina. Ambos agentes lo saludaron con amabilidad y lo invitaron a sentarse.

—Me dicen que quería vernos —dijo el teniente, receloso—. ¿Tiene algo importante que contarnos?

El recién llegado apartó el sillón de la mesa y se acomodó, aunque no tuvo tiempo de responder. El contraste entre el frío del exterior y el ambiente viciado y caliente del interior de la oficina no terminó de entenderse con las cuatro largas horas que había pasado en la taberna de Isidoro. Simón volvió a levantarse y salió por la puerta del cuartel como alma que se lleva el diablo. Buscó la parte trasera de la tapia y vomitó un par de litros de líquido amarillo. Con la cara pálida y dos grandes ojeras, volvió a entrar en el despacho. Los dos guardias lo esperaban en la misma postura en que los encontró la primera vez.

—¿Está usted bien? —preguntó el sargento.

—Disculpen el incidente, hoy llevo un mal día.

—Pues usted nos dirá —dijo secamente el teniente sin dejar de garabatear

algo en un papel—, hoy tenemos varios asuntos que atender. Espero que no nos haga perder el tiempo con chorradas.

Simón dudó nuevamente de lo que estaba haciendo, si se equivocaba no se lo perdonaría nunca.

—Adelante, Simón —le incitó el sargento.

Se decidió.

—¿Ustedes saben que Miguel se acostaba con Raquel?

El teniente soltó el lápiz y guardó los papeles en el cajón. Luego lo observó con mucho más interés del inicial.

—¿Con Raquel? —se sorprendió el sargento—. Eso es imposible.

Aunque el teniente conocía de sobra la respuesta, prefirió concretar la información para evitar malos entendidos.

—¿Sería usted tan amable de aclararnos a qué Raquel se refiere?

—Me refiero a la mujer de Román, el amigo de Miguel y mío —dijo Simón.

—Ya sé quién es Román —respondió el teniente.

Cuando Simón entró por segunda vez en el despacho, tras su descarga digestiva, el teniente aspiró el tufillo a borracho y pensó que sacarían muy poco de su declaración. Sin embargo, la sorprendente afirmación del hombre lo dejó descolocado. Aquello abría nuevas vías de investigación y era una pista difícil de despreciar. Ellos habían interrogado a Raquel y habían descubierto que no era una mujer débil como podían dar a entender sus rasgos delicados, y mucho más estudiada de lo que solía ser habitual en la gente del pueblo. En aquel momento, comprendió que no les contó toda la verdad. Les habló del romance de Miguel con la boticaria, pero el suyo lo supo callar.

—¿Y por qué nos lo cuenta a estas alturas de la investigación? Si no recuerdo mal, estuvimos hablando en la taberna a los pocos días del asesinato de Miguel. Si conocía ese hecho, ¿por qué no vino de inmediato a contárnoslo?

—Por entonces no lo sabía. Me enteré ayer por casualidad.

—Prosiga —ordenó el teniente.

—Me lo confesó el propio Román, anoche, mientras trabajábamos juntos. Me dijo que su mujer lo engañaba, que la sorprendió con alguien en su casa.

—¿Y le dijo que ese hombre era Miguel?

—No, eso no me lo dijo. Le pregunté, pero no me quiso responder.

—Simón —dijo el sargento con delicadeza—, en ese caso, ¿cómo sabe que era Miguel el hombre al que sorprendió Román?

—En realidad no lo sé... Tan solo creo que era él.

—Mire usted —repuso el teniente, levantándose de su sillón para despedirlo—, si no tiene nada más para nosotros, le agradeceríamos que nos dejara trabajar. Eso tan solo son conjeturas sin fundamento. Tenemos mucho papeleo retrasado.

—Tengo algo más —confesó Román, nervioso y sin intención de levantarse de su asiento—. Aunque tampoco comprendo muy bien lo que significa.

El teniente se impacientó. Aquel hombre apestaba a alcohol, no era más que otro borracho diciendo sandeces.

—Sargento —dijo el oficial—, ¿será tan amable de acompañar a este... *señor* hasta la puerta del cuartel?

El sargento, por una vez, no obedeció a su jefe. Le ofreció un vaso de agua y esperó a que el hombre se calmara.

—No tenga prisa, Simón —le dijo—. Cuéntenos todo lo que nos quiera contar. Si cree que es importante, no se vaya sin informarnos.

El teniente lo fulminó con la mirada, pero no quiso reprenderlo delante de aquel borracho. Decidió esperar hasta que estuvieran solos.

Simón bebió parte del contenido del vaso y sacó la cuartilla doblada de su bolsillo. Alargó la mano y dudó de a quién se la debía entregar. Terminó por dársela al teniente. El sargento asintió imperceptiblemente.

El teniente, sin dejar de mirar a los ojos del borracho, abrió la nota sosteniéndola con asco entre sus manos. Tras un primer examen escéptico, escrutó de nuevo al individuo, aunque, rápidamente volvió al papel, esta vez con mucho más interés. Lo extendió en la mesa y lo observó. La parte superior estaba plagada de garabatos indecisos y malogrados, muy espesos y juntos, como si el autor supiese que se le acabaría el papel antes de conseguirlo. Conforme el oficial descendió con la mirada, fue descubriendo la evolución del concienzudo trabajo. En la parte inferior, prácticamente todas las firmas eran iguales, y allí, entre dos de ellas, habían recortado un trozo no muy grande del papel. El teniente, sin abrir la boca, dirigió sus ojos hacia el

suboficial y le mantuvo la mirada.

El sargento comprendió a la perfección a su superior y se dirigió a la taquilla. Sacó el tubo de cristal y extrajo el papelillo enrollado. Lo puso sobre la mesa y lo extendió con cuidado. A continuación, lo tomó delicadamente entre los dedos y lo presentó sobre el recorte de la cuartilla.

—¡Carajo! —dijo el teniente.

Simón levantó la cabeza asustado y leyó el texto escrito en el trozo de papel: «Por bocazas y por ladrón». Después contempló la firma de la esquina inferior. Aquella firma era exactamente igual a las firmas que habían sido ensayadas en los alrededores del recorte. También él quedó impresionado.

—¿Dónde ha encontrado este papel? —interrogó el teniente.

—En la casucha de Celestino.

—¿Y qué hacía allí? ¿Cómo lo encontró?

—Como saben, Miguel, Román y yo trabajábamos juntos. Cuando Román me contó el desliz de su mujer, intuí que había sido con Miguel. Le estuve dando vueltas toda la noche. Por algún motivo recordé que había visto un papel extraño que llamó mi atención al principio, pero que después olvidé por completo. A la mañana siguiente volví a buscarlo. Estaba en una caja con otros papeles de Román, junto a los apuntes del negocio.

El sargento se volvió a sentar. Todo encajaba. Román había matado a Miguel por despecho. Le había sacado los ojos y la lengua para incriminar a Pascual. Y había escrito la nota firmada por el mismo motivo. Y también debió pensar que capándolo demostraba que era un crimen pasional. Román debió creer que las infidelidades continuas de Miguel con Maite eran mucho más conocidas que un desliz de su propia mujer, un desliz que estaba seguro que solo él conocía. Además, su dignidad, de paso, quedaba vengada.

—¿Puedo irme ya? —preguntó Simón al ver que ninguno de los agentes reaccionaba.

El teniente miró al individuo y no vio motivo para negarse a dejarlo marchar. Al contrario, al comprobar el color de su cara supo que sería lo mejor.

—Por supuesto —respondió el teniente—. Ha prestado un gran servicio a esta comunidad. Pero no quiero que hable con nadie. En estos casos es muy importante la discreción.

—De acuerdo, teniente.

El sargento lo acompañó hasta la puerta de las dependencias y allí le ofreció ayuda para volver a casa, Simón la rechazó y se alejó caminando. El guardia volvió sobre sus pasos y entró de nuevo en el despacho. El teniente, con los dedos entrecruzados y los codos sobre la mesa, meditaba en silencio.

—Mi teniente —dijo—, resulta que al final no fue Pascual. Estábamos equivocados. Debemos detener inmediatamente a Román. Ha sido él con toda seguridad. Ahora tenemos pruebas contundentes. Lo que nos ha traído Simón no es solo una sospecha, es una prueba definitiva de su culpabilidad.

—Yo también estoy convencido de que fue él. Sin embargo, sigue quedando algún cabo suelto que me gustaría resolver. A veces, los pequeños detalles dan sorpresas inesperadas.

—¿Un cabo suelto, mi teniente?

—Sí. Aún no sabemos dónde lo mataron. Desde luego no pudo ser en la plaza. Ni tampoco sabemos por qué tenía los pies llenos de barro blanco. Recuerda que el sábado, la noche anterior a su muerte, estuvo en el cortijo del manco hasta las tantas. ¿Recuerda al manco, sargento?

El sargento, resentido por el sarcasmo del teniente, no contestó a la pregunta. Frunció el entrecejo y se reclinó en el sillón masajeando su mano con disimulo. Su jefe continuó hablando.

—Si te fijaste en el terreno, comprobarías que no era blanco, era marrón, como el de todos estos malditos andurriales. Si lo hubiera matado en las cercanías del cortijo del manco habría tenido barro rojo en los zapatos. Sin embargo, el barro que encontramos era blanco. ¿Cómo explicas eso?

El sargento continuó sin hablar. No le quedó más remedio que dar la razón a su jefe. Aún quedaba algún que otro cabo que atar.

—Pero no se preocupe, sargento —repuso el teniente—, que eso nos lo va a explicar el mismo Román cuando lo tengamos a la sombra. Prepare los caballos cuanto antes. Nos vamos a por él.

6

Con los tricornios y las capas de invierno colocadas, se encaramaron a lomos de los caballos y comprobaron que era noche cerrada. La vieja carretera terrosa que comunicaba el cuartel con el centro del pueblo no disponía de ninguna iluminación y, como el cielo estaba encapotado, en cuanto salieron de los alrededores de las dependencias, se encontraron sumergidos en un oscuro vacío. Los únicos faros que los orientaron en el mar de negrura fueron los raquíticos rayos de luz que escapaban por algunas ventanas y la moribunda farola que, a lo lejos, dominaba la plaza. Aquella vez, el teniente evitó las calles periféricas y decidió atravesar el pueblo por su centro. Cuando el trote inicial había cesado y las monturas paseaban por las calles principales, el sargento comenzó a repasar las pruebas en un tono indefinido que pareció más reflexión propia que conversación con su superior.

—Es muy posible que estemos muy cerca de resolver por completo el misterio de Miguel, las piezas van encajando más rápido de lo que en un principio habíamos pensado. Sin embargo, con el otro asunto andamos tan a ciegas como ahora mismo lo hacen nuestros caballos, ninguna luz nos ilumina. No tenemos ni idea de quién pudo matar a Maite. Si Pascual no asesinó a Miguel, mucho menos creíble es que matara a su propia esposa. Yo antes mataría al cabrón que se acostó con ella, pero no a mi mujer, aunque me hubiese engañado no dejaría de ser mi mujer. Por otro lado, si Román es el asesino de Miguel, ¿por qué motivo querría matar también a la boticaria, y en la misma forma, con las mismas pautas y el mismo tipo de navaja con que mató a Miguel? No creo que Román sea el asesino de Maite. Demasiados crímenes en ocho días para una sola persona.

El teniente, con la capa cerrada hasta el cuello, cabalgando junto al sargento con cara de pocos amigos, lo miraba de vez en cuando sin responder. El suboficial continuó su monólogo.

—¿El padre de Miguel? ¿Para vengarse de Pascual matando a su esposa? No, ahora sabemos que no. Si Pascual no mató a su hijo, él no tenía motivos para vengarse del boticario. Que, por cierto, deberíamos ir pensando en cuándo vamos a soltar al viejo. Va para cinco días de encierro y se nos morirá de frío en la celda. Entonces tendremos otro muerto.

—No se preocupe por él, pronto lo soltaremos —dijo el teniente cuando el sargento ya no esperaba su intervención.

—¿Y qué me dice de Raquel, teniente? Esa mujer tiene mucho más temperamento del que pudiera parecer. Solo tiene que recordar el rapapolvo que nos echó cuando le preguntó usted por las aficiones de Miguel. ¡Y cómo hablaba...! —El sargento esperó la reacción de su jefe, aunque esta no llegó—. O el profundo sentimiento con el que nos contó el romance entre Miguel y Maite. Creo que esa mujer sí que estaba realmente enamorada de Miguel, no como la otra. Para Maite no debió ser más que una distracción de mujer mimada, digo yo. Sí, ella sí que pudo ser la asesina de Maite. Ojo por ojo, diente por diente, igual que le mataron a Miguel. Ella debió pensar que el asesino era el boticario y se vengó con su esposa. ¿Qué me dice, mi teniente? ¿Cree que voy por buen camino?

El teniente no contestó.

—¿O tan solo lo hizo por celos? —siguió especulando el sargento—, ¿por odio hacia la mujer que le robó el amor de su corazón? ¿Qué me dice, teniente? ¿Podría ser Raquel la segunda asesina?

Pero el teniente siguió sin decir nada.

Como estaban entrando en la plaza, el sargento decidió callar y honrar la memoria de los muertos. Habría sido fácil dejarlos en el banco después de matarlos, pensó, nadie los podría descubrir en aquella absoluta oscuridad. La farola lucía en el centro tan solo por costumbre, por no tener fuerzas ni para apagarse. Y la otra, la que habían colocado bajo la bandera del ayuntamiento, no daba para mucho más que para su cometido oficial.

Al dejar atrás el centro de Cardeña, el teniente espoleó a su caballo y reinició un trote que los hizo avanzar con mucha más rapidez. A los pocos

minutos estaban en la casa de Román.

Cuando, por segunda vez en tan solo tres días, el sargento aporreó las tablas agrietadas del portón, Raquel acababa de acostarse agotada. Después de la visita de Jacinta y de las pocas palabras cruzadas con su marido, había pasado la tarde y las últimas horas del día recordando desgracias pasadas y compadeciéndose de sí misma. Lo peor de todo había sido perder a su hijo, un hijo por el que tanto había luchado y por el que tanto había sacrificado. Luego, había perdido a Miguel, a un hombre que sin ella haberlo buscado le devolvió la esperanza. También había perdido a su mejor amiga, estaba segura de que aquella amistad no la podría recuperar. Y muy probablemente había perdido a su marido. Lo había perdido todo. Al igual que en la ocasión precedente, Raquel integró en su propio sueño los golpes comedidos del sargento en la puerta de la casa y voló con ellos hasta el tablao flamenco en el que Román la conquistó. Soñó con los días de feria de su juventud, poco después de la guerra. El pueblo intentaba borrar los excesos de la contienda y el nuevo alcalde quiso animar la fiesta con un grupo de gitanos que bailaron y cantaron durante dos largos días con sus noches incluidas. El vino y el rítmico taconeo ayudaron a Román a seducirla poco a poco, y terminó por entregar su cuerpo inexperto a alguien que casi no conocía. Sin embargo, cuando el teniente bajó del caballo, apartó al sargento y aporreó él mismo la puerta con mucha más energía, Raquel entendió que los porrazos desacompañados no podían provenir del tablao flamenco, ni de los entrenados tacones del bailaor. Se despertó entre sudores y bajó corriendo a abrir mientras se abotonaba la bata y se ordenaba el pelo con los dedos.

—Ah... —dijo la mujer, decepcionada cuando vio a los dos guardias civiles en la calle—, creí que era mi marido.

—¿Quiere decir que su marido no está en casa?

—No. Se fue a mediodía sin despedirse y no ha vuelto aún. Si quieren que les diga la verdad, estoy muy preocupada.

—Podría estar con los amigos, tomando alguna que otra copa, ¿no cree usted, señora? —dijo el sargento—. En la taberna de Isidoro, quizá. Lo hemos visto otras veces por allí.

—Si quieren, pueden ir a buscarlo a la taberna, aunque estoy casi segura de que no lo van a encontrar.

—¿Por qué piensa que no ha ido allí? —preguntó el teniente.

—Porque se ha llevado mucho dinero y hace horas que salió. No imagino adónde ha podido ir, pero desde luego a tomar unas copas me parece que no.

—Pues es un contratiempo —dijo el sargento—, venimos a hablar con él.

—¿Por qué lo buscan? —preguntó entonces Raquel.

El teniente decidió que era mucho mejor no revelar el motivo de su visita. Si Román volvía y su mujer lo ponía en antecedentes no lo volverían a ver.

—No se preocupe —dijo, adelantándose al sargento—, ya volveremos. Tan solo queremos contrastar con él algunos asuntos que quedan pendientes. Avísenos cuando venga, ¿de acuerdo?

—Así lo haré. Espero que sea pronto, me tiene preocupada.

—No se preocupe, señora —dijo el sargento—. Ya verá como pronto está de nuevo en casa.

Los agentes se despidieron y se alejaron calle abajo. El sargento fue el primero en decir lo que ambos pensaban.

—Mala pinta, ¿verdad, mi teniente?

—Muy mala. A este no le volvemos a ver el pelo. Pondré a un agente a vigilar la casa por si acaso. Si vuelve, lo atraparemos.

—Su mujer está preocupada. ¿No cree que debimos informarla?

—Desde luego que no. Si Román regresa y ella está en antecedentes, se nos volverá a escapar. Ya tendrá tiempo de saber la verdad.

CUARTA PARTE

1

Los dos hombres coronaron el camino que subía hasta el primer mirador de la sierra con los primeros claros del día. Aquella noche, ninguno de ellos había conseguido dormir más de tres o cuatro horas, y decidieron hacer un alto para descansar antes de proseguir la excursión.

El día anterior, cuando terminaron de hablar con la mujer de Román y descubrieron que el sospechoso no se encontraba en la casa, los relojes rondaban las doce de la noche. Y eso no fue todo. Al regresar al cuartel, el soldado de guardia les entregó una carta. «La han dejado en la puerta de entrada sin avisar —les dijo en cuanto llegaron—. En una de las rondas la descubrí en el suelo, pero no divisé a nadie por los alrededores. El que la dejó no quiso que lo reconociera». Los guardias la examinaron y comprobaron que se trataba de un sobre cerrado y sin señas de ningún tipo. El teniente lo abrió y leyó el contenido de la nota: «Villa del Grajo». Luego, desilusionado, le dio varias vueltas más al papel, pero no consiguió descubrir ninguna otra información oculta. «Qué porquería de mensaje es este —exclamó irritado—, si quieren ayudarnos que nos digan las cosas a la cara. No estamos de humor para adivinanzas ni gilipolleces con papelitos». El sargento, con los huesos molidos del largo día, le tomó el papel de las manos con suavidad y también lo leyó. «Mi teniente —dijo—, Villa del Grajo es el nombre que le dan a la casa que la familia de Maite tiene en la sierra. Si me permite mi opinión, creo que quieren que vayamos allí». Momentos después, cuando su jefe le informó de que saldrían al amanecer, al sargento se le vino el mundo encima. «Pero hombre —le dijo sin disciplina—, necesitamos dormir un buen rato, yo estoy que me caigo. ¿Qué le parece si nos acercamos después del almuerzo?»

Además, esa casa está cerrada casi siempre, solo va alguien de vez en cuando a cuidar el jardín». El sargento comprobó al instante que su queja había producido el efecto contrario al deseado. «Pues entonces debes subir ahora mismo hasta la taberna de Isidoro —le ordenó—, seguro que allí encuentras a algún parroquiano que te informe de los días en que le toca ir al guardés». Cabizbajo y abatido, el sargento recorrió varias calles y entró en un local atestado de clientes ruidosos y borrachos que lo saludaron sin interés. Y, como no podía ser de otra manera, le dijeron lo que no quería escuchar: «Los martes y los viernes —le informó alguno que conocía la propiedad—. Ha tenido suerte, mañana antes de que cante el gallo tendrá las puertas de la finca abiertas».

Ambos agentes bajaron de los caballos y se acercaron al parapeto del mirador. A su espalda, la ladera de la montaña estaba plagada de pinos jóvenes, plantados como reforestación tras uno de los incendios provocados por la guerra. Muy abajo, frente a ellos, el pueblo se imaginaba entre la bruma de la mañana. Su único elemento claramente reconocible era la torre de la iglesia, que sobresalía altiva entre vapores. El sargento, soñoliento y con el rostro acartonado por el frío, volvió a imaginarse a los dos muertos sentados en el banco, congelados bajo la niebla. Incluso pensó que ambos seguían allí, sin prisa por marchar, esperándose el uno al otro por última vez.

La voz destemplada del teniente lo sobresaltó.

—¿Qué camino debemos tomar ahora? —preguntó apoyando sus manos en el quitamiedos de piedra y mirando distraído hacia un pueblo que siempre le había resultado desconocido y hostil.

—Creo que es ese, el de la izquierda.

—Pues vayámonos ya, se nos hará tarde.

Subieron nuevamente a las monturas y se internaron en la ladera de la sierra. Dejaron atrás los pinos y recorrieron varios llanos poblados por encinas y alcornoques. Las lluvias recientes habían transformado la zona en un manto verde plagado de ajo lirios blancos y violetas tempraneras. El sargento, más silvestre que su jefe, detectó al instante los aromas del hinojo y la hierbabuena que esparcían sus esencias bajo las pisadas de los caballos.

—Estos parajes tienen su encanto, ¿verdad, mi teniente?

—Si usted lo dice... Para mí no son más que matojos inservibles que

entorpecen los caminos todos los años.

—Está equivocado, mi teniente. Basta buscar a tu alrededor para comprender la grandeza de la naturaleza. Tan solo es necesario mirar con los ojos adecuados. Si supiese hacerlo, encontraría placeres inesperados en cualquier rincón.

—Déjese de mariconadas.

—¿No ha notado la diferencia entre este paisaje y el que acabamos de pasar? El fuego consumió cientos de especies y el gobierno se ha limitado a plantar filas interminables de pinos que no dejan crecer las variedades locales.

—Si está intentando llevarme a una conversación que ponga en duda las decisiones de la administración, le recomiendo que cambie de tema —advirtió el teniente. El sargento, convencido de la falta de sensibilidad de su jefe, decidió seguir sus recomendaciones y callar.

A poco más de un kilómetro, cuando el campanario de la iglesia se había perdido de vista, divisaron la casa oculta tras una espesa alameda que la rodeaba por sus cuatro costados.

—¿Es aquella?

—Creo que sí, mi teniente. Yo nunca la he visitado, tan solo la he visto desde el camino o desde arriba, desde el mirador de la peña.

—Espero que no le informaran mal anoche. Si la casa está cerrada perderemos el tiempo. Además, no quiero que Pascual se entere de nuestra visita antes de haberla consumado. No creo que le haga mucha gracia que andemos husmeando por la finca de su mujer sin advertirle de ello.

—No se preocupe. En la taberna había varios que conocían las costumbres del guardés. Aunque le debo decir que a las horas que me envió a hacer el recado había más de uno que no se sostenía en pie —dijo a modo de queja.

El otro hizo oídos sordos al comentario.

Los últimos cien metros del camino estaban flanqueados por frondosos olivos centenarios que a aquellas intempestivas horas lo bañaban en tinieblas. Los recorrieron en silencio y se detuvieron al llegar a la cancela. Estaba abierta. Aquello les pareció buena señal. La cruzaron y avanzaron paralelos a un estanque rectangular perfectamente camuflado entre la hojarasca. Tan solo intuyeron su presencia gracias a la huida precipitada de varias ranas que

permanecían escondidas en las profundas huellas dejadas por los caballos en el borde del camino. Los animalillos, medio congelados, saltaron perezosos hasta zambullirse en la alberca, advirtiendo a los guardias con sus chapoteos del peligro cercano.

La esperanza inicial se transformó en decepción en el momento en que localizaron la entrada principal de la vivienda y comprobaron que dos grandes hojas de madera labrada la cerraban a cal y canto.

—Esto me huele mal. ¿Está seguro de que le indicaron los días correctos? ¿Cuántos vasos de vino le costó sacárselo a su informador?

—Fíese de mí, teniente. El encargado estará atareado con alguna faena de la finca. Me dijeron que es madrugador. Esperémoslo aquí, pronto aparecerá.

Pero el guardés se tomó su tiempo. Cuando escucharon los pasos detrás de la casa, llevaban una hora larga sentados en uno de los bancos adosados a la fachada principal, dormitando bajo los primeros rayos de sol. Al doblar la esquina del caserón, el hombre se sobresaltó por su presencia y se quedó plantado frente a ellos. Los guardias lo observaron un momento: boina negra, chaqueta gris y chaleco, pantalón de pana marrón, botas de caza, larguísima escopeta de un solo cañón colgada del hombro, dos perdices ensartadas al gancho de su cinturón y cesta de setas en la mano.

—A la paz de Dios —dijo el guardés cuando se repuso de la sorpresa.

—Buenos días, caballero —contestó el oficial—. ¿Su nombre?

—Sebastián, para servirles. ¿Qué se les ofrece por aquí?

—Nada especial —dijo el sargento, más afable—. Estábamos dando una ronda por las afueras del pueblo y al encontrar la verja abierta nos hemos decidido a entrar.

—La Guardia Civil siempre es bienvenida en esta casa. Pero supongo que sabrán que los dueños tan solo la habitan algunos días de verano, ahora no hay nadie que los pueda atender.

—Sí, algo nos han dicho —dijo el teniente sin concretar—. Díganos, ¿nunca está habitada la casa durante el invierno?

—No señor, solo en verano. Aquí arriba se está más fresco que en el pueblo, y en esa época suben huyendo del calor.

—Entonces ¿no viene nadie a visitarla el resto del año?

Sebastián metió el dedo corazón bajo la boina y se rascó la cabeza durante

varios segundos. Aunque él nunca coincidía con la señora, sabía perfectamente que frecuentaba la casa cada pocas semanas. ¿Sería indiscreto decir la verdad? El encargado intuía que sí. Sin embargo, no quiso ocultar la realidad a la Guardia Civil, nunca se debía mentir a la autoridad.

—Ya no —dijo afectado—. Ella era una buena mujer. Me trataba muy bien, y era muy educada. Desde que la..., bueno, desde que murió, no ha venido nadie por la finca.

—¿Quiere decir que tan solo la usaba Maite?

—Sí, eso es lo que digo.

—Y díganos, ¿Maite venía sola?

—Eso yo no lo sé. Los días que yo acudía, ella no estaba. Pero sé que llegaba en su coche, la debía traer el chofer. Miren —dijo señalando las rodadas—, allí aparcaban. Aún se ven las marcas de los neumáticos hincados en el barro. Algún día deberían mandar empedrar ese lodazal.

El teniente buscó con los ojos la zona que el guardés señalaba y se acercó, se agachó y agarró un trozo de la pasta blanca entre los dedos. Luego, miró al sargento. Este asintió sin hablar, sacó del bolsillo un pequeño frasco y se agachó junto al teniente para recoger la muestra de barro.

—Venía por la mañana con su chofer... —comenzó a conjeturar el teniente, buscando la confirmación—, se daba un paseo por la naturaleza y se volvía a ir al pueblo por la tarde.

—Eso yo no lo sé..., señor —puntualizó el guardés algo más rápido de lo que en realidad lo quiso hacer—. Yo no estaba aquí, le gustaba la soledad.

El sargento, viendo que el hombre se sentía atrapado en una conversación incómoda, intentó adoptar el papel de guardia bueno.

—¿Eso que lleva en la cesta son rebozuelos?

El guardés miró el canasto de mimbre que colgaba de su mano y observó las setas, rizadas y amarillas, que se amontonaban en su interior. El hombre sonrió orgulloso.

—¡Ah!, esto. Sí, no hay muchas a estas alturas del año. Aunque, yo sé por dónde encontrarlas, llevo toda la vida en la finca.

—Mi mujer me las prepara en revuelto —explicó el sargento—. ¡Un plato de rebozuelos con huevos es un manjar digno de los mejores paladares!

—Son suyas —Sebastián alargó el brazo y le ofreció la cesta al agente—.

Pero eso sí, cuando quiera más deberá volver con la cesta.

—¡Mil gracias! —dijo, tocándose su prominente barriga—. Mi mujer se volverá loca con ellas. Le encantan las setas.

El teniente, sorprendido por la artimaña, continuó callado.

—Y dígame, Sebastián —siguió diciendo el sargento—, ¿podría usted enseñarnos el dormitorio de Maite?

—¡Eso no lo puedo hacer! —explicó sobresaltado el encargado—. Deberían ustedes pedir permiso a los padres de la señora, ellos son los dueños.

—Vamos..., Sebastián, échenos una mano, hombre —rogó el sargento—. Nadie se enterará. Tan solo queremos esclarecer el asesinato de Maite. Ella se lo merecía, sabemos tan bien como usted que era una buena mujer.

Sebastián volvió a buscarse el inexistente grano que tanto le picaba bajo la gorra y se rascó con saña. Luego se acarició la zona durante unos segundos. Sin decir nada, sacó un manajo de llaves del bolsillo, abrió uno de los portones y se perdió en el interior de la vivienda para soltar la escopeta. Cuando volvió a salir no llevaba nada en las manos.

—Sígueme —les dijo.

Los dos guardias, varios pasos por detrás de Sebastián, entraron en el caserón, ascendieron la escalera y recorrieron en tinieblas parte del pasillo que comunicaba las habitaciones del piso superior.

—Este es el dormitorio de Maite —dijo el hombre al llegar—, nunca he entrado en él. Tan solo le llevaba la ropa sucia a mi mujer cuando la señora la dejaba en la puerta. Miren lo que quieran y déjenlo todo tal como está; los esperaré abajo, tengo trabajo que hacer en el jardín.

Cuando los agentes entraron intuyeron una amplia habitación dominada por una cama central. Los amplios ventanales, situados a los lados, permanecían cerrados, envolviendo los contornos en una penumbra densa, traspasada tan solo por algún raquíptico rayo de luz que conseguía filtrarse entre el perfecto ajuste de los postigos.

El sargento, palpando con torpeza con las manos al frente, se acercó a uno de ellos y abrió las portezuelas de par en par, el delicado tul de los visillos ondeó al viento y se enredó entre los sillones del tresillo isabelino instalado de ese lado. La penumbra desapareció. A continuación, se dirigió al otro

lateral de la cama, en el que Maite había instalado un generoso armario y un amplio tocador, y procedió de igual forma. La luz inundó hasta el último rincón del lujoso cuarto y los detalles de la estancia despertaron a la soleada mañana invernal.

—¡Vaya nidito de amor que tenía aquí montado la mujer del boticario! — dijo el sargento con picardía.

El teniente se acercó a la cama y comprobó que había sido hecha sin cuidado. La almohada sin mullir, las sábanas arrugadas y la colcha colocada con falta de simetría pusieron de manifiesto que el cuarto había sido adecentado a la carrera. El oficial tiró de la ropa hacia abajo y la volvió a deshacer mientras escudriñaba pliegues, fruncidos y dobladillos. A pesar de su meticulosidad, se tuvo que dar por vencido sin hallar otra cosa que sudores viejos y algún que otro pelo largo y moreno, probablemente de Maite.

—Mire lo que he encontrado, mi teniente —gritó el sargento, arrodillado entre el sofá y la mesita de madera maciza.

Su jefe se acercó y estudió la extensa mancha que oscurecía una parte de la alfombra sobre la que se apoyaban tanto el tresillo como la propia mesa. Como la sombra era imprecisa, sacó un pañuelo blanco del bolsillo y lo humedeció en la boca. Luego, lo restregó por ella repetidamente y observó el resultado. El color que descubrió no dejó dudas sobre su origen.

—Me parece que se trata de una mancha de sangre. Aunque está muy diluida. Da la impresión de que han intentado borrarla.

—¿Y qué me puede decir de esto otro? —observó de nuevo el suboficial, arrastrándose un par de metros y recogiendo algo del suelo. Su jefe lo tomó entre los dedos y lo puso al trasluz. Se trataba de un fino cristal ovalado de poco más de dos centímetros de diámetro, muy pulido y transparente.

—No tengo ni la más mínima idea de lo que puede ser —confesó el teniente.

Ambos prosiguieron una infructuosa búsqueda a cuatro patas hasta que, minutos más tarde, se incorporaron desanimados y revisaron el resto de la habitación. Cuando el teniente abrió el armario, el sargento se quedó impresionado con la colección de encajes y exóticas prendas íntimas colgadas de las perchas.

—¡Que me lleven los diablos! ¿Dónde compraría tantas maravillas? —

dijo admirado—. ¿Qué le parecería si le llevase alguna cosita de estas a mi mujer? ¿Quién se iba a enterar?

Su jefe no contestó. Se limitó a mirarlo con desprecio y a cerrar las puertas con un fuerte golpe.

Después de una hora de búsqueda, convencidos de que no encontrarían nada más, los agentes decidieron volver a cerrar las ventanas y dejar el dormitorio tal como lo habían encontrado al llegar. Cuando bajaron a buscar al guarda, el hombre los esperaba sentado en uno de los poyetes. El sargento recuperó la cesta de rebozuelos y se acercó hasta él.

—Sebastián, es preferible que no hable con nadie de nuestra visita —le advirtió.

—Cuenten con ello, agentes, nadie lo sabrá.

Cuando el sol había recorrido la mitad del cielo, la pareja subió a los caballos y se alejó bajo los árboles del camino. Justo antes de perder de vista la casa, el guardés los llamó a voces y corrió hacia ellos.

—Sargento —dijo al llegar junto a los caballos—, ¿tiene usted hijos?

—No —contestó el agente, extrañado—, aún no. Aunque quisiéramos tenerlos. ¿Por qué lo pregunta?

—Bueno, como veo que es usted agradecido, le iba a ofrecer una bicicleta.

—¿Una bicicleta? —preguntó el sargento, estupefacto.

—Sí —respondió el guardés—, la encontré en el barranco, donde se crían los rebozuelos. Alguien la tiró entre las zarzas. Está como nueva. Yo no tengo hijos, y no sé qué hacer con ella.

2

Una hora más tarde, al llegar al cuartel, comprobaron que Raquel los esperaba sentada en una banqueta colocada a la entrada de la oficina. Tenía la cara demacrada y ambos constataron que había vuelto a pasar otra noche sin dormir.

—¡Tienen que encontrar a mi marido! —les rogó desesperada cuando estaban acomodados en el despacho—. Algo le ha debido de ocurrir. Ya les dije anoche que se fue con mucho dinero. A estas horas aún no ha vuelto por casa. He venido a denunciar su desaparición.

Los agentes se miraron sin responder. El sargento recordó que la mujer no estaba al tanto de las sospechas que recaían sobre su marido, sabía que sin esa información no sería capaz de entender la situación. A pesar de todo, no se atrevió a hablar, esperó a que su jefe lo hiciera primero.

—Señora, ¿por qué nos ocultó su relación con Miguel? —preguntó el oficial sin entrar en la cuestión que preocupaba a la pobre mujer.

Raquel enrojeció. No era posible que los guardias supiesen que se había acostado con Miguel. Nadie lo sabía, excepto Jacinta, a la que se lo había contado el día anterior. Y estaba segura de que no había sido ella la responsable de que los agentes lo supieran. ¿Pudo ser Román? A aquellas alturas sabía que su marido también era conocedor del desafortunado desliz. No comprendía cómo se había enterado; sin embargo, así era. En cualquier caso, Raquel creía estar segura de que su marido tampoco había sido el informador.

—No me lo preguntaron —confesó al sentirse acorralada.

—¿Y no creyó usted que era una información relevante para nuestra

investigación?

—No —mintió.

—Pues yo le diré que esa información supone un móvil para el asesinato de Miguel. Usted pudo matarlo por celos, despechada al pillarlos en la botica aquella tarde.

El sargento no entendía a dónde quería ir a parar su jefe con aquella acusación. Tenían pruebas definitivas de que Román era el asesino de Miguel y el único motivo por el que no estaba en la cárcel era porque se había escabullido antes de que fuesen a detenerlo. Hubiera entendido que la acusara del crimen de Maite, pero no del de Miguel, aquel crimen ya estaba resuelto.

—Yo no he matado a nadie —gritó Raquel—. No soy una asesina, tan solo quiero que busquen a mi marido. Para eso he venido hasta el cuartel, no para que se metan en mi vida privada.

—Raquel —el teniente suavizó el tono y se acercó a ella—, debe colaborar. Será la única manera de que esclarezcamos el asunto y encontremos a su marido. Podría estar en peligro, cuanto antes demos con él, antes volverá a casa.

—De acuerdo —respondió con lágrimas en los ojos cuando se hubo calmado—. ¿Qué quieren saber? Colaboraré con ustedes en todo lo que pueda.

—Díganos, ¿dónde pasó la noche su marido el sábado anterior a la muerte de Miguel? ¿Estuvo con usted en casa?

—No, se fue a trabajar.

—¿Por la noche?

—Claro, ya sabe que es tratante. Ese trabajo no tiene horarios. Me dijo que se iba con Miguel y con Simón a algún negocio.

—¿A qué hora volvió?

La mujer hizo memoria. Recordaba que había salido sin el burro, le dijo que aquella noche no lo necesitaba. Sin embargo, luego volvió.

—Sería la una o las dos de la madrugada, pero no se quedó conmigo, tan solo volvió por el burro —dijo pensativa—. En un principio debió creer que no le haría falta, pero al parecer cambio de opinión. Lo guarda en una cuadra, en el corralón que tenemos junto a la casa. Lo escuché abrir y cerrar desde la ventana del dormitorio, desde allí se oye todo. El carro no se lo llevó, tan solo se llevó al animal.

—¿Y después? ¿Cuándo volvió después?

—No estoy segura... Aunque hacía rato que había escuchado las cinco en las campanas de la iglesia. ¿Por qué me preguntan todo esto?

—¿Podríamos hacerle una visita mañana para que nos enseñe el carro y el burro de su marido? —preguntó el sargento con amabilidad.

—Claro que sí, pueden ir cuando quieran, pero no creo que encuentren nada de su interés en el corral.

—Raquel, ¿desde cuándo conocía su marido su relación con Miguel? —preguntó el teniente, volviendo a su infidelidad.

—¿Cómo se han enterado ustedes de que mi marido lo sabía?

—Eso no tiene importancia. Conteste a la pregunta.

—No lo sé, me enteré ayer mismo, me lo hizo saber antes de irse de casa. La única forma que tenía de saberlo es que lo sospechara el día que me vio a solas con él. Llegó a casa cuando Miguel estaba a punto de salir, debió comprenderlo en aquel mismo momento. A pesar de ello, nunca sacó el tema a colación.

Ambos guardias quedaron expectantes, en espera de que continuara hablando. Sin embargo, la mente de Raquel retornó al asunto que la acuciaba.

—¿Me responderán ahora? ¿Dónde está Román? ¿Por qué me preguntan todo esto sobre mi marido? Me están asustando.

El sargento, afectado por la desesperación de la mujer, se adelantó sin caer en la cuenta de que se estaba interponiendo en la estrategia de su jefe.

—Raquel, tenemos pruebas de que su marido pudo ser el asesino de Miguel, y estamos casi seguros de que no le veremos el pelo nunca más por el pueblo. Tan solo nos quedan unos cuantos cabos por atar.

Al decir aquello, recordó que era una de las frases típicas de su superior, y comprendió que debía callar de inmediato.

El teniente lo fulminó con la mirada. Luego, observó a la mujer largo rato mientras ella tiritaba y sollozaba sin entender. No creía poder sacarle nada más. La pregunta que se hacía era si debía encarcelarla junto a Celestino o dejarla marchar. El viejo podría haber matado a Maite por venganza, pero ella era una firme candidata a un crimen por celos. A pesar de ello, no lo acababa de ver. Celestino habría sido capaz de asesinarla y después transportarla a la plaza. Ni Miguel ni Maite habían muerto en el lugar en que los encontraron.

Pero ¿y ella? ¿Podría ella matar a Maite y llevarla muerta hasta la plaza? No, estaba seguro de que no. En todo caso, al observar el vulnerable estado de la mujer, quiso insistir sin compasión para ver qué sacaba.

—Raquel, la vamos a detener. Esta noche dormirá en los calabozos.

Raquel palideció. El teniente siguió apretando.

—Sabemos que Miguel no pudo asesinar a Maite, por la sencilla razón de que ya estaba bajo tierra cuando ella murió. Estamos casi seguros de que tampoco la mató su marido Pascual. El viejo pudo ser, para vengar la muerte de su hijo, por eso lo tenemos preso en uno de los calabozos de estas dependencias, pero hay muchas lagunas y cada vez vemos menos clara su culpabilidad. Y fíjese por dónde, tan solo queda usted, que nos ha ocultado información, que estaba enamorada de Miguel, que sorprendió a Maite en la alcoba junto a él, que, como nos dijo en su casa, creyó que Pascual era el asesino. Dígame, no son motivos suficientes como para matar a su esposa. ¿Por qué motivo no la debería yo enchironar?

La mujer rompió a llorar a moco tendido. El sargento sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo ofreció. Los gorgoteantes ruidos que produjo al sonar su nariz lo convencieron de que el pañuelo había cumplido su cometido con eficiencia aquella noche, y que necesitaría más de un enjabonado para poder volverse a usar. Al rato, con la nariz despejada, Raquel devolvió el pañuelo al sargento y respondió.

—Porque Maite tenía más líos con otros hombres, no solo con Miguel. Cualquiera de ellos pudo asesinarla.

—Pues tendrá que soltar alguno de esos nombres para que la empecemos a creer —dijo el teniente con dureza.

Raquel miró alternativamente a los agentes. Aunque el regordete le caía algo mejor, el otro definitivamente era un auténtico cabrón.

—Si se lo digo me dejará ir a casa —dijo Raquel, intentando negociar.

—De acuerdo —aceptó el teniente.

—Y no dirá jamás a nadie de dónde sacó la información.

—Así será —volvió a afirmar.

—Deben visitar al alcalde.

El teniente y el sargento quedaron petrificados, con los ojos muy abiertos y sin respirar. No reaccionaron hasta un rato después.

—¿El alcalde era amante de Maite? —se atrevió a preguntar el sargento absolutamente desconcertado.

—Sí. Eran amantes, incluso antes de que apareciese Miguel.

La revelación no gustó al teniente lo más mínimo. La investigación se empezaba a complicar de lo lindo. No solo tenía en su lista de sospechosos a un hombre distinguidísimo, sino que en aquel momento acababa de añadir a un ilustrísimo.

—Se lo he contado tan solo porque usted me lo ha preguntado —se defendió Raquel al comprobar la estupefacción con que ambos recibieron la noticia—, por ningún otro motivo más. A mí ese asunto no me importa.

—De acuerdo —contestó el teniente sin haber digerido la información.

—¿Me puedo ir ya a casa?

—Señora, si lo que nos acaba de contar es mentira, tendrá muchos problemas en este pueblo —advirtió el oficial—. Si no está segura de lo que dice, es mejor que se retracte ahora que está a tiempo de hacerlo.

—No me retracto de nada. Visiten al alcalde —volvió a repetir—. Y recuerde que ha prometido que nunca se enterará de su fuente de información.

El teniente asintió con un ligero movimiento de cabeza y luego se levantó para acompañar a Raquel hasta la puerta del cuartel. Desde allí observó cómo se alejaba caminando y confirmó lo que hacía tiempo que sabía. Raquel era una mujer peligrosa: «Demasiado guapa y sensual para un pueblo tan pequeño, y, además, cosa imperdonable en una mujer, inteligente».

3

El segundo sábado tras la muerte de Miguel, Margarita se entretenía podando las macetas del jardín mientras esperaba a su marido para servir el almuerzo. Desde su infancia había sido una enamorada de las plantas, y aquel fue el primer regalo que su esposo le hizo después de casarse: un exuberante vergel construido en el patio trasero de la casa, plagado de plantas exóticas y variedades locales. A la sombra de las tapias, custodiadas por las imponentes palmeras plantadas en las esquinas, crecían cícadras, helechos mesozoicos, jacintos, hortensias, gladiolos y todo tipo de plantas aromáticas y árboles frutales. Más hacia el centro, ordenados entre pasillos empedrados y caminitos de albero, los naranjos de la china, los granados enanos y los sauces llorones. Bajo uno de ellos, los guardias la miraban impacientes, sentados en el banco de madera.

—¿No debería haber llegado ya, señora? —preguntó el sargento. Su exceso de grasa y los aromas empalagosos del jardín lo estaban asfixiando.

Al otro lado de la fuente, Margarita no terminaba de rematar a su gusto la forma adecuada, y, sin llegar a reparar en lo que hacía, rebajaba cada vez más la altura de la planta, soltando tijeretadas nerviosas como si fuese un experimentado peluquero.

—No se preocupen —respondió—, estará a punto de llegar. El ayuntamiento cierra a las dos, pero a veces se retrasan con algún papeleo. Ya no puede tardar, él nunca me hace esperar.

Convencida de que aquel día no lo conseguiría, guardó las tijeras en el bolsillo del mandil y se sentó en el banco opuesto, con la mirada en los sudores del sargento y sin saber qué decir.

—¿Cómo se conocieron? —preguntó él, intentando rebajar la tirantez.

—Hace mucho tiempo de eso —respondió Margarita con un gesto que revelaba su esfuerzo por recordar—, quizá más de treinta años. Nuestras familias eran conocidas y coincidíamos en cada celebración. Nos hicimos muy amigos. Pasó el tiempo, crecimos y en algún momento él me propuso matrimonio. Yo acepté a la primera. Siento defraudarle si esperaba algo más original.

—Qué va. Nunca sabe uno cómo conocerá a su media naranja. Yo mismo conocí a la mía por casualidad. —El sargento, sin saber muy bien por qué, pensó en los hijos que tanto habían buscado y que aún no tenían, y supuso que Margarita estaba en la misma situación—. ¿No han querido ustedes tener hijos?

El teniente, sentado a su lado, lo miró sorprendido por una pregunta tan poco apropiada. Margarita buscó las tijeras y volvió a su poda aleatoria.

—No hemos podido tenerlos —afirmó con voz neutra, remarcando la indiscreción del guardia civil.

—Buenas tardes, caballeros —saludó el alcalde sin que ninguno hubiese advertido su llegada—. ¿A qué debo esta agradable sorpresa?

Los guardias se levantaron del banco catapultados por la sorpresa. Margarita se acercó a su marido buscando inconscientemente su protección y le informó.

—Menos mal que has llegado, estos señores llevan un buen rato esperando. Al parecer quieren hablar contigo de algunos asuntos importantes.

—Preferiría hablar con ustedes en el ayuntamiento —indicó el alcalde, molesto por la inesperada visita—. Estaré encantado de atenderles en mi despacho, esta misma tarde si se trata de algo tan urgente como parece.

—Es una cuestión de carácter privado que nada tiene que ver con su gestión en el ayuntamiento —se justificó el teniente—, preferiríamos no mezclarlo con los temas municipales. No queremos interferir en su trabajo.

El alcalde reflexionó por unos instantes mostrando impaciencia. Luego, se giró hacia su mujer.

—Margarita, ¿serías tan amable de dejarme en compañía de estos caballeros? Tan solo será un momento, enseguida estaré contigo.

Margarita se limpió las manos en el mandil y se alejó hacia la casa tras

despedirse de los guardias.

—Les ruego que sean breves —repuso el alcalde—, no quiero impacientar a mi esposa. Los horarios son sagrados en esta casa.

La prueba irrefutable que el teniente estaba a punto de airear no era otra que la declaración que una mujer desesperada le había hecho la tarde anterior en el cuartel, una mujer acosada y muerta de miedo sentada frente a él. Aunque habían tenido tiempo de comprobar algo más comprometedor durante la mañana, no sería fácil involucrar al alcalde en un tema tan espinoso como un asesinato. Conociendo de antemano el desenlace, no encontró otra forma de acometer el tema que mediante un ataque directo con su primera baza.

—Alcalde, ¿era usted amante de Maite?

El alcalde permaneció inmóvil junto a los agentes durante un tiempo que al sargento le pareció interminable. La única señal perceptible de que seguía con vida era el ligero tic de su ceja izquierda.

—Mi querido amigo —dijo cuando los dos agentes comenzaron a pensar que ya no respiraba—, si tiene pruebas para acusarme de algún hecho delictivo, le recomiendo que me arreste de inmediato, como agente de la autoridad está obligado a ello. Pero si no es así, les ruego que se marchen de mi casa inmediatamente, mi mujer me espera para el almuerzo y se nos está haciendo tarde. No me gustaría que ninguno de ustedes perdiera su trabajo por un desagradable malentendido.

—Alcalde, comprendemos perfectamente su reacción —respondió el teniente mientras el sargento daba un discreto paso hacia atrás—. Aunque para su tranquilidad le diré que no le tengo demasiado aprecio a este pueblo; lo que haya de ser, será. También le diré que, si prefiere continuar esta conversación en las dependencias de la Guardia Civil, no tendremos ningún inconveniente en escoltarlo hasta ellas. Es más, nos pilla de camino, nosotros también pensamos ir muy pronto a almorzar.

El dueño de la casa miró de soslayo al sargento y le transmitió el poco respeto que sentía por él. La ceja derecha se unió a la izquierda en el tembleque y su boca se contrajo en un gesto de indignación.

—Dígame —concedió entre dientes, volviendo a mirar al oficial e invitándolo a proseguir.

—¿Conocía usted la estrecha relación que Maite, la mujer de su amigo

Pascual, mantenía con Miguel Corbacho?

Un silencio mucho más largo que el anterior.

—No.

—¿Ha estado alguna vez con Maite en la casa que su familia tiene en la sierra? —siguió preguntando el agente.

—No.

El teniente intentó permanecer impassible, pero no pudo reprimir una leve sonrisa de triunfo. Había caído en su trampa.

—¿Está seguro de eso?

El alcalde confirmó su respuesta con otro silencio.

—Tengo entendido que usted tiene un precioso coche negro. Esta mañana nos hemos tomado la libertad de darnos una vuelta por ahí y echarle un vistazo. ¿Suele prestarlo a sus amigos o tan solo lo usa usted?

El alcalde intuyó la trampa cuando ya era tarde para rectificar. Así que no tuvo otro remedio que capear el temporal y esperar para enmendar el error.

—Espero que las preguntas vayan aumentando en interés conforme usted avance en el interrogatorio. Me estoy empezando a aburrir —dijo con sarcasmo antes de contestar—. No, eso coche nunca se lo presto a nadie.

—¿Y qué me respondería si le dijese que hemos encontrado las huellas de su coche marcadas en la entrada de aquella casa? ¿Cómo es entonces posible que nunca haya estado en allí? ¿No será que lo ha olvidado?

El alcalde relajó la expresión. Salir del aprieto iba a ser mucho más fácil de lo que había esperado en un principio.

—Teniente, España se está modernizando. ¿Sabe usted cuántos coches idénticos al mío hay en el país? ¿Y sabe cuántos coches diferentes al mío usan el mismo tipo de neumático? Porque no dudo de que usted es un hombre estudiado que sabe sumar. ¿Verdad, sargento, que su jefe sabe sumar? —preguntó mirando al suboficial.

El sargento sabía la respuesta, pero no contestó.

—Debo reconocer que nunca se me dieron mal los números —explicó el teniente—. Por eso le digo que he estado haciendo cuentas y a mí me sale que en Cardeña tan solo hay otros tres coches, y ninguno de ellos tiene neumáticos similares a los del suyo. ¿Cuántos le han salido a usted, sargento?

Aunque el sargento estuvo a punto de contestar que el resultado de sus

cálculos había sido exactamente el mismo, terminó decidiendo que en aquella ocasión tampoco lo iba a hacer. La conversación no estaba a su nivel.

Margarita abrió una de las ventanas del piso superior y se asomó al jardín camuflada entre un mar de enredaderas. Desde allí, fuera del alcance de los agentes, informó al marido de que el almuerzo estaba servido.

El alcalde sacó el reloj de bolsillo y abrió la tapa de forma ostentosa. Cuando hubo demostrado a los agentes lo impresionado que había quedado por la hora, lo cerró y lo volvió a guardar. El sargento observó los reflejos de oro del primoroso mecanismo mientras esperaba la reacción del alcalde.

—Teniente, si ustedes no tienen nada más de lo que informarme, les ruego que salgan de mi casa. Pronto tendrán noticias de sus superiores.

El oficial hizo balance de la entrevista. Tal como el propio alcalde le había indicado al llegar, sin pruebas concluyentes no tenía nada que hacer. Recogió el tricornio del banco, se lo colocó en la cabeza y dio un taconazo destemplado a modo de saludo. El sargento, al ver que su jefe buscaba la salida sin esperarlo, recuperó el suyo a toda prisa y salió corriendo tras él sin despedirse.

Doscientos metros más allá, en mitad de la calle, consiguió darle alcance.

—Mi teniente —dijo, impaciente—, ¿ha visto eso?

—Sí, no es más que un pendejo cabrón al que nos va a ser difícil atrapar. Pero no se preocupe, antes o después lo cogemos por los *güevos*.

—Mi teniente, creo que no me ha entendido.

—¿Y qué es lo que tengo que entender, coño?

—¿No se ha fijado en la herida que tiene detrás de la ceja izquierda, junto a la patilla? Estoy seguro de que esa herida no puede ser otra cosa que un arañazo, un profundo arañazo de mujer, de los que dicen que no se curan.

El teniente se detuvo en mitad de la calle. Era una calle amplia, la única adoquinada en todo el pueblo, y las ventanas, cuyos prominentes barrotes descendían hasta poco menos de treinta centímetros del suelo, se abrían con disimulo para verlos pasar y a continuación se cerraban. Aunque alguna vecina más atrevida la dejaba entreabierta en un intento de escuchar la conversación.

—Recuerde la uña partida de Maite —siguió diciendo el sargento—, y el trozo de piel y el pelo blanco que encontramos pegados a ella. Le digo que ese trozo de carne era del alcalde.

—¿Está seguro de lo que dice? —preguntó su superior mientras reiniciaba la marcha calle abajo y bajaba la voz para no ser escuchado por los curiosos.

—Tan seguro como se puede estar en estos casos... Aunque algo me dice que no me equivoco esta vez.

—Si lo consiguiéramos detener, quizá se podría comprobar si el pelo es de él. Pero con las pruebas de que disponemos, no lo vamos a conseguir antes de que nos eche a los lobos.

—Mi teniente —dijo el sargento mientras se acercaban al cuartel—, ¿hace un traguito en la taberna de Isidoro? Creo que hoy nos lo hemos ganado.

—Hace —respondió el otro.

Cuando se sentaron a la mesa y les sirvieron las dos copas de vino y el primer plato, Margarita despidió al servicio y quedó a solas con su marido en el comedor.

—¿Qué es lo que ocurre, cariño? —preguntó inquieta.

—No te preocupes, los agentes están investigando las muertes de esos dos pobres desgraciados. Están tan perdidos que no saben por dónde avanzar.

—Qué pena lo de Maite..., ¿verdad? ¿Quién crees que ha podido cometer un acto tan atroz como ese en un pueblo en el que todos nos conocemos?

—Para atroz, el de Miguel —dijo el marido—, que le sacaron los ojos y le cortaron los huevos. Comparado con eso, hasta se podría decir que Maite ha tenido suerte.

—Cariño, no hables así en la mesa. Además, a Miguel prácticamente no lo conocíamos, lo de Maite es diferente. Era nuestra amiga, una mujer respetada por todos... ¿Adónde iremos a parar si la situación sigue así?

—Vamos, mujer, comamos tranquilos y olvidemos ese incidente tan desagradable, los platos se nos van a enfriar. Verás como esos hombres no te vuelven a molestar.

4

Cuando acabaron de comer, la taberna de Isidoro estaba casi vacía. La gente se había calentado con algún que otro vaso de Montilla y se había largado a casa. En el rincón de siempre, la pareja conversaba.

—¿Qué vamos a hacer con el viejo? ¿No cree que va siendo hora de soltarlo?

—Sí, ya va siendo hora. Y habrá que darle una explicación —contestó su jefe—, ha pasado una semana en la cárcel y resulta que no es culpable de nada.

—¡Y con el hijo asesinado! —apuntilló el sargento.

—No vayamos a hacer un drama —replicó el jefe, molesto—. Nosotros tan solo nos limitamos a hacer nuestro trabajo. Para descubrir a un asesino hay que meter el dedo en el ojo y hacer que la gente diga lo que no quiere decir. Ya viste anoche cómo cantó Raquel cuando la presionamos un poco.

—Hablando de Raquel —recordó el sargento con la mano en la frente—, habrá que ir a lo del burro, puede que eso nos ponga tras alguna nueva pista.

Su jefe se levantó de improviso. La desagradable conversación con el alcalde le había hecho olvidar la cuestión del burro y no quería perder ni un minuto más. Las horas de los agentes en el pueblo podían estar contadas.

—¡Vamos! —dijo.

Pagaron a Isidoro y se alejaron por las estrechas callejuelas que conducían a la casa de Román. Como no hubiese tenido sentido ir al cuartel y ensillar los caballos para tan corto trayecto, decidieron caminar bajo un cielo borrascoso que los recibió sin demasiada cordialidad. El frío de las tardes de invierno comenzaba a bajar desde la sierra, y los claros de sol no calentaban lo

suficiente como para protegerlos de él. Aligeraron el paso y llegaron veinte minutos después.

Raquel había decidido que no la volverían a pillar dormida y llevaba toda la tarde esperándolos en la salita en la que los recibió la primera vez. Con el brasero de ascuas bajo la mesa camilla y la aguja a medio camino entre el pantalón descosido del marido y la longitud de la hebra, los escuchó acercarse por la calle y retiró la costura de la vista. Ni tan siquiera les dio tiempo a aporrear la puerta. La mujer, en su descuidada belleza, apareció en la entrada con una gruesa llave en la mano. Tras saludarlos, los acompañó hasta el portón aledaño a la vivienda, dio un par de vueltas a la cerradura y los tres entraron hasta el centro del corral.

A la izquierda, contemplaron el carro que transportó a Miguel hasta el cementerio el día de su entierro. A la derecha, bajo un cobertizo de techumbre gibada y paredes ponzoñosas, descubrieron al burro. A ambos les pareció irónico que el dueño del carro mortuario fuese finalmente el asesino de Miguel. «Las vueltas que da la vida», pensó el sargento, sin intención de airear sus reflexiones delante de la mujer.

—Yo vuelvo a mis tareas, teniente —dijo ella—, les dejo para que miren lo que quieran. Tome, cuando acaben cierren la puerta y me la devuelven. Ah, tengan cuidado con el burro, cocea a todo el que se le pone detrás.

Los agentes se dividieron. El sargento se acercó al carro y se dispuso a buscar alguna pista. Aunque, a decir verdad, ni tan siquiera sabía lo que debía buscar. Podía ser una mancha de sangre, una prenda de Miguel, pelo enganchado entre los clavos y la madera, ¿quién podría saberlo? Incluso, encontrando algo de aquello, sería difícil sacar conclusiones para la investigación. Tras la inspección perimétrica, el cuerpo regordete del sargento subió al carro maldiciendo su suerte, pero con tal mal tino que una astilla enganchó su pantalón produciéndole un enorme siete que dejó al descubierto las carnes blancas de su entrepierna. «¡Putra madre!», se lamentó mirándose el desgarró. Resignado a su mala ventura, rebuscó de forma meticulosa entre las tablas y los restos de paja durante un buen rato. Al fin, creyendo que su concienzudo trabajo había dado resultado, un reflejo llamó su atención desde uno de los rincones. El sargento retiró el heno con mucho cuidado y sacó el pequeño objeto. Cuando lo elevó ante sus ojos y lo reconoció, lanzó el

diminuto clavo contra las tablas con todas sus fuerzas y bajó del carro tapándose el agujero de la bragueta con las manos.

—¡Mierda de carro! Aquí no encontraremos nada —refunfuñó en voz alta para que lo oyese su superior.

—Vámonos de este estercolero —dijo el teniente—, el burro tampoco nos va a enseñar nada. Estamos perdiendo el tiempo.

—¡Cuidado! —gritó el sargento mientras el teniente invadía la retaguardia del animal—. ¡Lo va a patear!

El teniente dio un atlético salto y consiguió esquivar lo que sin lugar a dudas habría sido un impacto, si no mortal, sí bastante desgraciado. Lo que no consiguió evitar fue que su boca entreabierta se estrellase contra la masa de estiércol y barro. El desgraciado agente acabó tendido, en toda su largura, en el suelo del corral. Cuando el sargento acudió en su rescate y se agachó junto a él, no pudo evitar una sonrisa.

—Mi teniente, creo que al final ha valido la pena venir.

El teniente se levantó encolerizado y amenazó con el puño al sargento.

—¿Qué tipo de insubordinación es esta? —gritó—. ¡Pagará su atrevimiento!

El sargento, excitado, explicó su afirmación.

—Que no, jefe. Que no me ha dejado explicar... Fíjese en esas pisadas, ¿no reconoce nada anormal en ellas?

—¿Y qué demonios tendría que reconocer? —preguntó su superior, sacando un pañuelo del bolsillo y limpiándose el estiércol de la cara.

—¿Recuerda las ranas en el camino de la casa de la sierra?

El teniente quedó fuera de juego. Si el sargento seguía por aquel camino no tendría más remedio que darle un buen puñetazo.

—Sí, acuérdesese. Al cruzar la verja espantamos a las ranas que se ocultaban en las pisadas de los caballos. Ahora veo que aquellas pisadas no eran en realidad de caballo, sino de burro. ¡Mire!

El sargento se agachó de nuevo junto al negativo que la cara de su jefe había dejado estampado en el lodo y le señaló una de las huellas. Cuando el teniente comprendió, perdió el odio inicial y lo siguió hasta el cobertizo. Guardándose de los recursos mortales del viejo penco, le fueron levantando las patas una a una. Encontraron la prueba en la última.

—¿Está seguro? —preguntó el teniente.

—Tan seguro como que mi madre me parió.

Los agentes retomaron el camino de vuelta por las calles menos transitadas, uno escondiendo las vergüenzas con la mano en la entrepierna y otro rebozado como una croqueta de las que su madre preparaba cuando era pequeño. Conforme cruzaban el pueblo, los comentarios de los vecinos con los que se cruzaron fueron transformando el malestar inicial del teniente en un profundo cabreo. Llegaron al cuartel a las seis de la tarde.

Una vez aseados, sacaron a Celestino de los calabozos. Tenían información más que suficiente como saber que aquel pobre hombre no había participado en ninguno de los hechos que investigaban. Lo sentaron junto a ellos en el despacho y le explicaron la situación.

—Le debemos una disculpa —dijo el teniente sin una pizca de arrepentimiento en su tono de voz—. Nos equivocamos con usted. En todo caso, debe comprender que este tipo de investigaciones siempre implica daños colaterales. Estoy seguro de que nos sabrá dispensar.

—No cuente conmigo para ello. Si quiere que olvide la semana de encierro, ya se puede ir despidiendo. ¡Han abusado de su autoridad!

—Ahora sabemos con total seguridad quién mató a su hijo Miguel —informó el oficial como descargo—. No le va a gustar lo que hemos descubierto. Intente controlar sus impulsos si no quiere volver a la celda.

El viejo no contestó. Permaneció atento, esperando la información.

—El asesino de su hijo es su propio socio, Román.

—¡Eso es mentira! —gritó el viejo, encolerizado—. Ustedes están encubriendo a los peces gordos del pueblo porque están presionados. A mi hijo lo mató Pascual, el boticario.

—¿Quiere que le cuente la historia completa o prefiere irse a casa ahora mismo tan perdido como llegó a nuestro cuartel la pasada semana?

Celestino volvió a callar con los ojos entornados por la rabia.

—Su hijo se acostaba con Raquel, la esposa de Román. Usted la debe conocer mejor que yo, es una mujer muy guapa.

—Otra mentira —volvió a vociferar levantándose del sillón—. Esa mujer

es un trozo de pan, nuestra amiga. Esa basura que cuenta es otra falsedad.

—Celestino, se lo repito por última vez, cálmese.

El viejo se sentó.

—Su hijo tuvo una relación con ella —siguió relatando el teniente—. Román los descubrió en su propia casa, ese fue el móvil. Asesinó a su hijo para limpiar su honor. Hace unos días, él mismo cometió el error de insinuárselo a Simón creyendo que su timidez y fidelidad guardarían el secreto. Ahora sabemos que aquella noche Román y Miguel habían ido juntos al cortijo del manco. Imagino que sabe lo que hacen allí. —Como el viejo, mandíbula apretada y puños cerrados, no contestó, el agente entendió que lo sabía—. Bien, aquel día su hijo abandonó las peleas temprano, cogió la bicicleta y desapareció. Pero no volvió a casa con Jacinta, sino que siguió su camino hasta la casa de Maite, no la del pueblo, la otra, la casa que tienen a la entrada de la sierra. Debió llegar entre las doce y la una de la madrugada. Allí lo esperaba ella. Román salió del cortijo del manco un rato después. Él, en cambio, sí pasó por su casa. Puso los aparejos al burro y subió tras su hijo hasta la sierra. Anduvo por los alrededores y luego esperó escondido entre los chaparros. Miguel debió de dejar a Maite sobre las tres o las cuatro de la mañana. Román lo vio venir con su bicicleta por el camino y lo detuvo aprovechando que era su amigo. Suponemos que no tuvo demasiados problemas para asestarle una puñalada certera valiéndose de la confianza que su hijo le tenía. Luego, lo subió al burro y lo colocó en el banco de la plaza. Calculamos que sobre las cinco de la madrugada. Para simular que el asesinato se debía a su falta de discreción, le sacó los ojos y le cortó la lengua. Y, aprovechando que Maite era la mujer del alcalde, lo capó. De esa forma no quedaba duda de que el asesino era Pascual.

—Todo eso no es más que un montón de mentiras para encubrir al verdadero asesino —aseguró Celestino, ya sin ninguna convicción—. Deben probar lo que dicen antes de acusar a Román.

El sargento miró a su jefe, pidiendo permiso para intervenir. Su jefe, con un gesto de cabeza, se lo dio. El suboficial sacó el bote de cristal con el papelito enrollado. Lo estiró ante los ojos de Celestino y luego le mostró el papel con las firmas ensayadas.

—Esta nota la encontramos enrollada en el fondo de la boca de su hijo —

explicó el teniente—. Si lee su contenido, verá que es claramente incriminatoria para Pascual. Sin embargo, resulta que es falsa. Este otro papel, del que fue recortado, se encontró en la casita que usted posee, la del huerto. Simón lo descubrió entre las pertenencias de Román. Si le da la vuelta, comprobará que es una lista de pedidos escrita con el puño y letra de Román, con la misma letra con que está escrita la nota.

Celestino dejó escapar un suspiro abatido. Era difícil negar la evidencia de aquellas pruebas, y mucho más sabiendo que el papel lo había encontrado el propio Simón en la casucha.

—¿Quién les ha dicho que mi hijo se veía con Raquel?

—Román se lo insinuó a Simón. Eso fue lo que le hizo buscar ese papel.

—¿Y cómo saben que lo mató en la finca de Maite?

—El guardés encontró la bicicleta tirada en un barranco de la finca — continuó explicando el sargento—, escondida entre la maleza. Su hijo subió hasta la casa en ella, pero bajó a lomos del burro de Román. Hemos comprobado que el amigo de su hijo rondó la casa un buen rato y dejó las huellas del animal marcadas en el barro. Lo sabemos porque ese burro perdió un trozo de herradura de una de las patas delanteras y no se la repusieron.

—Le dije varias veces que debía herrar al animal —dijo Celestino, ensimismado—. No me hizo caso, es un hombre descuidado.

El teniente apostilló las conclusiones.

—Celestino. Miguel se acostó con Raquel. Román lo descubrió y no lo pudo soportar. Mató a su hijo y simuló las pistas para librarse de la cárcel. Tenemos pruebas incriminatorias más que suficientes, y no queda ninguna duda de que él asesinó a su hijo.

—¿Dónde tienen arrestado a ese malnacido?

—Lamento decirle que no lo hemos podido detener. Román ha desaparecido. De algún modo se enteró de que andábamos tras su pista, cogió el dinero y abandonó a su mujer. Hace casi tres días que no sabemos de él. Creo que no lo volveremos a ver por Cardeña. Se nos ha escapado entre los dedos —se excusó el teniente—, de verdad que sentimos tener que darle tan malas noticias. Tenemos tanto interés en atraparlo como usted.

Celestino apretó los dientes y estrujó los brazos del sillón como si fueran el cuello del propio asesino de su hijo.

—Váyase a casa y descanse —aconsejó el sargento—. Confiemos en que un día de estos se deje ver. Entonces lo atraparemos.

Convencido de que no sería así, Celestino se levantó del sillón, con la cabeza gacha y los ojos en el suelo, y comenzó un lento caminar hacia la salida. Ya en la puerta, al sargento se le ocurrió algo y corrió hacia él.

—Dígame, Celestino, ¿sabría usted por casualidad decirme qué es esto?

El viejo miró con tristeza aquel cristal, pequeño, redondo y perfecto, y respondió sin ganas, con sus pensamientos muy lejos de allí.

—Por supuesto —respondió el viejo—, cualquiera se lo podría decir.

5

Tras cuatro días en completa oscuridad, engullendo tierra por uno de sus extremos y excretándola por el otro, la lombriz asomó su cabeza al jardín de Margarita, a la soleada y fría mañana del último día de octubre de 1943. Como era domingo, el alcalde seguía durmiendo a pocos metros de ella, sin importarle que hubiesen pasado las once de la mañana. Su mujer se había levantado temprano, y en aquellos momentos permanecía sentada en el banco del rincón noroeste, el más soleado. Aunque tenía los ojos abiertos, no era consciente de nada de lo que ocurría a su alrededor. Un mirlo negro, ajeno a su presencia, saltaba en busca de bichos bajo el olivo que crecía varios metros más allá. Cuando su aguda vista detectó al gusano sonrosado, cruzó bajo los pies de Margarita y agarró su cabeza. Luego, con el pico apretado, estiró las patas y el cuello e intentó arrancarlo del suelo. La lombriz se alargó hasta tal punto que los aros de su cuerpo comenzaron a desmembrarse, pero no salió. La soltó unos instantes para agarrarla más abajo y volvió a repetir el intento. Unos porrazos broncos en la puerta lo asustaron, y se perdió volando con el botín cruzado en el pico.

Margarita, adormilada bajo el sol, no consiguió despertar. Había viajado hasta su juventud, hasta aquellos lejanos días en que se comprometió con su marido sin que existiese verdadero amor entre ellos. Las familias de ambos estaban muy unidas, había que cuidar las amistades, decían. Tenían la misma edad, se criaron juntos, se hicieron inseparables. Ella se hizo una mujer y él maduro. Cuando se lo pidió llevaba años esperándolo. «Cásate conmigo», le dijo. Ella le contestó que sí, que sería su esposa. Por desgracia no pudieron tener hijos, no sabían por qué, pero así había sido. Años después, pasada la

guerra, lo nombraron alcalde. Nuevas amistades, personas influyentes, negocios no muy lícitos. Su marido cambió, se alejó de ella. Se veía con alguien. Margarita estaba segura de ello. A pesar de que en un principio no quiso reconocerlo, las continuas ausencias la terminaron de convencer. Un día se sentaron a la mesa, como siempre puntuales, y se lo preguntó. «¿Quién es la otra?», dijo sin preámbulos. Él intentó convencerla, se acercó hasta su lado de la mesa, la besó, le habló de su amor por ella, de su juventud juntos, de que jamás la dejaría por otra, de mil cosas más que incluso ella había olvidado. Su marido estuvo a punto de convencerla de su fidelidad, pero no lo consiguió.

La segunda vez que llamaron, abrió los ojos y volvió a la realidad. Se levantó del banco sin saber muy bien por qué se había asustado y luego dio varios pasos en dirección a la puerta que comunicaba con la casa. Los siguientes golpes en la aldaba, más enérgicos y seguidos, la hicieron entrar corriendo y detenerse entre las macetas del portal.

—No te preocupes, Margarita —dijo su marido, que ya bajaba la escalera con el batín cruzado y unas zapatillas—. Ya abro yo. Creo que me buscan a mí.

La mujer desapareció entre las habitaciones de la casa. El alcalde abrió.

—Ya les advertí que no volvieran por mi casa a no ser que vinieran a detenerme. No son bienvenidos —les dijo a los agentes con ojos homicidas.

—Necesitamos hablar con usted —respondió serenamente el teniente—. ¿Prefiere hacerlo aquí o en el cuartel? No nos llevará mucho tiempo.

El alcalde miró a los guardias con odio. Meditó sus posibilidades mientras recorría sus uniformes verdes y se resignó.

—Adelante —dijo—, pasemos al jardín. Allí estaremos tranquilos. Tienen quince minutos, ni uno más.

Después de cruzar la casa, salieron al jardín y se detuvieron bajo el sauce llorón. Una miríada de pajarillos trinaba a su alrededor. El alcalde, sin invitarlos a sentarse, esperó en silencio hasta que el teniente se decidió a hablar.

—Queremos volver a preguntarle si usted visitó alguna vez la casa de campo de Maite. Es posible que haya recordado algo nuevo desde la última vez que se lo preguntamos, y queremos darle la oportunidad de decírnoslo.

—Ya contesté a esa pregunta. ¿Por qué tienen tanto interés en esa cuestión?

—Como usted sabe, ninguno de los dos crímenes se cometió en el lugar

donde se encontraron los cadáveres. Sin embargo, sabemos que se cometieron en el mismo lugar. Ambos tenían los zapatos manchados con el mismo tipo de barro.

—Y por supuesto —dedujo el alcalde con ironía—, ustedes están convencidos de que ese barro procede de allí.

—Sí —informó el teniente—, estamos seguros de ello, sin ninguna duda.

—¡Qué interesante! —dijo con sorna el alcalde—. Pues entonces, cacen al que mató a Miguel y tendrán también al asesino de Maite.

—Precisamente eso es lo que intentamos hacer.

—Ya voy entendiendo. Al encontrar huella de neumático como los de mi coche en la casa de Maite, han pensado que tienen pruebas irrefutables de que yo soy el autor de ambos crímenes. Debo reconocer que su capacidad de deducción no tiene límites. Tendré que recomendarlos para un ascenso inmediato. La Guardia Civil no puede desperdiciar capacidades como las suyas en un pueblucho como este.

El teniente sabía que no tenían nada sólido con lo que atrapar a aquel hombre, tan solo habían conseguido reunir pruebas circunstanciales: el barro en los zapatos, las huellas de neumático, la información de que eran amantes recibida de boca de Raquel, de alguien que no era imparcial... Pruebas con las que sería muy improbable condenar a un miembro tan eminente de la comunidad. A pesar de ello, ambos agentes estaban convencidos de que el asesino de Maite era él, y el teniente no quería soltar ninguno de los hilos de los que aún podía tirar. Antes o después, aquel hombre cometería el error esperado. Y es entonces cuando sacarían su última baza.

—También quiero volver a preguntarle si usted se veía con Maite. Queremos que nos diga si Maite era su amante.

El alcalde creyó escuchar pisadas a su espalda y se volvió alertado en busca de su esposa. El mirlo había vuelto, y tiraba de otra lombriz. No le cupo duda de que los ruidos procedían de él. Aliviado, se giró de nuevo hacia los guardias.

—Teniente —dijo con voz serena mientras sacaba su reloj del bolsillo y se lo ponía a la altura de los ojos—, su tiempo ha acabado. Los quince minutos que les concedí ya han pasado. Caballeros, por favor, acompáñenme a la puerta, son las doce de la mañana y ni tan siquiera he podido desayunar.

—Alcalde —dijo de pronto el sargento, acercándose hasta él—, ¿sería usted tan amable de mostrarme ese precioso reloj de oro? Nunca he visto de cerca una maravilla como esa.

El alcalde lo guardó en su bolsillo y le dedicó una nueva mirada de asco.

—No —contestó secamente.

—Alcalde, enséñele su reloj al sargento —repitió el teniente con voz imperativa. El alcalde recapacitó unos segundos encarando al oficial. Sacó el reloj del bolsillo y se lo entregó.

El sargento lo tomó con un cuidado exquisito y observó los detalles con admiración, dando a entender la belleza de la pieza.

—Único, hecho por encargo —dijo con desprecio el alcalde—. Regalo de los padres de mi mujer cuando pedí su mano.

Y en verdad era un reloj precioso, de oro macizo, labrado con la minuciosidad de un diestro artesano. Cuando el sargento apretó el pequeño botón de su lateral, la tapa se abrió y las manecillas negras y los números romanos resaltaron de forma elegante sobre un fondo blanco marfil. Las doce y diez. El sargento estudió la tapa y comprobó que disponía de un agujero central de un par de centímetros. Al cerrarla entendió su función. Aunque la tapa se mantuviese cerrada, el agujero permitía seguir leyendo la hora con claridad. El suboficial palpó el cristalito encontrado en la casa de campo y lo extrajo de su bolsillo, lo colocó con mimo sobre el pequeño agujero y presionó. El suave ¡click! que hizo al encajar perforó los oídos del alcalde. Cuando comprendió que aquel era el cristal perdido el fatídico domingo de la muerte de Maite, perdió la fuerza de sus músculos y buscó con los ojos el banco más cercano para sentarse en él. Los agentes lo observaron sin hacer ningún comentario y esperaron con paciencia su reacción.

—Yo no la maté —dijo en un susurro—, fue un accidente. Aquel sábado, como otras veces, el chófer la llevó hasta la casa a última hora de la tarde y después se volvió al pueblo. A Maite le gustaba tener tiempo para asearse y maquillarse antes de que yo llegara. Le dije a Margarita que me iba a la ciudad por negocios. Llegué a la casa cuando había anochecido y subí a la habitación en la que teníamos los encuentros. Ella me estaba esperando, maravillosa como siempre, estuvimos juntos un par de horas. Luego nos sentamos a charlar, me habló del asesinato de Miguel, de la forma tan brutal en

la que lo habían matado. Yo sabía que había empezado a tontear con él, y por entonces ya sospechaba que podía ser algo más serio de lo que pensé en un principio, estaba perdiendo el interés por mí y eso me afectó. Le dije que se lo tenía merecido, que lo habían matado por probar mieles que no eran para su boca, que tan solo era un desgraciado. Ella montó en cólera y amenazó con dejarme. Discutimos, me abofeteó, me arañó, me empujó. Yo tan solo me limité a quitármela de encima. Mientras forcejeábamos cayó hacia atrás, se golpeó en la nuca con el pico de la mesita de madera. A una velocidad que no pude creer, su sangre empapó la alfombra. Cuando me agaché a ayudarla ya estaba prácticamente muerta, la sangre no paraba de manar de su herida.

El alcalde se llevó las manos a la cara y quedó en silencio. El sargento se sentó en el banco, junto a él.

—¿Qué ocurrió después?

—No supe qué hacer. Me arrodillé a su lado, me asusté, nadie me creería. Perdería a mi socio, a Pascual, perdería a mi mujer, dejaría de ser alcalde... Medité la situación durante varias horas. Yo no podría hacerlo solo, sería incapaz. A las tres de la mañana, bajé al pueblo y busqué ayuda, sabía a la puerta a la que llamar. Le prometí mucho dinero. Subió conmigo al coche y volvimos a la casa de la sierra. Entre los dos la introdujimos en el auto y la bajamos al pueblo. Me advirtió de que apagara las luces del coche y no entrara en la plaza. Paré en la esquina, donde la farola no alcanzaba para iluminarnos. Él la cogió sobre su hombro y se la llevó.

—¿Por qué la llevaron a la plaza? —preguntó el sargento con voz queda, para no sacarlo de su estado de meditación.

—En aquel momento no me atreví a enfrentarme a las consecuencias y vi una salida desviando las sospechas. Yo conocía los detalles del crimen de Miguel, recuerde que estuve con ustedes en el levantamiento de su cadáver. Si los detalles se repetían, ustedes sospecharían del mismo asesino, o de una venganza, de un ojo por ojo. Le expliqué el sitio exacto en que la debía dejar, la postura, dónde debía hincar la navaja, todo. Me fui a casa y me acosté. Pasé la noche con los ojos abiertos, esperando hasta que ustedes llegaron a avisarme del suceso. Cuando volví a quedar solo, llamé a Pascual, a mi viejo amigo y socio. En aquel momento me arrepentí de lo que había hecho, debí confesarlo todo desde el primer momento, pero ya no había vuelta atrás.

—¿Quién es ese que le ayudó? —preguntó el teniente, acercándose al banco donde su pareja y el alcalde se sentaban.

—No se molesten en buscarlo —dijo saliendo de sus reflexiones—, le di dinero suficiente como para que no vuelva nunca más por aquí.

El teniente se llevó la mano al cinturón y sacó las esposas.

—Alcalde, comprenderá que debo arrestarlo.

El alcalde se levantó y lo miró.

—Hágalo, debe cumplir con su deber. Solo le pido que no me ponga eso en las manos, no voy a escapar, los acompañaré sin resistencia. No sería bueno para nadie que me llevara por las calles esposado.

El teniente aceptó su petición y ambos guardias lo condujeron a través del jardín. Cuando estaban a punto de abandonarlo, Margarita salió a su encuentro y los detuvo. Se acercó hasta su marido y lo abofeteó llorando.

—No te quiero volver a ver —le dijo, guardando la compostura lo mejor que supo hacer—, ya no eres mi marido.

El alcalde la miró desolado y, sin saber qué responder, pasó junto a la vidriera y se alejó escoltado por la pareja a través del portal.

El mirlo negro, sus patas aferradas a la esquina de la tapia, comprobó que la zona quedaba desierta y se lanzó en picado hacia la umbría en busca de nuevas presas.

6

Siete meses después de la muerte de Miguel, a las cinco de la tarde, Raquel salió de su casa en dirección a la botica de Pascual. Después de todo, había logrado conservar un trabajo que le seguía permitiendo vivir con cierto desahogo. El boticario resultó inocente de ambos asesinatos y, entonces más que nunca, aquel hombre precisaba de la ayuda de Raquel.

En todo ese tiempo, la joven viuda no había sabido nada de su marido, y poco a poco fue asumiendo que Román no volvería nunca junto a ella. Con el paso de los meses, el rencor inicial se fue transformando en un odio denso y pegajoso con el que aprendió a convivir. Román no solo había matado a Miguel y había destrozado la familia de Jacinta, sino que después la había abandonado a ella misma a su suerte sin tan siquiera dar una explicación. Simplemente, cogió el dinero, salió por la puerta y nunca volvió. Casarse con él por las urgencias del embarazo había sido un tremendo error. Un error que se hizo mucho más evidente cuando perdió al hijo esperado.

A pesar de que seguía acudiendo a la botica a las seis de la tarde, aquel día había decidido salir de casa una hora antes para atender a su cita. Le había estado dando vueltas en su cabeza durante muchos días y muchas noches, y al fin terminó convencida de que lo debía hacer. Al llegar a la esquina, rebasó la casa de Pascual y ascendió las escaleras con los ojos fijos en el campanario. Con el verano a punto de renacer, los rosales que bordeaban el rectángulo y se multiplicaban sin control en las cuatro esquinas estaban atestados de rosas de todos los colores. Sin embargo, Raquel no reparó en ellas, se detuvo al coronar la escalera y la buscó. Estaba sentada en uno de los bancos más alejados de la iglesia, bajo un dosel de flores que la protegía del sol. Avanzó

dejando la fuente a su izquierda y se sentó a su lado. Ninguna de las dos mujeres se miró, hablaron con la espalda recta y la vista al frente, siguiendo con sus ojos el devenir de los gorriones en la fuente.

—¿Para qué me has mandado llamar? —preguntó secamente Jacinta.

—Sé que me dijiste que no querías volver a verme —respondió Raquel—. No he venido para que me perdones. Aunque, si algún día así lo decides, te lo agradeceré con toda mi alma.

—¿Y por qué estamos aquí, entonces? Tengo mucho que hacer en casa y dos hijos a los que atender —añadió Jacinta, en el mismo tono impersonal.

—Acabo de recibir una carta de Román..., una carta después de siete largos meses sin tener la menor noticia de él.

—Me alegro por ti. Pero entenderás que a mí eso me dé absolutamente igual.

—No es una carta de reconciliación, es una carta de despedida — reflexionó Raquel en voz alta.

Uno de los machos, acuciando a la hembra más vistosa, pasó junto a ellas en vuelo rasante para perderse después tras las copas de los chopos. Raquel los observó abstraída y continuó hablando.

—Me dice que no tiene intención de volver a mi lado nunca más, que me olvide para siempre de él. ¿Tú te has olvidado de él, Jacinta?

La mujer miró hacia el banco en el que encontraron muerto a su marido, no solo muerto, asesinado con saña, sin compasión. No, Jacinta no se había olvidado de Miguel, ni de su asesino, de un hombre que mató a su marido con premeditación, midiendo y planeando su muerte con frialdad. Se volvió lentamente hacia Raquel y, con mucha más afabilidad, le contestó.

—No, nunca podré olvidarme de él. Se salió con la suya, nos destrozó la vida a todos y se fue tan tranquilo, sin recibir su merecido castigo. Todos los días pienso en que sigue libre y que mi marido está pudriéndose en su fosa.

—Yo tampoco. Pero estoy segura de que lo haré. Llegará el día en que lograré sacarlo definitivamente de mi vida.

Jacinta se removió en el banco, incómoda, con ganas de largarse lo antes posible.

—La tengo aquí —dijo Raquel, apretando su bolsa contra el regazo—. Si así lo quieres, te la puedo leer.

La viuda de Miguel no entendió el ofrecimiento. Las palabras que Román pudiera tener hacia su mujer no le importaban lo más mínimo. Y estaba segura de que así lo entendía también Raquel. ¿Por qué le proponía leerle la carta? Pensó varias veces en levantarse e irse, su intuición le dijo que no lo debía hacer.

—Léela.

Raquel sacó el sobre de su bolsa de mano y desplegó la cuartilla. Jacinta comprobó que el mensaje no era muy largo, tan solo lo justo para una rápida despedida:

Hola, Raquel

Me es muy difícil escribir esta carta. Conozco el mal que te hice y lo que has debido sufrir. Sin embargo, aun así, pienso que no me equivoqué. Nuestra vida juntos era ya imposible. El amor que un día nos tuvimos desapareció a la vez que lo hizo el hijo que esperábamos. Cuanto más tiempo hubiera estado a tu lado, más daño nos habríamos causado. No debimos casarnos, ahora comprendo que fue un error. No nos conocíamos lo suficiente y debimos esperar. Aquel día en que te descubrí con él, todo cambió dentro de mí. Te miraba y solo podía ver a Miguel, solo podía veros juntos en nuestra cama. Pasé meses intentando no pensar, pero no me fue posible. Por el contrario, pensé mucho más de lo necesario. Quizá debería haber hablado contigo, no lo sé. A veces me arrepiento de lo que hice, y a veces no.

Cuando encontré a Jacinta en casa, comprendí que ella se había enterado de tu relación con Miguel. Y también comprendí que la autoridad, antes o después, acabaría descubriendo los hechos. Sé que me han estado buscando durante mucho tiempo, por eso no he creído prudente escribirte antes. Por casualidad, hace unas semanas coincidí con uno del pueblo, alguien que trabajó hace tiempo con nuestro grupo, él me informó de que ya no me buscan; al menos, no de forma activa. Me dijo que han archivado el caso. Tan solo por ese motivo me atrevo a escribirte. Aunque será la última vez.

No volveré, Raquel. He rehecho mi vida. Tú deberías hacer igual, debes buscarte un marido que te quiera como yo no lo supe hacer. Eres joven y guapa, no te será difícil encontrar a alguien así. Yo he conocido a una mujer maravillosa y ahora soy feliz, espero no equivocarme esta vez. Puedes vender el carro si quieres, y el burro también. No iré a por ellos, además, ese animal era muy viejo, ahora tengo una yegua preciosa y ya no lo necesito. Tengo un nuevo suministrador con contactos y no me falta el trabajo.

Adiós, Raquel, olvídate de mí

Raquel cerró la carta y la guardó con los ojos fijos en los de Jacinta.

—He pensado que tú o Celestino podríais saber quién es ese hombre del que habla Román en su carta.

Jacinta, en un principio, no comprendió por qué hacía una observación tan absurda, y mucho menos a ella. Sin embargo, tras escrutar el rostro triste de Raquel, una luz cegadora se encendió en su cabeza. Con lágrimas en los ojos, Jacinta se acercó a su amiga y la besó en la frente.

—Yo no lo conozco. Tampoco sé si lo conocerá Celestino, pero ten por seguro que nos enteraremos de quién es.

Raquel se levantó con la bolsa en la mano, se alejó sin hablar y se perdió de vista mientras bajaba las escaleras de la plaza. Pascual despachaba algo en la botica, y decidió entrar por la puerta lateral.

Cuando salió, era más de medianoche. Bajo el resplandor de las estrellas, entró en la cuadra y colocó los aparejos sobre el lomo del animal. Con el serón equilibrado y la jáquima puesta, lo acercó hasta uno de los poyos de yeso y subió sobre él para dirigirse a las afueras del pueblo atravesando los escasos callejones empedrados que lo separaban del campo abierto.

La briosa jaca negra, acostumbrada por entonces a recorrer día tras día el mismo camino, no necesitó orden alguna para tomar el adecuado. Román, colocado a horcajadas sobre el esparto trenzado de la sera, notó la frescura de la noche veraniega sobre su rostro y se sintió feliz de su nueva vida. Los que manejaban el mercado del estraperlo en aquel lugar eran negociantes mucho más experimentados que los que había tratado en Cardaña, y los márgenes con los que debía trabajar eran bastante menores. Sin embargo, disponía de todas las mercancías que quería, y con el nuevo animal podía hacer varios portes cada día. Incluso había comprobado que trabajando solo las ganancias eran mayores que en su etapa anterior. Ignorante de su destino, estaba convencido de que esta vez la suerte estaría de su lado.

El punto de avituallamiento era un viejo cortijo escasamente habitado a cuatro kilómetros del pueblo. Como la Guardia Civil patrullaba el camino principal de cuando en cuando, y juzgaba prudente mantenerse alejado de ellos, solía utilizar la estrecha vereda por la que en aquellos momentos transitaba. Aprovechando la luna llena, Román decidió pasar del trote corto al

galope. Su joven yegua era un ejemplar precioso que jamás se cansaba y, si se daba un poco de prisa, era posible que la claridad de la noche le permitiese realizar un par de viajes más.

Celestino, práctico y paciente, nunca fue hombre de planes complejos, ni de armas de fuego, ni de mecanismos complicados. Y, como su edad no le dio la oportunidad de ir a la guerra, jamás usó otra herramienta que no fuese su pequeña y delgada navaja de mango de madera. En cambio, sus sencillas trampas habían demostrado sobradamente su eficacia a lo largo de los años. En aquella ocasión, había optado por una delgada y resistente sogá trenzada por él mismo en las largas y soleadas tardes de verano en las que no tenía ninguna otra cosa que hacer. Un par de horas antes, cuando los zorros solían iniciar sus cacerías nocturnas, la había tendido entre árbol y árbol, cruzando la vereda a unos tres metros sobre el suelo. A lo largo de la sogá, en perfecta formación, había colocado una serie de amplios lazos corredizos dispuestos de tal forma que ningún hombre a caballo pudiese atravesarlos sin meter su cabeza en uno de ellos. Con el trabajo hecho, alejó a la mula lo suficiente como para dejarla fuera de la vista, la ató a una encina y le habló al oído.

—*Princesa* —le dijo acariciando su hocico—, sé que estás cansada, pero debes esperar un poco más. Muy pronto habremos acabado y podremos regresar a casa.

A continuación, volvió junto a la vereda y se sentó a esperar entre las sombras de un viejo alcornoque nacido allí muchos años atrás. El cansancio, acumulado en las largas caminatas de los tres días precedentes, hizo que se durmiese al instante. Soñó con su hijo Miguel.

Una hora más tarde, el trotar lejano de los cascos de un caballo lo despertaron. Se incorporó y esperó su llegada. La silueta difusa del jinete nocturno se aproximó veloz y cruzó junto al viejo sin verlo. Tampoco, quizá por la luna menguante, quizá por el brioso trote de la yegua, vio acercarse el peligro. El bello animal cruzó sin tan siquiera alterar su paso bajo el mortal tendadero. Unos metros más allá, libre de su pesada carga, se paró y comenzó a pastar en el borde de la senda.

Román, con mucha menos suerte que el animal, quedó ensartado en uno de

los lazos y el peso y velocidad de su cuerpo hicieron que la soga se tensara y partiese su cuello sin la menor dificultad. Ni tan siquiera sintió dolor.

Celestino salió de las sombras y se acercó despacio hasta el centro de la senda. Lo encontró colgado, con los pies a unos treinta centímetros del suelo, muerto. El padre de Miguel lo miró durante largo rato. No sintió rabia ni dolor ni pena, ni tan siquiera una mínima satisfacción. Tan solo recordó que le quedaba algo por hacer. Le desabrochó el cinturón, le bajó los pantalones y abrió aquella navaja que siempre mantenía tan afilada como una cuchilla de afeitar. Agarró el trozo de carne y levantó el brazo por encima de su cabeza. La hoja reflejó los brillos de la noche y pasó rozando los dedos del anciano. El miembro palpitante de Román quedó seccionado de un solo tajo. La sangre comenzó a manar de su cuerpo.

Una semana más tarde, cuando acabó de cortar las cañas junto a la rivera, la cerró y se la guardó en su bolsillo. Despuntando la mañana, tomó el haz bajo el brazo y se dirigió hacia el huerto. Las tomateras no dejaban de crecer y debía levantarlas para evitar que los frutos colorados tocasen el suelo y se pudriesen. Llegando a la casucha, escuchó el resoplido de un caballo y volvió la vista al camino. Los divisó a contraluz. Se enajó el sombrero de paja hasta los ojos y dejó la brazada de lado. Los guardias llegaron al trote y se detuvieron junto a él.

—Buenos días tengan ustedes —saludó Celestino.

—Traemos buenas noticias —dijo el teniente, sin bajar del caballo—. Aunque eso siempre depende del punto de vista del que las recibe. Puede que siendo buenas para unos lo sean malas para otros.

—Díganme, a ver cómo son para mí —les contestó el viejo.

—Han encontrado a Román muerto. Ahorcado. Y capado. Ha ocurrido muy lejos de aquí, en otro pueblo, así que no nos corresponde a nosotros investigar ese suceso, por suerte no entra en nuestra jurisdicción. Tan solo pasábamos por la zona y hemos querido acercarnos para informarle. Porque usted no sabrá nada del tema, ¿verdad?

—Nada —respondió el viejo—. Pero me dan una alegría esta mañana. Después de tanto tiempo, creí que se libraría de su castigo.

—Pues entonces, adiós —le dijeron—. Nos vamos ya, nos queda mucho camino por recorrer.

Cuando no habían avanzado ni treinta pasos, el sargento se giró y se fijó en el animal trabado que pastaba entre el pozo y la casita. Se trataba de una joven yegua, preciosa, negra, cepillada y de pelo brillante.

El sargento, regordete y sudoroso sonrió satisfecho.

—Celestino, veo que le has buscado una compañera a la mula, pero creo que es demasiado joven para ella, la pobre ya no debe estar para muchos trotes —dijo el agente, riendo el chiste.

—Nunca se fie de la edad —respondió Celestino.

Los guardias arrearon a sus caballos y se perdieron entre los árboles de la ribera. Celestino fue a buscar la azada. Aquel verano tenía intención de ayudar a Jacinta y plantar muchas más hortalizas en el huerto.

Horas después, cuando su abuelo estaba a punto de terminar la faena, el rubio apareció corriendo procedente de la parte trasera de la casa.

—Abuelo —gritó—. Ven, ¡corre! Mi hermano le ha colgado las latas al gato y se nos ha escapado corriendo, ha caído al río. ¡Se está ahogando!

EPÍLOGO

1

A las once de la mañana, la mujer entra en el cementerio y recorre la explanada sembrada de cipreses y panteones señoriales. Poco habituada al lugar, pasa por delante del de Maite sin reparar en él y se interna entre las calles desiertas y encaladas. El aroma claustrofóbico de los ramos de flores la envuelven en una nube dulzona que le produce un leve mareo y la disuade por momentos de su intención. A pesar de ello, tras varias idas y venidas infructuosas, cuando está a punto de darse por vencida, localiza a Jacinta al fondo de un callejón sin salida. Entre ellas, jarrones de crisantemos, ramos de gladiolos y manojos de claveles. La viuda permanece de pie, frente al nicho de Miguel. Raquel se detiene y la observa en la distancia, no sabe si ha sido una buena idea venir a buscarla a este lugar. Se arma de valor y se acerca.

—Hola, Jacinta.

La mujer, sorprendida por la voz, se vuelve un instante y descubre a la viuda de Román. Luego, como si no hubiera reparado en ella, continúa mirando el sencillo epitafio: «Familia Corbacho».

—¿Qué haces aquí? —termina por decir Jacinta, aún sin mirarla.

—Llevo toda la mañana buscándote. Vi a tu suegro en la plaza y me dijo que habías venido a visitarlo, que aquí te podría encontrar.

—Lo hago todas las semanas desde que murió. Antes me acompañaba siempre alguno de mis hijos. Ya no. A Ángel no le gustan los cementerios, se asusta de las fotos. A Carlitos también he dejado de traerlo, dice que cuando sea mayor buscará al asesino de su padre y lo matará, creo que tampoco le sienta bien venir.

—¿No se lo has dicho?

—No, tan solo tienen doce años —contesta Jacinta—. Es edad para pensar en otras cosas, por ahora no necesita saber más.

—Llevas razón, tan solo son niños.

Ambas quedan embelesadas, admirando los manojos de flores y la lápida que separan a Miguel del mundo de los vivos.

—¿Crees que hicimos bien? —pregunta Jacinta mientras recoloca una rosa caída y repasa la inscripción con el trapo del polvo.

—¿Cómo dices? —pregunta a su vez Raquel.

Jacinta no quiere dar mayor explicación. Sin embargo, Raquel termina por intuir el sentido de la pregunta.

—No lo sé —contesta—. Lo he dudado durante mucho tiempo. Aunque ahora creo que, si hay un infierno, tú y yo no iremos a él. Ni Celestino. Ya hemos sufrido mucho en este mundo como para sufrir eternamente en el otro. Dios nos castigará con un largo purgatorio, eso sí puede ser, pero luego nos dejará salir. Al menos duermo con esa esperanza. El cura nos ha enseñado que tiene infinita misericordia.

—¿Lo volverías a hacer? —insiste Jacinta.

—Me he confesado varias veces en estos años —responde Raquel—. El cura siempre me pregunta que si me arrepiento. Y yo siempre le digo que sí, que me arrepiento. Luego, me absuelve y me libra de mis miedos. Por la noche, cuando estoy sola en la cama, me intento hacer la misma pregunta, la del cura, pero me sale la otra, la tuya. Sí, me arrepiento, pero lo volvería a hacer.

—Nosotros simulamos haberlo olvidado —afirma Jacinta, concentrada nuevamente en las flores—, ni Celestino ni yo hemos vuelto a hablar del tema. Se hizo lo que se tenía que hacer. Cometió un error al escribirte aquella carta, no tenía derecho a olvidarlo todo y a ser feliz después del mal que había hecho.

—No, no lo tenía —susurra Raquel.

Jacinta se acerca y cambia las rosas al jarrón de la izquierda y las margaritas al de la derecha. Agarra la botella de agua e inunda los vasos. Satisfecha con el resultado, se vuelve hacia Raquel.

—¿A qué has venido? —le pregunta de nuevo.

—Quiero que me perdones. Han pasado cinco años, va siendo hora de

cerrar las heridas.

Jacinta ve brotar las lágrimas de sus ojos y la mira fijamente mientras da tiempo a su mente a pensar en lo que debe decir.

—¿Cómo va lo de Simón?

—Me ha pedido que me case con él.

—¿Y qué le has dicho?

—He aceptado. Es un hombre bueno. Cuando traspasas su timidez y lo conoces, descubres a otra persona, a un hombre alegre y atento.

—¿Estás enamorada de él?

—No lo sé. Creo que aún no, pero lo estaré. Me he enamorado dos veces de hombres que han terminado por destrozar mi vida. No creo que eso sea lo importante a estas alturas. Quiero tener hijos con él, formaremos la familia que durante tanto tiempo he buscado. ¿Quién sabe?, quizá me vengan de dos en dos, como a ti.

Jacinta le mantiene la mirada durante un rato. Luego, desarmada por su vieja amiga, con una sonrisa en la cara, la estrecha entre sus brazos y ambas lloran en silencio. Tras despedirse de Miguel, se toman de la mano y se alejan caminando.

Al pasar junto al gran panteón de la familia del boticario, Jacinta se detiene y observa los lujosos adornos que reparten brillos dorados en todas direcciones.

—¿Este es el de Maite? —pregunta Raquel, descubriendo por primera vez la inscripción.

—Sí, aquí está. Hace tiempo que dejé de odiarla. No fue más que otra mujer desgraciada, como nosotras.

Retoman el camino de salida y se alejan hacia la calle. Al cruzar la verja de salida, Raquel recuerda algo.

—¿Te has enterado de lo del alcalde?

—Sí, dicen que volverá a salir elegido.

—No, tonta, me refiero a Santiago, al asesino de Maite. Lo han soltado. Acaba de salir de la cárcel y dicen que volvió a casa.

2

Sentado en el borde del catre, concentrado en sus recuerdos, Santiago lleva dos horas esperando que el guardia le abra por última vez la puerta de la celda. El primer día de encierro en el cuartel de Cardeña albergó la esperanza de librarse de la cárcel. Él tenía muchos contactos entre los que mandaban en el nuevo régimen y suponía que alguno de ellos intercedería a su favor. Se equivocó. Su mujer no le prestó la menor ayuda, Margarita se limitó a desaparecer de su vida. Y Pascual, su viejo amigo, para mayor desgracia suya, se dedicó durante meses a mover engranajes que, a la vista de los resultados, mantenía mucho más engrasados que él. El juicio tardó en celebrarse. Sin embargo, la sentencia se dictó el mismo día de la vista oral. Las interminables listas de acusados de ser republicanos o revolucionarios mantenían los juzgados saturados, y los jueces no prolongaban sus pesquisas más de lo que requería el decoro institucional. Cinco años. Cuando Santiago escuchó la sentencia se desmayó. Al despertar, tenía las manos esposadas y dos guardias lo sacaban apresuradamente de la sala para despejar el camino al siguiente juicio. Lo encarcelaron en la prisión provincial de Sevilla, la misma en la que aún permanecía.

—¡Buenos días, señor alcalde! —le dice con sorna el guardia mientras abre la puerta de la celda—, hoy es su día. Se le ha acabado la suerte y lo vamos a echar a la calle. Hay muchos que esperan para ocupar su residencia y no podemos prolongar su mantención ni un minuto más. A partir de ahora, tendrá que buscarse la vida por su cuenta.

Santiago, indiferente a la socarrona verborrea del funcionario, se levanta del camastro con parsimonia y sale al pasillo. Desde el otro lado de los

barrotes, se vuelve y observa con inesperada nostalgia los ocho metros cuadrados que lo han cobijado durante los mil ochocientos días que ha contabilizado en su diario.

—¡Vamos! —insiste el guardia, convencido de su ingenio como orador—, no se me vaya a echar a llorar, no es para tanto.

Santiago lo mira y calla. No tiene ganas de hablar, casi ni escucha las palabras pronunciadas junto a él. Tiene la cabeza embotada, lleva muchos años en prisión, aislado, y ahora no sabe qué ocurrirá.

Mientras recorre la nave principal, varios prisioneros lo saludan y le desean suerte. Él hace lo mismo con una sonrisa forzada y sigue al guardia un par de pasos por detrás. Media hora después, cerca del mediodía, lo despiden en la entrada de la prisión y cierran la puerta a su espalda.

Santiago, chaqueta de invierno, maleta vieja y pantalón de pana que lo hace sudar bajo el abrasador sol de junio, no sabe adónde ir. Nadie lo espera. Se cubre los ojos con una visera improvisada con su mano izquierda, y mira hacia el cielo. Hace dos años que la Segunda Guerra Mundial ha terminado, la Alemania nazi ha sido vencida y el nuevo régimen se ha empezado a desvincular de los principios fascistas que han sido promovidos desde su victoria, adoptando una cara más neutral ante el mundo y sufriendo una fingida amnesia sobre los excesos de los años pasados. Sin embargo, Santiago nada sabe de todo eso, ha estado desconectado de la realidad y su única preocupación diaria ha sido sobrevivir al olvido y a la miseria de la prisión.

El viejo alcalde camina durante un par de horas a lo largo de calles repletas de actividad y de modernos coches italianos. El país comienza a despertar. A media tarde, con un frugal almuerzo en el estómago, entra en una pensión en el centro de la ciudad y pide una habitación. No consigue encontrar el sosiego en toda la noche. Los recuerdos de Maite y de Margarita se suceden sin tregua y entretienen un duermevela que lo acompaña hasta el amanecer.

Al día siguiente, aseado y con ropas nuevas, toma el tren hacia Cardeña. El último trayecto lo realiza en coche y llega al pueblo mediada la tarde. Mientras recorre las calles principales comprueba que no se han producido cambios importantes. Los progresos de la capital aún no han llegado hasta aquí. La gente sigue trajinando con animales y las viudas lucen los habituales lutos de pies a cabeza. Algún que otro grupo de niños que juegan a la pelota en

las esquinas se detiene a mirar mientras el coche pasa a su lado. Santiago no reconoce a ninguno de ellos. Por la edad, podrían haber sido hijos suyos, aunque sabe que no lo son. Tampoco tiene hermanos, y sus padres hace muchos años que murieron. La única familia que le queda es su mujer. Al girar la última calle y entrar en la plaza, Santiago mira hacia la botica de la esquina y localiza a Pascual despachando a alguien desconocido. Le da indicaciones al chófer y este se pierde por la esquina de la iglesia. El exalcalde evita mirar hacia el banco en el que suele sentarse a conversar con Maite en sus peores pesadillas.

Margarita, sentada a la sombra del sauce, observa la larga procesión de hormigas que se interna entre las matas de romero para terminar aflorando junto al imponente volcán de granitos de arena. Lleva varias horas distraída con ellas, pensando que la fila de insectos ha debido horadar bajo su jardín un intrincado laberinto de túneles en el que poner sus huevos y seguir proliferando. Cada vez que se olvida de los insectos, las imágenes de la relación vuelven a ella, infinitas sucesiones de besos y caricias que no puede soportar. Sin embargo, Santiago ha sido su razón de ser desde que se conocieron por primera vez. Después de cinco largos años de odios y reproches, sabe que debe perdonarlo. Quizá no toda la culpa fue de su marido. En todo este tiempo nunca ha tenido fuerzas para visitarlo en la prisión, no lo quería ver, no habría sabido qué decirle. Tampoco lo sabe ahora. Se levanta del banco azulejado con las tijeras en la mano y se acerca hasta los rosales del fondo. Sin miedo a la miríada de avispas y abejas que zumban entre las flores, Margarita va formando un gran ramo de rosas, rosadas, rojas, amarillas. La presión sobre los tallos debe hoy ser mayor que el resto de los días, y una de las espinas se le clava en la palma de la mano. La sangre roja le humedece la piel y la vuelve pastosa. Ella no lo nota. Cuando casi no le caben en la mano, guarda las tijeras en el bolsillo de su delantal, atraviesa la vidriera y se dirige al portal. Saca las marchitas del jarrón e introduce las nuevas. Con las reseca en la mano, se aleja unos pasos y contempla ensimismada el resultado.

Varios golpes comedidos en la puerta anuncian al visitante. Al momento, alguien del servicio sale a abrir y vuelve a perderse con prisas entre los

recovecos de la casa, sin anunciar a nadie al pasar junto a la dueña de la casa.

—Hola, Margarita —saluda Santiago al entrar.

Margarita se vuelve y lo mira. No es ni la sombra de lo que fue. Ha perdido mucho peso y los huesos se marcan a través de una piel transparente. Sin tan siquiera percatarse de ello, abre la mano y deja caer al suelo las flores envejecidas. Se acerca lentamente hasta él y lo abraza. Ninguno de los dos se atreve a hablar.

3

—¿Quién era el del coche? —pregunta Pascual desde detrás del mostrador.

Raquel, junto a los cristales de la puerta de la botica, sigue mirando hacia la esquina por la que ha desaparecido el moderno Chevrolet.

A Pascual le sobra el dinero, siempre le sobró, y ahora tan solo se dedica a su pequeño establecimiento en la esquina de la plaza. El estraperlo ha cambiado de manos y a él ya no le interesa. Se pasa los días despachando medicinas entre los vecinos del pueblo y fiando a los que sabe que nunca tendrán dinero para pagar. Raquel no solo le ayuda con la casa, sino que emplea las tardes en hacer de manceba, hasta se atreve con las fórmulas magistrales que Pascual le está enseñando a preparar.

—No lo sé —responde Raquel—, juraría que es el alcalde.

—El alcalde no tiene dinero para subir a ese coche —contesta el boticario. Aunque recapacita y comprende que no se refiere al alcalde de ahora. Se aproxima a la puerta y ambos quedan de pie, mirando hacia la esquina de la iglesia.

—¿Estás segura?

—No. Tan solo me dio la impresión de que era él. De ser Santiago, ha perdido mucho peso, parece como si se fuera a morir.

Raquel mantiene una buena amistad con su jefe. Incluso a veces se atreve a decir que es su amigo. Se gira hacia él preocupada y lo mira a la cara.

—Pascual, hace mucho tiempo que ocurrió —le dice—. Es mejor que deje los recuerdos donde están. Ya nadie le devolverá a Maite.

Pascual la mira sin verla. Luego, con los ojos vidriosos, se vuelve hacia el banco. Maite sigue igual de guapa, la alegría de los primeros años, la ilusión

por una familia que no llegó. «¿Por qué la abandoné?», se pregunta.

—Sí, ya es tarde, ella no volverá —responde Pascual—. No te preocupes. Ahora ese hombre no significa nada para mí.

Un nuevo cliente acaba de llegar. Pascual se interna en la casa y deja sola a Raquel, despachando.

—El niño tiene un ojo pegado. Se levantó con él hinchado y aún no lo ha podido abrir.

—Le prepararé un baño ocular, no se preocupe, pronto estará bien —le dice Raquel. La otra se sienta y espera. En una balanza va pesando el malvavisco, el aciano, la manzanilla y el rabo de gato en las proporciones exactas.

—Esa medicina debe ser cara —dice la mujer, algo asustada por la cantidad de ingredientes de la pócima—. No sé si te la podré pagar hoy.

—No se preocupe, Manuela, esto vale poco y, si no tiene hoy, ya me lo pagará.

—Gracias, hija —responde la mujer, agradecida.

Raquel termina con los pesajes, guarda los utensilios y los tarros y mezcla los ingredientes con una pequeña espátula. Después los introduce en la bolsita y se la ofrece a Manuela.

—Debe hervir una cucharada antes de aplicar la infusión en el ojo con un paño caliente. Dos veces al día. Después de tres o cuatro curas estará como nuevo.

La medicina resulta ser más barata de lo esperado, la mujer paga agradecida y se va. Raquel la despide y se vuelve a acercar hasta la puerta de la botica, ahora la plaza está desierta.

Tras ascender la escalera que lleva al piso superior, Pascual se dirige al dormitorio y abre la puerta. Los recuerdos lo invaden al instante. Hace dos semanas que se han casado. Él acaba de cerrar la farmacia y ha subido a la primera planta en busca de su mujer sin mayores pretensiones que besarla. Recorre las habitaciones y no la localiza, la cocina, el salón, la salita. La encuentra en la cama, desnuda, sonriente. Ella lo llama con el dedo y él entra y cierra la puerta a su espalda. Maite, en momentos como este, no es la chica recatada que aparenta en sociedad. Se transforma. Es otra mujer. Él avanza y se detiene a su lado. Maite se levanta y muestra su cuerpo joven y sensual, lo

besa, le muerde los labios y lo desnuda. Pascual, con la pasión desatada, la lanza a la cama y le aprisiona las manos con las suyas. Luego, evitando su boca felina, hacen el amor durante varias horas.

4

Jacinta ha comprobado que con la ayuda de los hijos y el abuelo es capaz de vivir del huerto, y se dedica a él en cuerpo y alma. Mientras saca agua del pozo con un cubo nuevo, las reformas continúan. Simón y un par de ayudantes más han restaurado la casucha y están construyendo un pequeño almacén en el que la mujer pretende organizar los productos que luego venderá.

A las nueve de la mañana, los dos gemelos llevan más de dos horas acarreamo piedras desde el río hasta la zona de obra. El gato, echado al sol junto al montón, ronronea de placer con la piel caldeada. Aquel día, a duras penas consiguió sobrevivir. El abuelo corrió en su busca y lo localizó luchando por respirar en mitad de la corriente. Arrancó un vástago de uno de los sauces y lo sacó cuando buscaba el fondo lastrado por las latas que colgaban de su rabo. Para evitar su furia, le cortó la cuerda antes de sacarlo del agua y luego lo soltó. El gato no paró de correr hasta que se perdió de vista entre los sembrados. Ahora, con la piel templada por los primeros rayos de la mañana, probablemente ni se acuerde de la amarga experiencia.

—Niños —grita la madre—, dejadlo ya o llegaréis tarde a la escuela.

El rubio, Ángel, tira la última piedra al montón y corre hasta el pozo para asearse con el agua que la madre le ofrece en el cubo. Carlitos se acerca al gato, lo acaricia y le rasca entre las orejas. El ronroneo aumenta de intensidad y el animal extiende las patas y se despereza con placer.

A los pocos minutos, ambos suben a la yegua negra y se encaminan hacia el pueblo. El moreno delante, el rubio detrás.

—¡Dejadla en casa con la abuela y no os retraséis! —les grita a su espalda—, ya me han llamado la atención varias veces este mes porque llegáis tarde a

las clases.

A la vista de la madre no se atreven a hacerlo; sin embargo, en cuanto se pierden entre los árboles del río, los gemelos espolean al animal y se lanzan al galope. La yegua, joven y bien alimentada, más que correr, vuela entre las sombras del camino. En pocos minutos entran en el pueblo y dejan al animal en el corral de la casa al cuidado de la abuela Micaela. Ellos se van.

Al llegar a la plaza, con las libretas y el lápiz en la mano, comprueban que les sobra tiempo y buscan al abuelo entre los bancos. Como aún no son ni las diez, la mayoría de los del lado izquierdo, sombreados por la iglesia y el campanario, permanecen vacíos. Localizan a Celestino en uno de los del lado derecho, calmando sus reumas con los primeros rayos de sol. Junto a él se han sentado otros dos viejos.

—Ayer estuve en el cuartel —dice uno de ellos mientras los ve acercarse—. Otra vez me están robando la fruta de los granados que tengo en el olivar y fui a denunciarlo.

—Pierdes el tiempo —contesta otro de los integrantes del grupo de veteranos—. Desde que lo ascendieron, el teniente García está cada día más gordo. Su mujer lo mimaba demasiado. Ese no pillaré al ladrón.

—Es muy posible. Pero tampoco tengo ninguna otra cosa que hacer, nos pasamos el día sentados en este banco viendo a la gente pasar.

—¿Qué sería del otro, del teniente Martínez? —se interesa el tercero.

—También lo ascendieron —informa el de las granadas—. El teniente García me dijo que después de resolver los dos asesinatos y ascenderlo a capitán lo destinaron a un cuartel principal de Madrid. No ha vuelto a saber de él.

—Nunca creí que Martínez fuese capaz de hacer lo que hizo. Hay que tener dos cojones para detener a todo un alcalde del régimen y llevarlo a la cárcel —dice Celestino—. Ese hombre cumplió con su deber sin temblarle el pulso.

—Cierto —confirma otro—, no le importaron sus ideas ni la posición de los culpables. Aunque también hay que decir que si no hubiera sido por Pascual, el tiro le podría haber salido por la culata. Fue el boticario el que realmente consiguió que lo juzgaran.

Celestino ve acercarse a los dos nietos y los saluda levantando su garrota. Cuando están junto a él, mete la mano en el bolsillo y saca dos caramelos

mentolados.

—Os los coméis cuando acabe la escuela —les advierte—. Si os pilla el cura con ellos en la boca, os los quitará y os castigará con los libros en la cabeza.

—No te preocupes, abuelo —dice el moreno—, el cura es viejo como tú y está chocheando. Pero nos los comeremos al salir.

Los niños le dan un beso y salen de la plaza buscando la sacristía. El cura está haciendo un buen trabajo en el pueblo. Celestino se coloca la gorra y se vuelve a los otros.

—¿Qué? ¿Nos vamos?

Los tres agarran sus bastones y se alejan cojeando hacia la taberna de Isidoro que, después de varios años, por fin vuelve a tener buen vino.



ALFONSO TELLO nació en Mancha Real, Jaén, en 1964 y estudió ingeniería industrial en la Universidad de Sevilla, profesión que sigue ejerciendo en la actualidad. Apasionado lector desde su infancia, como escritor ha sido finalista en el Certamen Literario Joaquín Lobato y en los concursos de cuentos Ciudad de Tudela y Ciudad de Marbella, y ha obtenido el segundo Premio de relato corto José Travel y el XXVII Premio de Escritores Noveles de la Diputación de Jaén con Cantos de Tucán. En La venganza de un hombre paciente, galardonada con el X Premio de Novela Círculo de Lectores, reconoce influencias tan dispares como José Saramago, Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez y Stephen King